

NUESTRA BANDERA

**REVISTA MENSUAL DE ORIENTACION
POLITICA, ECONOMICA Y CULTURAL**

Presentada para su registro como artículo de 2.^a clase en la Administración de Correos

GERENTE: ANGEL SANCHEZ

**Administración: Rosales, 2. - Depto. 3
● MEXICO, D. F. ●**

Año I

México, D. F. - Junio 1940

Núm. 1

SALUDO

En las condiciones actuales de la lucha del pueblo español se hacía necesaria una revista como NUESTRA BANDERA. Múltiples y variados problemas requieren la atención y el examen de parte de los militantes revolucionarios, para lograr claridad en la perspectiva actual de España y del mundo. El triunfo de Franco, apoyado por Italia y Alemania, y la política de no intervención de la reacción francoinglesa, el desencadenamiento de la segunda guerra imperialista, plantean toda una serie de nuevos problemas al movimiento revolucionario español. Tenemos la pretensión de hacer de NUESTRA BANDERA un portavoz de esas cuestiones, a través de cuyo examen los militantes revolucionarios encuentren respuesta a todo cuanto significa sana preocupación por la lucha de nuestro pueblo, por los ideales de emancipación y redención de los trabajadores españoles.

NUESTRA BANDERA no es nueva en las lides del pueblo español. Tiene un pasado glorioso al servicio de las más grandes aspiraciones de la clase obrera española y las masas populares, durante la guerra nacional revolucionaria de nuestro pueblo inmortal.

NUESTRA BANDERA luchó con ardor y tenacidad por una línea política clara y precisa, para dotar al pueblo de las armas ideológicas necesarias para el combate. Contribuyó al esclarecimiento hondo y profundo de las más arduas cuestiones planteadas por la guerra, cuando tantos cientos de miles de hijos del pueblo necesitaban una guía política para la acción.

Con su obra, NUESTRA BANDERA ayudó a forjar a los militantes

que en España luchan contra el feroz régimen franquista sin doblegarse y llenos de confianza en la victoria final de la clase obrera y de todo el pueblo, a los militantes que en los campos de concentración de Francia permanecen fieles al internacionalismo proletario, a los militantes que diseminados por todo el mundo muestran ser dignos hijos del pueblo español.

Las luchas actuales y del futuro, necesitan que experiencias de tanto valor como las que proporciona nuestra guerra nacional revolucionaria sean tratadas para extraer de ellas el rico caudal de enseñanzas que encierran. La madurez política del pueblo español no ha menguado por la derrota pasajera, adquirirá nuevos y más altos valores en la medida que se asimile las experiencias y enseñanzas de su propia lucha. Necesita conocer la raíz social de una serie de elementos que durante algún tiempo tuvieron preponderancia entre la clase obrera y las masas populares, pero con su política más bien favorecieron al enemigo que beneficiaron al pueblo. Son éstos los dirigentes socialistas, republicanos y anarquistas, que durante nuestra lucha no sirvieron al pueblo y ahora, ante la carnicería imperialista, están al lado de los enemigos de la humanidad. Está claro que con tales elementos el pueblo español no puede desarrollar una lucha victoriosa contra el criminal y mil veces maldito régimen franquista y sus turbas de asesinos.

Queremos sacar las experiencias del pasado, para la lucha actual y para las luchas del porvenir, las luchas de la liberación definitiva del pueblo español. Luchamos contra la guerra imperialista, expondremos los hechos más salientes de la situación internacional y defenderemos la justa política de paz de la Unión Soviética y del camarada Stalin.

Nuestro norte es el marxismoleninismo y las enseñanzas de Stalin. Nos presentamos en amigos de todos los pueblos, de todos los que luchan y sufren la tiranía y la opresión de la reacción imperialista.

Al pueblo español se le sirve desde muchos sitios. NUESTRA BANDERA continuará ocupando la trinchera en el combate por la victoria de la clase obrera española, por la libertad de los cientos de miles de presos en las mazmorras de la moderna inquisición franquista, por la unión revolucionaria del pueblo español, por el triunfo del marxismoleninismo.

¡Unidad por la paz! ¡Lucha por el pueblo español!

Terne que terne, aunque los ciegos no quieran verlo y los sordos finjan no oírlo, el estallido de las bombas que se lanzan los ejércitos imperialistas repercute profundamente en la vida de los pueblos beligerantes y neutrales. La guerra imperialista ha cambiado profundamente la situación, tanto desde el punto de vista de las condiciones de vida de las masas, como de los problemas políticos que tienen que hacer frente. Desde el punto de vista de España y del pueblo español, que es lo que a nosotros nos interesa de manera primordial, estos cambios en el orden internacional y en el orden nacional, pueden resumirse así: a los horrores de la sangrienta y vandálica tiranía del régimen franquista, tenemos que añadir el inminente peligro de extensión de la guerra imperialista a nuestro país. La lucha del pueblo contra Franco es también la lucha por la paz, por mantener a España fuera de la matanza imperialista. Estas tareas dan un signo particular a las aspiraciones de las masas populares y también caracteriza en forma nueva la táctica a seguir en la organización de la lucha contra el régimen franquista.

El régimen franquista pone al desnudo diariamente toda la podredumbre y maldad de que es capaz la canalla dorada española. Bajo la dominación terrorista del capital financiero y los terratenientes españoles, con su escuela de curas y casta militar, España está convertida hoy en un inmenso presidio. El franquismo, aun cuando cuenta con el apoyo de Hitler y Mussolini, de Reynaud y de Churchill, de Roosevelt y otros ilustres "demócratas", no reconstruye nada, ni puede dar otra cosa que hambre y miseria a las grandes masas del pueblo, obreros, campesinos y empleados. La ruina económica alcanza proporciones aterradoras, que trasciende no sólo a los trabajadores en general, sino también a los pequeños industriales y comerciantes y a ciertas capas de la burguesía media. El franquismo ha organizado el robo en gran escala por cuenta del Estado, de los patronos y de los capitostes franquistas. Desde los trabajos forzados, donde cientos de miles de españoles trabajan doce horas por dos reales, hasta las multas

a granel y las aportaciones llamadas "voluntarias", tan voluntarias, que quien no las da, va a la cárcel o es "paseado" por los falangistas.

Este latrocinio organizado sirve para engrosar las cajas de caudales de los banqueros, de los terratenientes, para mantener opíparamente a la casta militar, al alto clero que vive con el insultante esplendor que siempre caracterizó a la Iglesia española y también a los capitostes falangistas, que se enriquecen descaradamente con lo que roban al pueblo y a la pequeña burguesía. De ahí que la oposición al régimen franquista abarque grandes masas que antes creían ver en el franquismo una solución a sus preocupaciones económicas.

Sin embargo, sería falso ver en la situación de España únicamente el terror del franquismo, sus medidas de represión y su política de verdadero exterminio de todo lo progresivo, tanto en el orden social como en el político. El factor principal en la situación de España es la lucha del pueblo contra el franquismo, contra la dictadura terrorista de la clique burguesa-terrateniente. El franquismo está rabioso y frenético porque a pesar del terror, de los asesinatos, de los cientos de miles de presos, no logra domar al pueblo heroico. Las medidas de represión que el franquismo multiplica, las detenciones continuas de elementos populares, son la demostración más elocuente de que el pueblo español no ha depuesto las armas, ni las depondrá. Sólo los eternos derrotistas y capituladores, o los que tienen interés en que el pueblo no luche contra el régimen bárbaro que lo oprime, pueden minimizar la lucha actual de los trabajadores españoles. Es la lucha que ahora se desarrolla en España en horribles condiciones de terror y represión, el testimonio más elocuente de la ostentosa vitalidad de nuestro pueblo, de su alta conciencia social. El franquismo no consolida su régimen porque el pueblo está en contra, no le presta ni apoyo ni adhesión. El franquismo no ha logrado engañar a grandes masas del pueblo, como logró por ejemplo el fascismo alemán y el italiano y como logra aún hoy la reacción imperialista inglesa y francesa.

Entre el franquismo y el pueblo español media una guerra heroica de cerca de tres años, precedida de luchas de masa de gran envergadura, donde el pueblo se templó políticamente, adquirió gran experiencia, como se puso de relieve durante la guerra nacional revolucionaria. En el curso de la guerra todo el pueblo adquirió un alto nivel político y una magnífica experiencia, vivió una vida diferente de libertad y justicia social, aprendió a conocer mejor a sus enemigos, y también a conocer su propia fuerza y a tener confianza en ella. El franquismo no escaló el poder porque el pueblo o una parte considerable de pueblo le diera su confianza. No; el franquismo ha escalado el poder sobre miles de cadáveres de hijos del pueblo y después de una lucha épica y legendaria con la ayuda de las bayonetas y aviones extranjeros alemanes e italianos, con la ayuda de la

famosa "No Intervención" a cargo de Blum, Chamberlain, Roosevelt y compañía, con la ayuda de gentes que estando en el campo de los republicanos traicionaban al pueblo, cuya culminación fué la ignominiosa puñalada por la espalda del grupo Casado, Besteiro, Miaja, Carrillo, Mera y demás compinches.

Franco y su banda de asesinos falangistas, monárquicos y requetés dominan desde el poder gracias a un aparato de represión inaudito y también gracias al apoyo de fuerzas militares extranjeras, principalmente italianas, que permanecen en España para servir de puntal a Franco y con vistas a la guerra imperialista. Pero del pueblo, el régimen criminal entronizado en España no logra más que odio y asco. Es digno de observar por el enorme valor político que representa, que todas las noticias que llegan de España confirman el hecho de que la clase obrera en su conjunto permanece unida en el odio al franquismo y en la voluntad de lucha contra él. En las demás capas populares, especialmente entre los campesinos, que tienen bien presente lo que la República Popular les dió y lo que el franquismo les ha arrebatado, sucede el mismo fenómeno. Son miles y miles los militantes revolucionarios que a través de todos los medios y formas mantienen el fuego sagrado de la lucha, la moral y el entusiasmo combativo tan característico de nuestro pueblo y la confianza en la victoria final de la clase obrera y de todas las masas populares.

LA POLITICA DE GUERRA DEL FRANQUISMO

Nuestra justísima guerra nacional revolucionaria y la lucha actual del pueblo español, tenían y tienen como una misión principal liberar al país de la tutela extranjera. Las líneas principales de la política exterior del franquismo están supeditadas a las aspiraciones imperialistas del fascismo italiano, quien a su vez está unido al imperialismo alemán por lazos harto conocidos.

La guerra imperialista en Europa está ganando en extensión y únicamente la Unión Soviética con su fuerza y su verdadera y auténtica política de paz, y los países que han firmado pactos defensivos con ella, pueden mirar el porvenir con confianza. Los diversos campos imperialistas trabajan por extender el conflicto y ahogar a más pueblos en él. El máximo peligro de entrada de España en la contienda imperialista consiste en el régimen de Franco, además de la propia política imperialista de los bandos de guerra. La burguesía francesa e inglesa hacen méritos de la política de "No Intervención" practicada por ellos contra el régimen constitucional republicano y el pueblo español, para tratar de obtener una política favorable, acompañando esta "hoja de servicios" de ayuda financiera y política y de promesas de mayor aportación al régimen franquista en quiebra.

Hasta la fecha los éxitos alcanzados por el imperialismo anglofrancés son bien escasos y la política exterior franquista se mueve en la órbita del imperialismo alemán y sobre todo baila al son del panderero italiano. La posible entrada de Italia en la guerra representa para nuestro pueblo un grandísimo peligro de verse envuelto a su vez en la contienda, peligro que sólo puede ser salvado por una lucha tenaz y heroica del pueblo español.

El franquismo realiza en este orden una política interior abierta y descaradamente orientada con vistas a participar en la guerra imperialista. Las castas reaccionarias, militaristas y semifeudales, que perdieron hasta el último trozo del imperio colonial más grande que conoció el mundo, han introducido en el programa falangista el concepto Imperio, que suena bien a los oídos de los más puros representantes de la más negra reacción. Repitiendo el sonsonete del fantoche Mussolini, los muy "patriotas" falangistas, que han abierto las puertas del país a extranjeros, italianos y alemanes, al concepto Imperio acompañan tópicos como Gibraltar, Marruecos, etc.

Quieren señalarse asimismo objetivos imperialistas a la orquesta imperialista. Siguiendo también el ejemplo de Italia, estas expresiones encuentran su salida en la Prensa y en manifestaciones callejeras, donde los señoritos falangistas exponen a su antojo esas estupideces "imperiales". Pero todo esto no es más que una parte de la persistente preparación de la guerra imperialista. Claro que el franquismo fracasa en esto como en todas las cosas, cuando se trata del pueblo. Malditas las ganas que tiene el pueblo español de batirse por Franco y Mussolini. Y no es porque el pueblo español tenga ninguna simpatía al imperialismo anglofrancés. Bien al contrario. Las heridas que estos elementos han abierto en el pueblo español no se cerrarán jamás. El franquismo pretende incluso aprovecharse de ello, pero el pueblo español está ya suficientemente maduro para hacer el juego a sus enemigos.

Es, en el orden militar y en la puesta en marcha de la industria con vistas a la guerra, donde el franquismo muestra más a las claras que se prepara para entrar en la contienda imperialista.

Según informes dignos de fe, la cantidad de soldados que Franco mantiene sobre las armas oscila alrededor del millón. La preparación de miles de oficiales se efectúa con ritmo acelerado, especialmente de oficiales de aviación. Los pobríssimos recursos del país, arruinado por la rebelión y la invasión extranjera, están destinados a la guerra. La poca industria que el franquismo ha logrado poner en pie está destinada y acondicionada para la fabricación de material de guerra. El franquismo cifra su salvación en la guerra imperialista, sacrificando al pueblo por un pretendido Imperio, al dictado de Mussolini.

El pueblo español amordazado, con sus mejores hombres en las cár-

celes o en la emigración, ve claramente lo peligroso de esta conducta franquista, y en todo el país domina la preocupación de las consecuencias que esta política tendrá para él. El anhelo y la voluntad de permanecer alejados de la contienda imperialista domina en la situación del país y en la voluntad de las masas. El pueblo es consciente de que el régimen franquista no representa ninguna garantía para su voluntad de paz: bien al contrario, a los ojos del país el régimen franquista representa el máximo peligro de encontrarse arrastrados a la carnicería imperialista.

Una verdadera política de paz es el nervio de la lucha del pueblo español. La lucha por la paz y contra el franquismo que representa la voluntad de guerra de los opresores de España, es hoy el motor que une a las grandes masas del país.

¿QUIEN REPRESENTA LOS INTERESES DEL PUEBLO ESPAÑOL?

Estos intereses están representados por el Partido Comunista de España, el Partido Socialista Unificado de Cataluña, la Federación de Juventudes Socialistas de España y los núcleos más importantes de la Unión General de Trabajadores.

Esto en cuanto a las organizaciones, porque son los únicos que luchan por la paz, que tienen un programa donde el problema de la guerra imperialista está en concordancia con los intereses del pueblo español, contra la guerra imperialista. En las otras organizaciones, las grandes masas de afiliados están de acuerdo en que los intereses del pueblo español dictan no entrar en la guerra imperialista y que el franquismo debe ser barrido y cuanto antes mejor. Pero las direcciones de esos Partidos, el Socialista, los Partidos Republicanos y las Organizaciones anarquistas, tienen una posición imperialista, son favorables a la guerra imperialista.

Entre estos dirigentes y el pueblo español hay un divorcio rotundo, pues mientras que el pueblo español quiere la paz, no verse arrastrado a la guerra, estos señores quieren la guerra, están por la guerra.

El hecho de que nuestros "demócratas" estén en general con el bando imperialista anglofrancés, presunto enemigo militar del franquismo, no cambia los términos del problema. Al hacerse cómplices y servidores de un bando imperialista, es decir, de un grupo de explotadores, supeditan los intereses supremos del pueblo español a las necesidades de una política imperialista. Así tenemos que todos los intentos hechos por el imperialismo anglofrancés de ganarse a Franco, entregándole dinero y material de guerra, entregándole a miles de republicanos, son aprobados por los líderes de esos partidos. Al imperialismo anglofrancés le tiene perfectamente sin cuidado

los destinos del pueblo español bajo el régimen de Franco, ni hace nada por la liberación de nuestro pueblo, ni de ningún pueblo. Lo único que le interesa es el juego de ajedrez de la guerra imperialista.

Nuestros "demócratas", miopes o canallas, quieren olvidar la política de "No Intervención", el estrangulamiento de la República Española en manos del imperialismo anglofrancés. Además de la propia naturaleza de las clases dirigentes de Francia e Inglaterra, del más subido reaccionarismo político como buenas cliques imperialistas, su política para con el pueblo español abre los ojos al más lerdo. Sólo a gentes que han perdido todo pudor político puede ocurrírsele que la libertad de nuestro pueblo depende de aquellos que tomaron parte principalmente en su estrangulamiento. Por "suerte" para ellos, no pueden hacerlo ante el pueblo español, porque éste les daría pronto su merecido.

Es tonto negar que la trayectoria que siguen estos elementos es absolutamente contraria a lo que quiere el pueblo español y a lo que mantienen las organizaciones arriba enumeradas. No hay posibilidad de unión entre los que quieren la guerra y los que trabajan por la paz; entre los que sostienen al imperialismo y los que luchan contra él. El hecho de que el imperialismo alemán y el imperialismo italiano hayan sido los que con las armas en la mano contribuyeran a nuestra derrota, no dicta, como dicen los neoimperialistas, ni mucho menos que el pueblo español esté con el otro imperialismo que al alimón con sus contrincantes guerreros de hoy estranguló a nuestro pueblo. El imperialismo anglofrancés no lucha por la libertad de nuestro pueblo, ni de ningún pueblo, sino por su predominio imperialista. Tampoco cambia los términos del problema el hecho de que los imperialistas anglofranceses digan en todos los tonos que ellos luchan por la democracia y que nuestros "demócratas" repitan como papagayos que es verdad. Nuestra lucha, ésta sí que fué una verdadera lucha por la democracia y por la libertad de los pueblos. Por esa misma razón los que ahora tanto gritan de democracia para engañar a los pueblos y hacerlos matar, contribuyeron a nuestro aplastamiento. Los socialistas que de vez en cuando, cada vez menos, dicen que son marxistas, deben saber que no son las palabras sino los hechos lo que expresa la conducta de las personas y las clases. Y que los hechos nos dicen que el imperialismo, bien ayudado, es verdad, por los jefes de la Socialdemocracia, no actúa en salvador de la libertad de los pueblos, sino en verdugo de esta libertad y de la Revolución emancipadora de los oprimidos.

Más que nunca, unidad del pueblo español.

Las horas trágicas que vive nuestro pueblo, los peligros de guerra que se ciernen sobre él, exigen una lucha tenaz y abnegada de todos los que verdaderamente quieren ahorrar, al pueblo que tanta sangre dió por su libertad, los sufrimientos de la horrorosa carnicería imperialista.

En esta unidad caben todos los que quieren luchar por la paz, todos los que desean para nuestro pueblo una vida de libertad, de progreso y de justicia social. Se excluyen a sí mismos quienes en vez de estar con el pueblo en estas horas crueles para la historia, toman voluntariamente el partido de los explotadores que están escribiendo con la sangre de los pueblos una de las páginas más negras de la historia de la Humanidad.

¡LUCHA POR EL PUEBLO ESPAÑOL!

¡UNIDAD POR LA PAZ!



Stalin, dirigente de los pueblos, hombre de masas

Por Dolores IBARRURI (Pasionaria)

Hablar del triunfo del Socialismo en una sexta parte del mundo; escribir sobre el exuberante desarrollo de la agricultura en la Unión Soviética, que no ha sido igualado por país alguno; admirar el extraordinario crecimiento de la industria socialista y el impetuoso avance del bienestar de los trabajadores; maravillarse ante las hazañas sin precedente de la poderosa flota aérea soviética, ante los grandes refuerzos de la Marina soviética; describir los gestos gloriosos del Ejército Rojo, liberador de los pueblos; estudiar el maravilloso mecanismo del gigantesco Estado Socialista, con sus múltiples nacionalidades unidas por lazos indisolubles de amistad fraternal; observar el progreso de la ciencia, el arte, la cultura de todos los pueblos soviéticos, la alegre vida de sus niños, de sus mujeres, de trabajadores, campesinos e intelectuales; la seguridad permanente de todos ellos y su confianza en el porvenir; conocer la vida diaria del Socialismo y los hechos heroicos del pueblo soviético; todo esto significa ver a Stalin, hablar de Stalin, tener la experiencia de Stalin.

Porque Stalin significa pueblo, trabajo, lucha; Stalin significa firme lealtad a los principios revolucionarios del marxismoleninismo; Stalin significa inflexible dureza contra los oportunistas, contra los traidores y enemigos del pueblo trabajador; significa incansable vigilancia contra todos los enemigos del Socialismo.

Dentro del limitado espacio de un artículo, resulta muy difícil exponer toda la riqueza de facetas que determinan el aspecto político y el perfil humano:

del genio que junto con Lenin supo hallar senderos aún sin explorar de la ciencia marxista, caminos de construcción socialista por los que avanzó el Partido Bolchevique y, bajo las condiciones del cerco capitalista, destruyó el capitalismo en un país, arrancando hasta las raíces de los últimos restos de la economía capitalista, creando un orden socialista por primera vez en la Historia;

del líder admirable que, con absoluta devoción a la causa del Comunismo, se impuso la mayor tarea en la Historia del mundo: edificar el So-

cialismo en un país rodeado de potencias capitalistas, hostiles, y fué capaz de hacerlo;

del líder de los pueblos, que a la cabeza del Partido Bolchevique condujo a la clase obrera y a millones de campesinos, así como a los pueblos de la Unión Soviética, con tranquila seguridad, a la lucha contra las supervivencias capitalistas y contra el atraso del país y que condujo a éste a la victoria sobre el pasado, arcaico y podrido, en que dominaban el hambre, la miseria y la opresión;

del gran revolucionario que creó un nuevo orden social en el que no hay explotadores ni explotados; sistema con el que sólo se atrevieron a soñar los mejores representantes de la Humanidad, que es la Brigada de choque del proletariado internacional, y a través del faro de sus victorias socialistas, promete la perspectiva de liberación a todos los pueblos oprimidos.

¿Cómo pudo realizarse esta obra titánica? ¿De dónde recibió Stalin la energía y la voluntad indomables que le permitieron permanecer firme en los momentos más peligrosos?

No hay nada "milagroso" en la vida y en el trabajo revolucionario del líder del proletariado mundial. Con su modestia y sencillez características, él mismo ha explicado el origen de su fuerza, la fuente de su energía, de su resistencia y firmeza en la lucha por el Comunismo.

En su discurso, pronunciado en la sesión final del Pleno del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (B.), en marzo de 1937, el camarada Stalin explicó dónde y cómo encuentran los bolcheviques la fuerza necesaria para llevar a cabo una lucha victoriosa.

"Lenin nos enseñó, dijo Stalin, no sólo a enseñar a las masas, sino a aprender de las masas...

"¿Qué significa esto?

"Significa, primero, que nosotros, los dirigentes, no debemos de sentirnos engreídos; y que debemos comprender que si somos miembros del Comité Central o Comisarios del pueblo, esto no significa que poseamos el necesario conocimiento para dirigir sin cometer errores. Un puesto dirigente, por sí solo, no proporciona sabiduría y experiencia. Y menos aún cuando se trata solamente de un título.

"Esto significa, en segundo lugar, que nuestra experiencia sola, la experiencia de los dirigentes, no es suficiente para dirigir sin cometer errores; que, por lo tanto, es necesario que nuestra experiencia, la experiencia de los dirigentes, sea complementada por la experiencia de las masas, por la experiencia de los miembros de la base del Partido, por la experiencia de la clase obrera, por la experiencia del pueblo.

"Esto quiere decir, en tercer lugar, que no debemos, ni por un momento, debilitar y mucho menos romper nuestra relación con las masas.

”Esto significa, en cuarto lugar, que debemos prestar cuidadosa atención a la voz de las masas, a la voz de los miembros de la base del Partido, a la voz de la llamada gente “sin importancia”, a la voz del pueblo.”

Y, además, subraya lo siguiente: “La fuerza y la firmeza inexpugnable de la dirección bolchevique residen en sus contactos con las masas, en el fortalecimiento de estos contactos y en estar siempre dispuesta a escuchar la voz de las masas.”

Esta apasionada insistencia sobre la importancia de que el Partido y sus dirigentes se mantengan en contacto con las masas; esta profunda convicción de la necesidad de no aislarse de las masas—convicción que Stalin inculca en el conocimiento interior de todos los bolcheviques miembros del Partido Comunista, así como de todos los bolcheviques sin partido—revela una de las muchas características que hacen del camarada Stalin el mejor intérprete y continuador del marxismoleninismo, de las enseñanzas que son hostiles a todo lo que es rígido, de enseñanzas que, basándose en las experiencias de las masas, convierten la teoría en realidad viva y conducen al proletariado por el camino de la victoria.

Marx dijo: “La teoría se convierte en una fuerza material cuando se apodera de las masas”.

Y el camarada Stalin, siempre toma en consideración esta fuerza, esta potencia de las masas, es decir, de los obreros, de los campesinos, de los trabajadores intelectuales; esa potencia en la que tiene que basarse el Partido como vanguardia de la clase obrera, como Partido que dirige la lucha contra el enemigo de clase y contra todas las fuerzas y supervivencias del antiguo sistema social capitalista.

Y tan grande como el cariño de Stalin por las masas, como su preocupación por ellas, como la atención que presta al deseo que pueda justificarse en lo más mínimo, si éste puede transformarse en energía revolucionaria, es la firmeza con que corrige los errores cometidos, el valor sin límites con que se opone a la corriente, detiene su curso cuando amenaza tomar una dirección en desacuerdo con los intereses de la Revolución.

Era en 1905, el año de las intensas acciones revolucionarias; el año que comenzó con el trágico y sangriento domingo en que las fuerzas armadas de la autocracia zarista dispararon sobre los trabajadores que se manifestaban pacíficamente. A consecuencia de este crimen, la ola revolucionaria, avivada por los bolcheviques, se extendió por toda Rusia. El zar y sus consejeros tuvieron miedo de la cólera del pueblo y el 17 de octubre de 1905 el zar publicó una proclama en la que hacía promesas vagas de reforma del régimen autocrático.

Los mencheviques, especialmente los de la Transcaucasia, en donde vivía el camarada Stalin en aquella época, estaban furiosos porque los trabajadores se lanzaron a la lucha.

Emplearon todos los procedimientos para intentar detener el levantamiento de los obreros y campesinos, que ardían en deseos de luchar.

Los mencheviques consideraban la proclama del zar como una gran cosa, como si hubiesen conseguido una "gran victoria" y eran de opinión que ya no había ni que pensar en la lucha armada.

En su libro Sobre la Historia de las Organizaciones Bolcheviques en Transcaucasia, el camarada A. Beria cita las extraordinarias memorias de M. Toroselidze, que relatan cómo los mencheviques de Georgia recibieron la proclama zarista de 1905 y cómo se presentó el camarada Stalin ante los trabajadores georgianos:

"El día en que se publicó la Proclama de 1905, relata el camarada M. Toroselidze, se convocó a una reunión en Nadsaladevi (Tiflis). El conocido menchevique Noe Ramishvili, de pie sobre el estrado y triunfante-mente, anuncia: "En adelante ya no existe la autocracia, la autocracia ha muerto. Rusia pasa a formar parte de las monarquías constitucionales. Desde ahora, nuestra consigna ya no será "Abajo el absolutismo", sino "Abajo la monarquía". A continuación intervienen otros oradores que repiten lo mismo. Finalmente, uno de los que hacen uso de la palabra, termina su discurso con la siguiente frase: "No queremos armas, abajo las armas". Recibe aplausos entusiastas del pueblo... En aquel momento, el camarada Koba (Stalin) aparece en el estrado: "Debo deciros que tenéis una mala costumbre, empezó diciendo. A todos los que hablan y todo lo que dicen, los recibís con alegría y aplausos. Os dicen "Viva la libertad" y aplaudís; "Viva la Revolución" y aplaudís. Eso está bien; pero cuando os dicen "Abajo las armas", también lo aplaudís. ¿Qué revolución puede resultar victoriosa sin armas y qué revolucionario es capaz de gritar "Abajo las armas"? El orador que eso dice, es probablemente un tolstoyano, no un revolucionario y, en todo caso, es un enemigo de la Revolución y de la libertad del pueblo."

"Las palabras de Stalin produjeron excitación y varias voces preguntaron: "¿Quién es ese? ¿Qué discurso tan mordaz; Emplea el lenguaje de un jacobino." Koba continúa hablando: "¿Qué se necesita para una verdadera victoria? Para conseguirla, tres cosas son necesarias: Primero, necesitamos armas; segundo, armas; tercero, y así sucesivamente, armas." (Aplausos.)"

¿Cómo pudo Stalin, a los 25 años, oponerse tan valerosamente a una multitud influenciada por las mentiras mencheviques?

Porque Stalin era una parte integral de la masa del pueblo que quería luchar. Porque aquella gente vió en Stalin a uno de los suyos, al hermano, al amigo, al camarada que vivía con ellos, que sentía sus dolores, sus sufrimientos, su miseria, su opresión; que luchaba con ellos, que les dirigía en las batallas y que no les abandonaba en los momentos difíciles.

Tenían fe en él, sabían que era incorruptible y que servía a los intereses de los oprimidos con abnegación ilimitada, inflexible e implacable en la lucha contra los servidores de la autocracia, en la lucha contra los enemigos de la clase obrera. Las palabras: "Tenemos fe en Stalin, tenemos confianza en Stalin", que años más tarde fueron pronunciadas por millones de personas, obreros, campesinos, hombres y mujeres, torturados por los opresores capitalistas, degradados y esclavizados por la explotación de la burguesía en todos los países capitalistas y en los países coloniales más atrasados; estas palabras se encontraban entonces y se encuentran hoy en los labios y en los corazones de los que luchan en las filas de Stalin para liberar a la Humanidad de las cadenas de la explotación y de la opresión.

Y no se engañaban entonces, como no se engañan hoy tampoco, los trabajadores; los que miran hacia el pasado, comprueban el presente y se asoman hacia el porvenir—por encima del seudopatriotismo burgués, con el que los dirigentes socialdemócratas tratan de encubrir los verdaderos fines de la actual guerra imperialista—y en las fábricas y en las minas, en los campos, en el frente y en las trincheras repiten: "Tenemos confianza en la política de la Unión Soviética, tenemos completa confianza en Stalin".

Y esto sucede, porque las palabras de Stalin van siempre seguidas de hechos, que corresponden a sus palabras.

Criticó sin piedad a los dirigentes filisteos y corrompidos de la socialdemocracia, que dicen una cosa y hacen otra; con el acero candente de sus frases sólidas e indisputables, marcó a aquellos que demostraron con su conducta que existía un abismo entre sus palabras y sus hechos; a aquellos que dicen representar la causa de los trabajadores, que hablan de Socialismo, de paz, de derechos y de justicia, pero que no son en realidad más que agentes de los peores enemigos de los trabajadores.

"Los trabajadores no pueden fiarse de sus dirigentes, cuando éstos se hunden en la charca del juego diplomático, cuando sus palabras no van apoyadas por hechos, cuando las palabras y los hechos de los dirigentes no coinciden. ¿Por qué han demostrado los obreros rusos que profesaban una confianza sin límite al camarada Lenin? ¿Sólo porque su política fuese justa? No. No sólo por eso. Sino también, porque sabían que no había ninguna contradicción entre las palabras de Lenin y sus actos, porque sabían que "Lenin no nos engaña".

"Sobre esto, entre otras cosas, se apoyaba la autoridad de Lenin. Así es cómo Lenin educó a los trabajadores, así es cómo mantuvo viva en ellos la fe en los dirigentes." (Stalin, discurso a la Comisión Alemana del C. E. I. C. ampliado, I. C. núm. 3, 1926.)

Por el mismo motivo es tan querido Stalin por los comunistas de todos los países y junto con ellos, por millones de obreros y campesinos esclavi-

zados por el capitalismo, aún en los más remotos países del mundo. Por esa razón tienen fe en Stalin; por esa razón confían en él.

Y confían en Stalin y tienen fe en él, no sólo porque ven la justeza de su política, que confirman ellos con su propia experiencia; no sólo porque los hechos han demostrado la exactitud de las predicciones de Stalin, sino porque saben que las palabras de Stalin son hechos, actos, porque Stalin, como Lenin, "Nunca engaña"; que Stalin permanece firme e inmovible en la lucha por la causa de los trabajadores, en la lucha por el Comunismo.

Stalin es un enemigo irreconciliable de la burocracia, de los políticos calculadores, que creen que ellos son todo y las masas, nada; que dudan de las masas porque temen que cuando estalle la Revolución, las masas puedan "ir demasiado lejos" y sobrepasar el límite señalado por los "teorizantes" de laboratorio de la Revolución.

Stalin castiga los vicios de pedantería, el desprecio a las masas, el temor a ellas; Stalin siempre está con las masas, tiene fe en ellas; expresa esta fe con las siguientes palabras: "Los "teorizantes" y dirigentes de Partidos que conocen la historia de las naciones, que han estudiado la historia de la Revolución desde el principio al fin, se ven a veces afligidos por una dolencia desagradable. Esta dolencia se conoce como miedo a las masas, falta de confianza en la capacidad creadora de las masas. A veces, en esta materia, los dirigentes adoptan hacia las masas cierta postura aristocrática, pero éstas, aunque no estén versadas en la historia de las Revoluciones, son las destinadas a destruir lo viejo y construir lo nuevo. El temor de que los elementos se desaten, de que las masas puedan "causar demasiada destrucción", el deseo de hacer el papel de institutrices que tratan de enseñar a las masas por medio de libros, pero que no quieren aprender de las masas—tal es este género de aristocracia—" (J. Stalin: Lenin.)

En todas las situaciones, el camarada Stalin quiere que las masas adquieran consciencia de su fuerza; quiere arrancar de raíz su antigua creencia de que los dirigentes son "liberadores", "mesías"; quiere que cada obrero, cada campesino, cada trabajador, tenga consciencia de su propia fuerza, tenga consciencia de que es un ciudadano, sea capaz de convertirse en un héroe, tanto en el frente como en la retaguardia, un héroe en todas las esferas de la construcción socialista. Quiere penetrar en los sectores más atrasados del pueblo y despertar en ellos el sentimiento de fuerza colectiva, el orgullo de los hechos realizados en común, la consciencia de lo que vale cada uno de los miembros de la gran familia socialista. Stalin es siempre un dirigente para las masas; al mismo tiempo, siempre aprende de las masas.

No "desciende" para ponerse al nivel de los obreros—en el sentido que

los necios y vanos dan a estas palabras—sino que eleva a los trabajadores a su propio nivel.

Veamos lo que dijo en su discurso a los obreros de Tiflis en 1926:

“El camarada Arakel (Okushvili) dijo aquí que en el pasado se ha considerado como mi maestro y, a mí, como su discípulo. Tiene razón, y yo continúo siendo el discípulo de la vanguardia de los obreros de ferrocarriles de Tiflis.

”Recuerdo que en 1898 se me confió por primera vez la dirección de un Círculo de ferroviarios. Hace 28 años de eso. Recuerdo que adquirí mis primeras lecciones en el trabajo práctico en el hogar del camarada Sturus, en presencia de Sylvester Dzhibladze (que también era uno de mis maestros en aquella época), S. Tshodrushvili, Jorge Tshoidze, Micho Botshorishvili, camarada Kinua y otros trabajadores avanzados de Tiflis. En comparación con estos camaradas, yo era un principiante en aquella época. Quizás yo había leído más entonces que muchos de estos camaradas, pero en lo que se refería al trabajo práctico, yo era, indudablemente, un principiante. Aquí, en el Círculo de esos camaradas, recibí mi primer bautizo revolucionario. Aquí, en el Círculo de estos camaradas, me convertí en un aprendiz de la Revolución. Como véis, los obreros de Tiflis fueron mis primeros maestros. Permitidme que ahora les exprese mi agradecimiento sincero y fraternal.

”Recuerdo también los años 1905 a 1907, cuando el Partido me envió a trabajar en Bakú. Dos años de trabajo revolucionario entre los obreros petroleros, me endurecieron como luchador práctico e hicieron de mí un dirigente práctico. Del contacto que tuve con obreros tan avanzados, de Bakú, como Basek, Saratovez y otros, por una parte, y en la tormenta de grandes luchas entre los obreros y los magnates del petróleo, por otra parte, aprendí por primera vez lo que significa dirigir a grandes masas de obreros. Allí en Bakú, por lo tanto, yo recibí mi segundo bautismo de fuego revolucionario. Permitidme ahora que exprese mi agradecimiento sincero y fraternal a mis maestros de Bakú.

”Finalmente recuerdo el año 1917, cuando el Partido me envió a Leningrado, después de las penalidades de la cárcel y el exilio. Allí, en el círculo de los obreros rusos al lado del gran maestro del proletariado de todos los países, del camarada Lenin, en la tormenta de grandes luchas entre el proletariado y la burguesía, bajo las condiciones resultantes de la guerra imperialista, aprendí a comprender por primera vez lo que significa ser uno de los dirigentes del gran Partido de la clase obrera. Allí, en el ambiente de los obreros rusos, del liberador de los pueblos oprimidos y el campeón de la lucha proletaria de todos los países y naciones, recibí mi tercer bautismo de fuego revolucionario. Allí, en Rusia, bajo la dirección de Lenin, me convertí en un maestro de la Revolución. Permitidme que

exprese mi agradecimiento sincero y fraternal a mis maestros rusos y que incline la cabeza en memoria de mi maestro, Lenin.

De aprendiz (Tiflis) y jornalero (Bakú) a maestro de nuestra Revolución (Leningrado): ésta, camaradas, fué la escuela de mi formación revolucionaria. Esa, camaradas, es la verdadera imagen de lo que yo era y de lo que soy, si he de hablaros honradamente y sin exageración." (Discurso de Stalin pronunciado ante una reunión del Sindicato central ferroviario de Tiflis, 8 de junio de 1926.)

Trabajando sin cesar, el camarada Stalin inspira y desarrolla la confianza de las masas en el Partido dirigente de la Revolución; porque las masas ven que los defectos son corregidos abiertamente, que se critican las equivocaciones y que no se teme reconocer sus errores.

La mirada vigilante de Stalin descubre las debilidades y las pone al descubierto para corregirlas. Stalin castiga a los comunistas "barnizados" que opinan que las críticas abiertas pueden minar la autoridad del Partido o de sus dirigentes. El camarada Stalin dijo lo siguiente, refiriéndose a esto en la reunión de activistas del Partido Bolchevique de Moscú en 1928:

"Sé que hay algunos en las filas de nuestro Partido que no son muy aficionados a las críticas en general y menos aún a la autocrítica. Estas personas, a quienes yo llamaría comunistas "barnizados", se espantan de la autocrítica y gruñen: "¡Otra vez esa condenada autocrítica! ¡Sacar a relucir de nuevo nuestros defectos! ¿Por qué no nos dejan en paz?" Está claro que estos comunistas "barnizados" no tienen nada de común con el espíritu de nuestro Partido, con el espíritu bolchevique." (Corresp. Inter., número 40, 1928.)

Y el camarada Stalin nos enseña cómo tenemos que utilizar la iniciativa de las masas, cómo los bolcheviques tienen que escuchar con atención sus voces, tienen que enterarse de sus quejas y de sus preocupaciones con amorosa solicitud; nos enseña a apreciar el valor enorme de la crítica y de la autocrítica de las masas.

"Con frecuencia, dice Stalin, nuestros críticos sufren reprimendas porque su crítica es incompleta; porque su crítica no es siempre justa en el ciento por ciento. Algunas veces se exige que una crítica sea justa en todos sus aspectos y cuando no lo es en todos, se la denuncia, se la arrastra por el lodo. Esto es falso, camaradas. Es un error peligroso. Si esta tendencia prosperase, se cerraría la boca a cientos y miles de trabajadores, a corresponsales, obreros y campesinos, que quieren corregir nuestros defectos, pero que no siempre saben formular correctamente sus pensamientos." (Ibid, página 702.)

"... Eso sería una tumba pero no una autocrítica. Vosotros sabéis que los obreros a veces titubean antes de decir la verdad sobre los defectos de nuestro trabajo... Para no suprimir la autocrítica, sino para desarrollarla,

tenemos que escuchar con atención todas las críticas del pueblo soviético, aún cuando no sean completamente justas o no sean exactas en todos sus detalles. Sólo en estas condiciones se convencerán las masas de que no “meterán la pata” haciendo críticas desproporcionadas y que no se “reirán de ellos” por causa de alguna deficiencia en su crítica. Solamente en estas condiciones puede verdaderamente adquirir la autocrítica un carácter de masas y encontrar verdaderamente eco en las masas.” (Stalin, Sobre el Trabajo del Pleno Ampliado de Abril del C. C. y del C. C. C., 13 de abril de 1928, págs. 9-11-Rus.)

El profundo cariño hacia Stalin, la infinita confianza que en él tienen los obreros, no se limita al pueblo soviético, los obreros y campesinos de la patria del Socialismo.

Cada uno de nosotros comunistas, que trabajamos en estrecho contacto con las masas del pueblo en cualquier lugar del mundo, conocemos muy bien el profundo cariño que sienten los trabajadores, los explotados, por el hombre que personifica el ansia de libertad de los oprimidos de todo el mundo.

Recuerdo nuestra alegría y emoción durante los años anteriores a la rebelión de los generales franquistas, cuando íbamos en gira de propaganda a las montañas de Asturias, al corazón de Castilla, a Andalucía o a Extremadura, a lugares donde no existía la Organización. Cuando llegábamos, salía a recibirnos algún hombre o mujer del pueblo, con los rostros quemados por el sol, irradiando alegría y satisfacción: “No tenemos Partido, pero sí un pequeño Stalin”.

Y nos traían a su hijo, a un chavalillo a quien habían dado el nombre de Stalin.

Preguntábamos: “¿Por qué lo hicisteis?”, y la respuesta era ingenua y sencilla: “Porque Stalin es el mejor defensor de los pobres”.

“¿Y cómo lo sabéis vosotros?”

“Porque han hecho una revolución en Rusia y porque han repartido la tierra de los señores a los campesinos; porque las fábricas y las minas ya no son de los ricos; porque ya no hay burgueses allí. Y como Stalin ha dirigido esa revolución y nosotros también la queremos, por eso amamos a Stalin; y hemos llamado a nuestro hijo Stalin, para que al verle todos los días nos recuerde que aún tenemos que hacer la Revolución.”

Esto puede parecer ingenuo a mucha gente y, sin embargo, en el curso de los acontecimientos fué de profundo significado.

En la guerra revolucionaria del pueblo español, sabemos que fueron los campesinos los que engrosaron en mayor porcentaje el Ejército Popular.

Y el nombre de Stalin fué como el amanecer de la futura libertad y de la prosperidad venidera a los campesinos sin tierra de Asturias, de Extremadura, de Andalucía—en aquellas provincias en donde aún se podía

hablar con los campesinos, antes de la guerra—y en Castilla. El nombre de Stalin significaba para ellos que puede destruirse la autoridad de los ricos; les recordaba que existe un país en el mundo donde esto ya se ha llevado a cabo y donde los campesinos y obreros, dueños de su propio destino, viven alegres y felices bajo la bandera del Socialismo.

Este sentimiento de cariño y confianza sin límites en Stalin, ha sido expresado por todo nuestro pueblo, por toda la España que ha luchado por su libertad e independencia: los obreros y los campesinos que, valerosos y decididos, participaron en la heroica lucha por una España revolucionaria. Fué un día de júbilo y alegría en la España republicana el día en que nuestro José Díaz recibió el histórico telegrama del camarada Stalin, en el que el mejor amigo de los pueblos oprimidos decía:

“Al ayudar en lo posible a las masas revolucionarias de España, los trabajadores de la Unión Soviética no hacen más que cumplir con su deber. Se dan cuenta que el liberar a España de la opresión de los reaccionarios fascistas no es asunto privativo de los españoles, sino la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva.”

En las ciudades y en los pueblos, en los frentes y en la retaguardia, millones de voces expresaron lo que sentían sus corazones, vitorearon a Stalin. En las fábricas y en las trincheras los obreros y los soldados grabaron el nombre de Stalin en sus herramientas y en sus fusiles. Las calles más hermosas de las ciudades, y de las localidades más importantes, recibieron el nombre de Avenida de la Unión Soviética. Y el retrato de Stalin ocupaba un lugar de honor en todos los hogares y su nombre vivía en los corazones de todos los que combatían y trabajaban por una España libre de sus enemigos de siempre.

A pesar de las difíciles y terribles condiciones en que nuestro pueblo vive y lucha, ofreciendo obstinada resistencia a sus verdugos de hoy, no podrán arrancar el recuerdo de Stalin de los corazones de las masas trabajadoras de España, ni hacer olvidar la noble y desinteresada ayuda que el gran pueblo soviético proporcionó tan generosamente a nuestro pueblo en los días inolvidables de la heroica lucha.

Stalin tiene razón cuando dice que sólo el pueblo es inmortal y todo lo demás es transitorio. Pero su trabajo es tan inmortal como el pueblo, porque Stalin, el amigo y colaborador del gran Lenin, ha hecho posible que ciento ochenta y tres millones de habitantes de la Unión Soviética vivan felices, que el pueblo se sienta libre y pueda edificar su propia vida.

Y en esta inmortalidad de los pueblos, el nombre de Stalin surge como el faro que ilumina la senda para las luchas de hoy y de mañana en la marcha de la Humanidad hacia el Comunismo.

ESTE ES LEON BLUM

Por Maurice THOREZ

“Era uno de esos hijos de burgueses, nuevos ricos, que elaboran literatura aristocrática y son como los patricios de la Tercera República. Se llamaba Lucien Lévy-Coeur. Tenía... la voz sedosa, modales elegantes, manos finas y blandas que se derretían al estrecharlas. Afectaba siempre una exagerada cortesía, una cortesía refinada... Atacaba a todo cuanto existía de viril, de puro, de sano, de popular; a toda fe en las ideas, en los sentimientos, en los grandes hombres, en el hombre. En el fondo de todo su pensamiento no había sino un placer mecánico de análisis, de análisis a ultranza; una especie de necesidad animal de roer el pensamiento; un instinto de gusano... Lucien Lévy-Coeur era socialista. Pero no era el único en roer el Socialismo. Las hojas socialistas estaban llenas de esos hombrecillos de letras, artepuristas, que se habían apoderado de todos los caminos que podían llevar al éxito. Obstaculizaban el camino a los demás y llenaban los diarios que se decían órganos del pueblo, con su “dilettantismo” decadente.....”

En *La Feria en la Plaza*, el quinto libro de Juan Cristóbal, Romain Rolland ha trazado con mano maestra este retrato de fariseo socialista que acabamos de leer. El autor, que escribía en 1908, pintaba del natural. Conocía bien a su modelo... el ciudadano León Blum, en otros tiempos su condiscípulo en la Escuela Normal Superior.

El líder socialista pertenece, en efecto, a una familia de la gran burguesía financiera. Las oficinas de la Casa Blum están siempre instaladas en el corazón de París, en el barrio comercial Sentier, a dos pasos de la Bolsa, el moderno Templo del Becerro de Oro. Como es de rigor entre las principales familias de la burguesía dominante, funciones diferentes, pero complementarias, fueron reservadas a los hermanos Blum. Uno de ellos, colocado a la cabeza de la empresa paterna, fué encargado de hacer fructificar el capital de la familia mediante la explotación de los proletarios. El otro, el que nos interesa particularmente, fué destinado para la defensa de los intereses de la Casa Blum y de todas las otras Casas capitalistas, para la salvaguardia de los privilegios de la clase de los explotadores. Hizo carrera en la alta administración y en la “política”. La política, para los Lévy-Coeur, es el arte maloliente de marcar y embrollar las cartas para engañar a la clase obrera, para engañarla a fuerza de mentiras y de hipocresías, para desmoralizarla y desviarla de su lucha liberadora; en una palabra, para mantener la dominación de la burguesía.

León Blum se hizo, por lo tanto, abogado. Entró al Consejo de Estado. Se sabe que este superparlamento, cuyos miembros son reclutados cuida-

dosamente, vela por el contenido y la forma de las leyes y decretos. Asegura la continuidad del Poder Ejecutivo—y la realidad de la dictadura del Capital—, delegando sus “legistas” en las oficinas de los Ministerios y en la dirección de las grandes administraciones del Estado burgués. Fué así cómo León Blum llegó a ser jefe del Gabinete (1) de Marcel Sembat, ministro socialista durante la primera guerra imperialista.

Porque León Blum era socialista. Pero, según propia confesión en el Congreso de Tours: “Yo no he aparecido sino en dos ocasiones en la vida pública del Partido”. (Versión taquigráfica del Congreso de Tours en 1920, página 273.) Es muy cierto que León Blum no había tenido sino una primera y limitada permanencia en el Partido Socialista, en 1904-1905; justamente el tiempo necesario para apoyar al ala revisionista y oportunista que condenó el Congreso Internacional de Amsterdam. Es verdad también que no volvió al servicio activo—por cuenta de la burguesía—sino en 1917, en calidad de partidario de la guerra imperialista, donde se derramó la sangre proletaria; en calidad de desorganizador del movimiento obrero.

Antes de deslizarse a la dirección del Partido Socialista, León Blum se había consagrado, sobre todo, a trabajos literarios. Buscaríamos inútilmente en su prosa equívoca la menor huella de un pensamiento vigoroso. El delicado esteta escribió por ese entonces un **Ensayo sobre el Matrimonio**, que obtuvo algún éxito en la sociedad de los “snobs” y otros vividores del régimen de costumbres disolutas, pero que permanecía ignorado para los proletarios revolucionarios. León Blum fué uno de los principales colaboradores de la **Revue Blanche**, periódico de un dudoso eclecticismo. Apoyó allí el millerandismo, rompiendo lanzas contra el marxismo. Más de una vez atacó, en la forma cautelosa y encubierta que le es propia, a Jules Guesde, que era en ese tiempo el más cercano discípulo de Marx en Francia. A continuación León Blum se consagró a la crítica teatral en las columnas de **Le Matin**, el más venal de los diarios parisienses, el principal beneficiario de los cheques Raffalovitch, cuya caja era alimentada por el oro zarista. **Le Matin** vertía entonces cotidianamente calumnias e insultos rastreros sobre Jaurés y los socialistas, tal como hoy babea sus insultos contra el Comunismo y la Unión Soviética.

Llega la primera guerra imperialista. El Partido Socialista naufraga en la “Unión Sagrada” (2). Sin embargo, en 1917, después de tres años de duelo, de sufrimiento, se elevan en Francia, de las masas sumergidas en el horror, los primeros rumores de descontento. En el Este, la ola revolucionaria había ya derrocado al zar; se levanta y se levantará hasta transformarse en Octubre en una formidable marejada humana guiada por los bolcheviques, guiada por Lenin y Stalin, que sumergirá todo y dejará com-

(1) Oficial Mayor o Director de Ministerio.

(2) Bloque de partidos que incluía desde los socialistas hasta los ultrarreaccionarios.

pletamente limpio el sitio para un mundo nuevo, el mundo del Socialismo, en la sexta parte de la tierra. Las repercusiones de la Revolución Rusa no se hicieron esperar. En la clase obrera, en los Sindicatos, en el Partido Socialista, crece la oposición a la guerra. Y León Blum hace su "reaparición en el Partido Socialista. Ahora bien; por sus orígenes, por su actividad, por su género de vida, León Blum es completamente extraño a la clase obrera. Todo en él revela la aristocracia: su porte, su preocupación por la elegancia, su lenguaje, su estilo amanerado. Es simplemente el agente consciente de la burguesía en las filas del movimiento obrero.

En diciembre de 1920, el Congreso de Tours decide, por una enorme mayoría, la adhesión del Partido Socialista a la Internacional Comunista fundada por Lenin. León Blum toma la palabra en nombre de la minoría chovinista e imperialista. Su discurso tiene el sello de su habitual mala fe, de su casuística venenosa y deshonesto. Llamándose "revolucionario y hasta partidario de la dictadura del proletariado, León Blum se esfuerza en demostrar que los comunistas vuelven la espalda al marxismo—nada menos—, que naufragan en el anarquismo, el blanquismo y hasta en el carbonarismo (3). León Blum sabe alinear muy bien las palabras en "ismo"; le agrada hacer malabarismos con las ideas. Sabe también atribuir a sus adversarios concepciones extravagantes para lograr la fácil gloria de aniquilarlas. Durante este período de empuje revolucionario que siguió a la primera guerra imperialista, León Blum tenía por misión demoralizar a las masas, asustarlas, desviarlas de la lucha por el poder. Calumniando a los trabajadores, insultando su entusiasmo revolucionario, Blum habla, no sin desprecio, del peligro que habría en **apoyarse sobre la especie de pasión instintiva, de violencia de rebaño de las masas profundas e inorgánicas**. (Versión taquigráfica, pág. 263.) La tesis comunista plantea como primera tarea el agrupamiento, la organización y la dirección de las masas trabajadoras a fin de conducir las a la lucha consciente y eficaz contra el poder de la burguesía. León Blum caricaturiza, desnaturaliza esta idea justa. Quiere arrojar el descrédito sobre todas las formas de acción revolucionaria. Osa provocar al Congreso declarando que los trabajadores **no podrían ni siquiera tomar un cuartel de bomberos**.

Blum se entrega a otro número de prestidigitación. Declara estar listo para la acción ilegal, ¡ah!, pero luego agrega que le horroriza la actividad clandestina. León Blum, desde esa época, pretende reeditar contra el Partido Comunista la acusación calumniosa de "sociedad secreta", basada sobre la organización de "grupos de asalto" y obedeciendo a "comités ocultos e irresponsables" (pág. 255). En el mismo Congreso, Daniel Renoult, un

(3) Luis Augusto Blanqui, revolucionario honesto, pero que se imaginaba la revolución como un golpe de Estado violento, ejecutado por un pequeño grupo de conspiradores. Carbonarios, secta de conspiradores terroristas italianos.

viejo militante de nuestro Partido, antiguo discípulo de Jaurés, se indigna contra el "discurso provocador" de León Blum. "Este no es—dijo—sino la transposición, en lenguaje de Congreso, del informe de las investigaciones de M. Jouselin, juez de instrucción, contra los comunistas presos.

No hace aún mucho tiempo que el reaccionario Fernando Laurent citaba en la tribuna de la Cámara de Diputados un folleto de León Blum, redactado en 1931, y reimpresso en 1937, en el cual es difamado canallesca-mente nuestro Partido Comunista, con gran satisfacción de los reaccionarios.

Después de Tours vemos a León Blum a la cabeza del Partido Socialista y más tarde como director de su diario. León Blum desprecia a los adherentes de base del Partido Socialista; él no tiene nunca ningún contacto con los medios obreros. Va a dedicarse, sobre todo, a procurar disminuir y frenar el movimiento opositor. Es el hombre de la "síntesis", de la "conciliación"; es decir, de las mociones de componendas oportunistas que soslayan las divergencias, que endulzan las contradicciones. Mientras tanto, el ex consejero de Estado no descuida su bufete. Los magnates de las finanzas se disputan sus preciosos servicios. Defiende sus despreciables causas ante los tribunales. Un día hasta se llegó a ver a León Blum defendiendo al industrial Lederlin contra otro abogado politiquero, entonces socialista, Paul Boncour, quien representaba también otra firma capitalista, las "Lavanderías Thaon". En otra ocasión se supo en la Cámara de Diputados que León Blum no desdeña efectuar diligencias personales cerca de los ministros reaccionarios, a favor de ricos capitalistas a quienes quiere hacer exonerar de una parte de sus impuestos; exoneración que alcanza muchas veces a varios millones.

Es verdad que León Blum está en las mejores relaciones con los personajes influyentes de la república burguesa. El dirigente socialista, tan altivo siempre en público y ante los adherentes de su partido, habla familiarmente con los Tardieu y los Herriot. Es cierto que a veces hay cierta tirantez en el Partido Socialista, por ejemplo, cuando Blum favorece demasiado descaradamente, contra el candidato de su partido, al reaccionario Forgeot. No se tarda entonces en saber que ese es el precio del servicio hecho al director de **Le Populaire** por dicho señor Forgeot, al conseguirle un alto puesto al hijo de Blum en la Compañía Hispano-Suiza. Cuando se conocen los considerables intereses de esta firma industrial en España, la "No intervención", que ha dado a León Blum una triste celebridad, no es ya un misterio...

En 1924 tienen lugar las primeras elecciones legislativas verdaderamente "libres" después de la guerra. El Partido Comunista ha luchado valientemente contra el Tratado de Versalles, contra la ocupación del Ruhr. Ha combatido el chovinismo y llamado a los soldados franceses a la fra-

ternización con el pueblo alemán. Propone al Partido Socialista unificar la acción de la clase obrera y formar, para las elecciones y para la acción posterior a ellas, el Bloque Obrero y Campesino. Pero Blum hace rechazar las proposiciones comunistas y conduce al Partido Socialista a un acuerdo con el Partido Radical, al Cartel de las Izquierdas. En vez de unir a la clase obrera, la divide más aún y pone a una fracción de ella al servicio directo de la burguesía. El resultado, dos años después del éxito electoral del Cartel de las Izquierdas, es que la peor reacción está de nuevo en el poder.

En 1925-26 es Blum uno de los responsables directos de la guerra en Marruecos y en Siria. Exige la deshonra infamante contra los diputados comunistas que condenan la guerra. Pide persecuciones contra el Comité Central de Acción contra la Guerra. Su papel innoble de provocador de guerra y de colonialista es desenmascarado por la publicación de la famosa carta Vatin-Pérignon. Este alto funcionario francés en Marruecos exponía el plan general de operaciones políticas y militares concebido por los círculos imperialistas e indica al fin: **"Blum hará el resto"**. Es decir, el burgués encargado de "trabajar" al Partido Socialista, ejecutará su tarea execrable en el movimiento obrero.

En 1926, el Partido Socialista, inspirado por Blum, decide: **"dejar hacer la experiencia Poincaré"**. Las finanzas del Estado burgués se encuentran en un indescriptible desorden. El déficit del presupuesto aumenta. El erario se vacía. El franco baja vertiginosamente. El costo de la vida sube sin cesar. La clase obrera está descontenta. Las manifestaciones se multiplican. Estallan las huelgas. La reacción reinstala en el poder a Poincaré, el hombre de la guerra y la miseria, el hombre del Ruhr y del doble diezmo... Y León Blum se afana para evitar dificultades a su "amigo Poincaré", quien le rindió un solemne y caluroso homenaje en su discurso de Burdeos (1927). Con la ayuda de su otro compadre y cómplice Tardieu, Blum hace elegir un socialista, Fernand Buisson, a la Presidencia de la Cámara de Diputados. No obstante, los trabajadores de París no tardan en manifestar sus sentimientos hacia el traidor Blum. En 1928, los obreros del XX Distrito de París, de esos barrios que vieron combatir y morir a los últimos comuneros, arrojan a Blum de la Cámara de Diputados; en su lugar eligen a un militante comunista perseguido por la policía, Jacques Duclos.

Blum, tan prudente de costumbre, pierde la cabeza; manifiesta rabiosamente su despecho. Insulta a los trabajadores parisienses, cuyo corazón permanece y permanecerá ligado al Partido de la clase obrera. Blum escribe: **"que es preciso destruir los cuadros comunistas"**.

Sin embargo, el comunismo progresa. La influencia de la Unión Soviética crece entre los trabajadores de los países capitalistas. Los obreros que sufren el paro, los bajos salarios, las privaciones, comprueban que en el País del Socialismo ya no hay paro. Comprueban que a la primera fase

de reconstrucción, de reagrupamiento de las fuerzas, de consolidación del poder, sigue un período de expansión formidable de construcción socialista. El Partido Bolchevique, bajo la firme dirección de Stalin, hace triunfar, en contra de los capituladores y oportunistas, que han devenido traidores al servicio del extranjero, la línea general de la industrialización, y luego de la colectivización. Los pueblos de la Unión Soviética realizan con entusiasmo el Primer Plan Quinquenal. El trabajo se convierte en una cuestión de honor. Una nueva era comienza, en la cual la vida es fácil, feliz para todos: hombres, mujeres, viejos, niños. La ciencia soviética brilla con un fulgor incomparable. Las hazañas de sus aviadores, de sus marinos, de sus exploradores del Polo, los descubrimientos de sus sabios, son la admiración de todos los trabajadores y de todas las gentes honradas de los países capitalistas.

Entonces, emprende León Blum una vil campaña de denigración sistemática contra la Unión Soviética y sus grandiosas realizaciones. A pesar de las protestas, cada vez más numerosas, de los obreros socialistas, **Le Populaire**, que no ha publicado nunca una sola línea favorable a la Unión Soviética, imprime diariamente las peores infamias contrarrevolucionarias, las calumnias antisoviéticas más ignominiosas. Para redactar su inmundada hoja, León Blum agrupa una camarilla de mencheviques y de renegados del comunismo internacional, los Rosenfelds, los Rossis y compañía. Ladrador en jefe, León Blum intenta atenuar el alcance de los éxitos crecientes de la construcción socialista. No teme comparar a los trabajadores libres y felices de la Unión Soviética con los antiguos ilotas. Declara pérfidamente: **“Con un número suficiente de esclavos siempre se puede construir pirámides”**. (Versión taquigráfica del XXVIII Congreso Socialista. 1931, pág. 85.)

El Partido Comunista se consagra a los intereses de las masas trabajadoras. Lucha por los salarios de los obreros, pensiones a los sin trabajo, por la ayuda a los campesinos, por la protección a la juventud y el sostenimiento de los viejos y de los inválidos. El Partido Comunista lucha por la unidad de la clase obrera. Una amplia corriente unitaria se consolida poco a poco. León Blum trata entonces de oponerle un dique. El enemigo decidido de la unidad obrera se esfuerza en acumular los obstáculos. No pudiendo oponerse abiertamente a la consigna de unidad, escribe hipócritamente: **“Sería deplorable que el acercamiento se realizase prematuramente...”**

Sin embargo, la unidad de acción es necesaria y urgente. Sólo la unidad de acción puede permitir a la clase obrera rechazar el asalto de la reacción. Pero el burgués León Blum no tiene tales preocupaciones. Se esfuerza más bien en hacer creer que la amenaza reaccionaria no es tan seria. Al día siguiente de las elecciones generales de noviembre de 1932,

en Alemania, Blum se apresura a escribir: "El camino del poder está en adelante cerrado a Hitler... La socialdemocracia ha batido a Hitler". Dos meses más tarde Hitler era Canciller del Reich. ¡León Blum es un mal profeta!, se dirá. ¡Los hechos desmienten casi siempre sus sabias previsiones! Hasta él mismo ha debido convenir en más de una ocasión que se había engañado completamente. A pesar de eso, no es menos categórico y contundente en sus nuevas afirmaciones. El gran hombre de la socialdemocracia evidencia una falsa ciencia. De hecho, no ve nunca más allá de la punta de su nariz.

Pero lo más a menudo no se trata en él de "errores", sino más bien de una política consciente, madurada con reflexión, planeada en los círculos dirigentes de la burguesía, una política que el siniestro Blum está encargado de llevar a las filas de la clase obrera, en provecho de la reacción. Blum no demuestra reconocer un error sino cuando los trabajadores han adquirido ya la convicción de que su política es peligrosa, perjudicial. El astuto politiquero comprende entonces que ya no puede insistir más so pena de ser desenmascarado como agente directo de la burguesía, y de perder toda influencia sobre la clase obrera. Calcula friamente que vale más fingir que su buena fe ha sido sorprendida, exhala suspiros hipócritas, a fin de procurar conservar la confianza de los trabajadores no prevenidos lo suficiente e inclinados naturalmente a la generosidad. Puede entonces proseguir su despreciable labor. Y encuentra siempre una forma nueva, cada vez más refinada, para engañar a la clase obrera.

Durante largos años León Blum ha combatido con un encarnizamiento "digno de una causa mejor" las múltiples proposiciones comunistas de unidad de acción. Primeramente aseguró que toda idea de contacto con los comunistas le era insoportable. Después, obligado por el empuje unitario de las masas a abandonar esa posición puramente negativa, intentó justificar su hostilidad a la unidad de acción mediante consideraciones sobre la unidad orgánica. Luego, retrocediendo siempre, León Blum trató de esquivar el Frente Unico en Francia, pretextando que era necesario primero realizarlo en escala internacional; pero, al mismo tiempo, combatía las proposiciones de unidad formuladas por la Internacional Comunista y propuestas a la Internacional Socialista, en diferentes ocasiones.

En fin, en 1934, Blum se vió obligado a confesar, en la primera página de su diario, que por su acción perseverante los comunistas habían hecho el Frente Unico "inevitable". En ese momento la dirección del Partido Socialista se encontraba simple y llanamente dominada, a su pesar, por la voluntad unitaria de los trabajadores. La mayoría de los obreros socialistas, numerosas secciones locales, varias organizaciones departamentales, han sido arrastradas por los comunistas a la acción común. Blum actúa entonces según su famoso desplante: "Yo soy su jefe y por lo tanto los

sigo". Pero no los sigue sino para conservar el contacto con sus tropas, para tener la posibilidad de volverlas a tomar entre sus manos en la primera ocasión, para proseguir bajo nuevas formas su lucha contra la unidad de la clase obrera. Y esto lo probará con toda su actividad desde julio de 1934, después de que, a iniciativa de los comunistas, fué realizado el Pacto de Unidad de Acción, y luego constituido el Frente Popular.

En mayo de 1936 obtiene el Frente Popular un inmenso triunfo en las elecciones legislativas. En su calidad de líder del Partido Socialista—el partido que había obtenido el mayor número de curules en la Cámara de Diputados—, León Blum deviene Premier. El dice entonces en el Congreso Extraordinario del Partido Socialista, el 30 de mayo de 1936: **"No seré Kerensky; si me fuera no sería Lenin quien recogiese la herencia"**. En semejante momento, y teniendo en cuenta la diferencia entre la situación de Rusia en 1917, en plena Revolución, y la de Francia en 1936, en donde la característica esencial era el retroceso de la reacción bajo la presión de las masas, la frase de León Blum tiene el significado siguiente: **"Mis queridos amigos capitalistas, permaneced tranquilos. Haré todo para romper el impulso de las masas. Haré todo para que el Frente Popular no abra a la clase obrera y al pueblo las perspectivas de un mejoramiento sustancial y durable de su suerte, para que vuestros beneficios no sean mermados, para que vuestro dominio, NUESTRO dominio, no se vea en peligro. Para evitar ser un día Kerensky, yo seré Noske, seré Muller. Contra el Frente Popular, contra la clase obrera, contra el comunismo, prepararé el camino a la reacción."**

Y en realidad, Blum y su Gobierno no tardan en darle la espalda al programa del Frente Popular. Desde el comienzo de agosto de 1936 un golpe terrible es dado al Frente Popular. León Blum toma la iniciativa desastrosa de la sedicente "no intervención", ese **"error trágico que el pueblo español paga con su sangre"**, como lo escribió un día el Partido Socialista español al Partido Socialista francés. Todos ven claramente ahora que esto no era un error, sino la "simple" ejecución del plan de la reacción internacional contra la clase obrera, contra el Frente Popular en España y en Francia. El traidor León Blum cometió uno de los mayores crímenes de su existencia dañina. El encargado de negocios de los capitalistas de Francia e Inglaterra, priva al pueblo español, sin vacilar, de los medios que le permitirían enfrentarse victoriosamente a la rebelión de los generales perjuros y a la invasión extranjera. Sacrifica a los fines de reacción y de guerra de los capitalistas de todos los países, la causa del Frente Popular, el porvenir de la clase obrera y hasta la seguridad de la frontera francesa de los Pirineos. León Blum **SABE** que si la España republicana es derrotada, el Frente Popular y la clase obrera de Francia, serán pronto aplastados, a su vez, por la reacción. León Blum **SABE** que el pueblo de Francia será pre-

citado dentro de breve plazo en los horrores de la guerra imperialista. Pero es este precisamente el objetivo que Blum y sus congéneres han asignado a sus actuaciones criminales. Y el inmundo Tartufo trata de justificar con frases sobre la paz la condena a muerte que lanza contra las centenas de millares de hombres, mujeres y niños españoles. Es horripilante su hipocresía, hasta causar náuseas a quienes a veces deben acercársele, no sin repulsión. Llega este consumado comediante hasta a enjugarse las lágrimas, sollozar, casi desvanecerse.

Un día, Blum recibe en su lujosa oficina del Hotel Matignon a los representantes del Frente Popular de España. Han venido a pedirle el levantamiento del infame bloqueo. En su nombre habla Dolores Ibárruri, la Pasionaria. Su ardiente palabra relata los sufrimientos del pueblo español; expresa la voluntad de resistencia que anima a los héroes sin armas; expone su valor sobrehumano; dice que quienes luchan, que quienes mueren, tienen la convicción de luchar y de morir por la causa de todos los partidarios del progreso y de la paz en el mundo; por el porvenir de los trabajadores de todos los países. Habla con emoción de la gratitud de los republicanos españoles hacia el pueblo de Francia, que ha enviado a sus mejores hijos a las trincheras del Madrid inviolado, y que se esfuerza por ayudar materialmente a la España libre. Dice también, sin adornar sus frases, que desgraciadamente no encuentra entre los ministros, y especialmente en el presidente del Consejo, los sentimientos de solidaridad activa que son los del pueblo de Francia y ante todo del glorioso proletariado de París. Luego calla.

Entonces Blum, que ha inclinado la cabeza ante los amargos reproches, se levanta como si estuviera aplastado por el pesar y se dirige hacia Dolores. Parece aniquilado. De su oprimido pecho escapa un prolongado suspiro. Luego, deteniéndose, levanta los brazos al cielo y exclama: **“¡En verdad, estoy torturado! Os comprendo. Estoy de acuerdo con ustedes. Pero... no puedo actuar de otra manera”**. El frío y seco corazón del repugnante personaje no puede impedirle velar, con extrema ferocidad, por el mantenimiento riguroso del bloqueo. Bajo su Gobierno, los consulados franceses en España se convierten en oficinas de deserción que tratan de desmoralizar el nuevo ejército popular. El cónsul de Valencia, con la aprobación de Blum, va hasta los cuarteles a realizar sus maniobras. ¡Cuántas veces no se ha servido de esa política contrarrevolucionaria para obtener lo que desea de sus amigos de la reacción! A fines de 1938 Blum recuerda en la Cámara de Diputados que dos años antes ordenó retener en Hendaya, en territorio francés, las armas y municiones que el Gobierno republicano había expedido con destino al frente de Irún. Confesó que algunas docenas de estas ametralladoras, pertenecientes a los republicanos, hubiesen podido bastar a los milicianos para rechazar las bandas de Franco.

Ahora bien; conservar Irún hubiese acarreado la posibilidad de conservar San Sebastián, Bilbao, toda la región vasca y Asturias. El ex ministro socialista Indalecio Prieto, en un discurso pronunciado en Santiago de Chile y publicado en *El Socialista*, confirmó el hecho, agregando que "era aún peor" de como lo había expresado Blum. Durante todo el tiempo que duró la guerra de España, Blum intrigó entre los dirigentes socialistas españoles Caballero, Prieto, Besteiro y compañía, para hacer triunfar su tesis de compromiso con Franco, para dividir el Frente Popular. Como agente de la Inglaterra capitalista, Blum es el instigador directo de Casado y otros traidores que apuñalaron por la espalda a los defensores de Madrid y los entregaron a los asesinos fascistas.

León Blum debe estar perseguido por los espectros de sus innumerables víctimas. Como Lady Macbeth, debe ver con terror la sangre inocente que ha manchado para siempre sus manos de dedos largos y ganchudos.

En febrero de 1937 León Blum, con asombro de los trabajadores, decreta la "pausa". Opina que es tiempo ya de "marcar un alto", de "digerir" las reformas del Frente Popular. Ahora bien; las únicas conquistas notables son las que la clase obrera impuso por su acción directa en mayo de 1936: la semana de 40 horas, los despidos pagados, los contratos colectivos. Cuando los delegados de la C. G. T. iban en junio de 1936 a su oficina del Hotel Matignon, Blum les decía: "De acuerdo; presentaré todos esos proyectos en octubre". Y fué Frachon quien le respondió: "Es inmediatamente, antes de 48 horas, que todo debe ser votado", lo cual fué realizado bajo la presión de las masas. Ya Blum había operado en septiembre de 1936 una primera devaluación del franco, lo que provocó el alza del costo de la vida y anuló parcialmente el beneficio de los aumentos de salarios. Y en febrero de 1937 los viejos esperan la pensión de retiro. Y los sin trabajo esperan trabajo. Y los trabajadores de Correos y Telégrafos, bajo la administración de Lebas, esperan las 40 horas. Y los jóvenes esperan la organización del sistema de aprendizaje. Y los campesinos esperan la Caja de Socorros para calamidades agrícolas, la ejecución de los grandes trabajos viales, de irrigación y de electrificación. Pero Blum decide dar abiertamente la espalda al programa del Frente Popular. Se decide a debilitar el movimiento obrero, a minar el Frente Popular. Como lo atestigua Ibarregaray, testimonio registrado en el diario oficial, León Blum facilitó la reconstitución de la organización facciosa "Cruz de Fuego". Se tuvo una explicación de este crimen la noche de la provocación sangrienta en Clichy. A pesar de las protestas de la población obrera de esa ciudad administrada por socialistas, León Blum y su ministro socialista del Interior, Dormoy, autorizaron una reunión de los "Cruces de Fuego" en un local cercano a la Alcaldía. Era la época en que se multiplicaban en Francia los atentados criminales y los asesinatos fomentados por los mercenarios del capital, agentes

del extranjero. Los trabajadores manifiestan su indignación contra la provocación organizada por el policía Dormoy. Salen a la calle pacíficamente. Los guardias móviles, obedeciendo las órdenes de su oficial SOCIALISTA, disparan sobre la muchedumbre proletaria. Son recogidos numerosos muertos; apresuradamente se transportan decenas de heridos al Hospital Beaujon. Los dirigentes comunistas acuden sin tardanza a Clichy, al lugar del atentado. Luego, van al hospital a visitar a los heridos. Hacia la media noche llega, en traje de etiqueta, el Señor Presidente del Consejo de Ministros. El asesino de los obreros de Clichy sale de su palco de la Opera, estirado dentro de su frac, afectado dentro de su rígida pechera, con blancos guantes, el clac en la mano, la pelliza sobre los hombros. Un rugido de indignación se levanta entonces de la muchedumbre de parientes de los heridos, de los obreros que se amontonan ante las rejas del hospital. Varios heridos felicitan con amarga ironía al Premier por la atención cuidadosa que pone en velar por el orden en la calle... contra los obreros.

En julio de 1937, sin que la Cámara de Diputados hubiese jamás votado contra el Gobierno, Blum abandona la presidencia del Consejo de ministros. Toma como pretexto las dificultades de orden parlamentario que encuentra en el Senado. Los comunistas proponen a Blum y al Partido Socialista no ceder ante la presión reaccionaria, organizar la resistencia de las masas, emprender una vigorosa acción común en el Parlamento y fuera de él, tal como se había hecho en febrero de 1934, en julio y agosto de 1935, en mayo de 1936.

Pero Blum logra impedir toda acción común. Poco después declaró descaradamente que semejante lucha: **"Se habría propagado por todo el país; se habría traducido en graves movimientos populares que hubiesen ganado sin cesar en amplitud y en energía"**. (Le Populaire del 5 de julio de 1937.) Y esto no lo querían a ningún precio ni Blum ni la burguesía. El temor del movimiento de masas, es ese uno de los rasgos predominantes de Blum. Naturalmente, los pequeñoburgueses asustados—y también el gran burgués que se las echa de socialista—atribuyen a la clase obrera sus propios sentimientos de cobardía y pusilanimidad. León Blum dijo en Burdeos que no se podía pensar en luchar: **"Porque en las masas populares una necesidad de reposo, de tranquilidad, se une hoy al ardor apasionado en las convicciones"** (sic). ¡Cómo esta bien equilibrada frase llena de gozo al pequeñoburgués socializante!: **"ardor en las convicciones y necesidad de tranquilidad"**. Seamos ardientes, pero no nos movamos. ¡Hablemos, charlemos, peroremos, pero sobre todo no dejemos actuar a la clase obrera! Tal es la línea de conducta de los Blums.

En septiembre de 1938 León Blum se convierte en el paladín de la capitulación de Munich. Quien ha entregado España a Franco, no puede menos que aplaudir una traición que entrega Checoeslovaquia a Hitler. Hoy

todo el mundo ha podido convencerse de que Munich no era la paz, que era, por el contrario, el sombrío complot tramado por la reacción internacional contra la paz, contra los pueblos, contra la Unión Soviética. Munich planteó con toda agudeza el problema del reparto del mundo entre los Estados capitalistas rivales. Munich abrió la última esclusa a la oleada sangrienta y fangosa de la guerra imperialista. Pero León Blum, en octubre de 1938, canta la dulzura de vivir. Con sus insoportables e indecentes análisis públicos de sí mismo, el egoísta sibarita confiesa sus sentimientos de "cobarde alivio y de vergüenza" que experimenta. Más tarde, confesará, con mucha naturalidad, su error muniquense. Por el momento, no piensa sino en dar todo su apoyo a Daladier, este otro politiquero sin escrúpulos. El 4 de octubre, el grupo socialista, a instancias de Blum, ratifica la traición de Munich. El mismo día decide no oponerse a la petición de plenos poderes formulada por Daladier. El resultado son los Decretos-leyes que restringen y anulan la legislación social impuesta por el Frente Popular; es la huelga del 30 de noviembre de 1938, traicionada por Blum y Jouhaux y brutalmente reprimida por su cómplice Daladier. El resultado es el tiro de gracia dado a la República Española; es la odiosa aparición de los campos de concentración en donde son encerrados como malhechores los héroes del Ejército Popular español y los gloriosos combatientes de las Brigadas Internacionales. El resultado es el ataque en todos los frentes contra la clase obrera, contra todos los trabajadores, **Y ES LA GUERRA IMPERIALISTA.**

Lenin escribió, en diciembre de 1914:

"La guerra europea evidencia la más profunda crisis histórica, el comienzo de una nueva época. Como toda crisis, agudiza fuertemente las contradicciones ocultas, las revela, rasga el velo de todas las hipocresías, rompe las convenciones, destruye las autoridades podridas y mal olientes."

Más tarde, en agosto de 1915, en su folleto sobre el crac de la Segunda Internacional, Lenin agregó:

"La guerra acarrea tal perturbación en la historia, que no **SE PUEDE YA** hoy considerar al oportunismo como se le consideraba en otro tiempo... El oportunismo, de una manera general, en Europa, vivía, por decirlo así, su adolescencia antes de la guerra. Después, ha madurado y no se podría atribuirle la inocencia de la juventud."

Los acontecimientos actuales confirman de manera singular los vigorosos pensamientos expresados por Lenin con motivo de la primera guerra imperialista. La guerra actual agudiza y pone al desnudo todas las contradicciones del régimen capitalista. No es solamente en el terreno internacional el choque de los principales imperialistas que se disputan el

dominio del mundo. Está acompañada en el interior de cada país capitalista, en primer lugar en los países beligerantes, por una agravación inaudita de la explotación de las masas trabajadoras y por un reforzamiento correlativo de las posiciones de la reacción. La guerra reduce a la nada las ilusiones pacíficas y democráticas con las cuales los politiqueros socialistas adormecían a la clase obrera. Por más prevenido que se pudiese estar contra la política de traición de los líderes socialistas, queda uno asombrado ante la enormidad de sus nuevos crímenes y no podríamos juzgarla tomando como base los argumentos admitidos antes del desencadenamiento de la guerra actual.

Es así como, aun para un canalla político de la envergadura de León Blum, no hay medida común entre lo que decía y hacía ayer y lo que hace y dice hoy. Dejando de lado sus contorsiones y sus silbidos de reptil repugnante, Blum da hoy libre curso a sus instintos feroces de burgués explotador que tembló un momento por sus privilegios. Ya no será el trabajo de disimular el verdadero contenido de su política: la defensa de los intereses del capital. Y como buen perro de presa, ladra estrepitosamente contra la clase obrera, contra la Unión Soviética, contra el comunismo.

“Nunca, como durante una guerra, tiene tanta necesidad un Gobierno del consentimiento de todos los Partidos de las clases dirigentes y de la apacible sumisión de la clase oprimida.” (Lenin.)

Ahora bien; si Daladier puede hasta hoy vanagloriarse de conducir su política de guerra con el consentimiento de todos los partidos de la burguesía, inclusive el Partido Socialista, no ha podido obtener la sumisión de la clase obrera y de su vanguardia, el Partido Comunista. En 1914, el Partido Socialista, tras sus jefes traidores, desertó de la causa del proletariado y se pasó al servicio del imperialismo. En 1939, el Partido Comunista, con su Comité Central a la cabeza—a excepción de un puñado de cobardes renegados sin influencia—, ha permanecido fiel a la causa de la clase obrera, a la causa de la paz. El Partido Comunista denuncia el carácter injusto, reaccionario, imperialista, de la guerra actual. Llama a todos los trabajadores a la lucha contra la reacción en Francia, a fin de imponer la paz inmediata. Continúa luchando por la defensa de las reivindicaciones cotidianas de todos los explotados. Exalta la firme política de paz de la Unión Soviética, a quien los provocadores imperialistas de guerra no han logrado precipitar en el caos sangriento.

La reacción está furiosa por esta consecuente y resuelta oposición a la guerra imperialista. La represión se encarniza contra la clase obrera, contra el Partido Comunista. El chacal Blum se pone a la cabeza de la aulladora jauría azuzada contra el comunismo y la Unión Soviética. Desde la firma del pacto de no agresión entre la Unión Soviética y Alemania, emprendió Blum una innoble campaña provocadora. Daladier-Sarraut le dan una primera satisfacción suprimiendo a **L'Humanité**. El cretino se entrega

a una verdadera danza de triunfo. Dirige a los militantes comunistas insultantes e impúdicos requerimientos. Los apremia para que renieguen de su Partido, de su Internacional; para que se pronuncien contra la Unión Soviética; para que traicionen, como él, los intereses de la clase obrera, so pena de ser entregados a los Consejos de guerra. Blum vuelve a esgrimir contra los comunistas la infame calumnia que mató a Jaurés. Ellos son, escribe el vil lacayo de los banqueros de Londres, los "agentes del extranjero." Blum se convierte en el proveedor de los presidios. Desciende vertiginosamente hasta el último peldaño de la ignominia; sugiere al Gobierno que **"los militantes comunistas sean llevados ante los tribunales, condenados y ejecutados"**. Sin embargo, los golpes combinados del Gobierno y de Blum no pueden quebrantar la unidad del Partido Comunista. La reacción no puede obtener las deserciones sensacionales y numerosas que esperaba lograr a fuerza de corrupción, de chantaje y de amenaza. El Partido Comunista se mantiene firme. Precisa su línea de oposición irreductible a la guerra imperialista, toma medidas para desarrollar la acción de las masas contra la reacción y la guerra. El Gobierno pone fuera de la ley al Partido Comunista. La medida ha sido provocada, preparada, hecha posible por Blum y su cómplice Jouhaux, este otro reincidente de la traición. Ambos han utilizado la calumnia contra los militantes comunistas; los han hecho excluir de las Directivas sindicales; los han entregado a la policía. Blum ha pedido y obtenido el arresto de los diputados comunistas. Ha pedido y obtenido que sean privados del mandato que les fué confiado por el sufragio universal. *Le Populaire* publica, como boletines de victoria, los comunicados de la policía que anuncian los arrestos en masa de los comunistas. Subraya con complacencia las pesadas condenas a 5 y 6 años de prisión, pronunciadas contra los combatientes por la paz. Se felicita, con cínica ironía, de que millares de obreros comunistas sean arrojados **"sobre la paja húmeda de los calabozos"**.

Porque la burguesía francesa, que vacila en hacer la guerra contra la Alemania capitalista, la realiza con un vigor despiadado contra la clase obrera, esforzándose en romper toda oposición a su política de reacción y de guerra. Disuelve, con ayuda de Jouhaux y de Blum, las organizaciones sindicales que quieren continuar defendiendo los intereses de los obreros. Puede así disminuir los salarios, alargar la jornada de trabajo, aumentar los impuestos; puede así hacer pagar a los pobres los gastos de una guerra que cuesta cada día **cerca de mil millones de francos**. Pero en las fábricas los obreros descontentos resisten. Blum se pone rojo de ira. Demagógicamente incita a los campesinos contra los obreros, a los soldados del frente contra sus camaradas movilizados en las fábricas. **"No vacilo en decir—escribe—que la opinión no aceptaría el alza indefinida de los salarios"**. (*Le Populaire* del 6 de enero de 1940.) Ahora bien; los salarios, en vez de ser

aumentados a pesar del alza del costo de la vida, son gravados con una tasa de 15 y de 40 por 100 después de la octava hora de trabajo. En contra siempre del aumento de salario reclamado por los obreros, Blum declara: "Nadie aceptaría que los errores cometidos en la conducción económica y financiera de la guerra, viniesen a amenazarla y comprometerla". ¡Qué le importan los sufrimientos y la vida de los desgraciados! Blum no tiene ojos sino para los objetivos de guerra de la burguesía imperialista. Ejecuta con celo, si no con éxito, la tarea que le ha sido confiada por la reacción: justificar la guerra ante los ojos de los trabajadores.

Muchos proletarios comprenden que la guerra actual es una guerra de saqueo y bandidaje. Ellos recuerdan que los comunistas han dicho siempre: "El capitalismo engendra la guerra". Recuerdan la expresiva fórmula de Jaurés: "El capitalismo lleva en sí la guerra así como la nube lleva la tempestad". Recuerdan que Lenin ha proclamado: "Si el Socialismo no triunfa en Europa, la paz entre los Estados capitalistas no será sino una tregua, una interrupción en la preparación de nuevas carnicerías".

Lenin tuvo el mérito inmenso de subrayar que en la etapa actual del desarrollo del capitalismo—en la época imperialista caracterizada por la formación de potentes monopolios, el predominio de los grandes bancos, la exportación del capital financiero, cuando el reparto del mundo ha sido realizado—, la guerra es el único medio para medir, en un momento dado, los cambios ocurridos en la relación de fuerzas entre los grandes Estados capitalistas. La guerra es el único medio que tienen los bandidos imperialistas para determinar la "parte" de cada uno en el dominio del mundo, en la explotación de los pueblos coloniales y semicoloniales y de los trabajadores "libres" de los países llamados civilizados.

Las enseñanzas de los maestros del marxismo permiten descubrir las causas profundas y los objetivos de la guerra actual. Por su cuenta, la burguesía francesa quiere mantener contra la burguesía alemana las posiciones dominantes que se había asegurado cuando la firma del Tratado de Versalles. El imperialismo francés quiere conservar en su poder las colonias que codicia el imperialismo alemán... y el imperialismo italiano.

Pero Blum—el hombre de la guerra—quiere hacer creer que la Francia capitalista, con un raro desinterés, no ha tomado las armas sino para permanecer "fiel a sus compromisos" hacia Polonia. Pretende que "la guerra impuesta a Francia tiene por objetivo real y único la independencia y la seguridad de la Patria". (Le Populaire del 25 de noviembre de 1939.) Pretende que si millones de obreros y campesinos son muertos (en potencia, ello es para salvar "la civilización moderna, la civilización que se basa en los derechos naturales de la persona, en las libertades públicas y en la justicia debida a los individuos y a los pueblos". (Le Populaire del 21 de diciembre de 1939.) ¡Qué repugnante hipocresía, qué odioso cinismo de parte

del pícaro que inventó la "no intervención", esa ruptura unilateral por Francia de su tratado de comercio con la España republicana; de parte del partidario "cobarde y avergonzado" de Munich; esa ruptura unilateral por Francia de su tratado de alianza formal con Checoeslovaquia; de parte del representante de esa feroz burguesía que mantiene bajo su yugo a 70 millones de esclavos coloniales.

¿A quién hará creer el policía auxiliar, el espía Blum, que Francia es aún una "tierra de libertad" cuando 10.000 trabajadores están presos o internados en los campos de concentración; cuando los refugiados españoles y los voluntarios de las Brigadas internacionales, sufren también en esos campos; cuando Daladier restablece "la Lettre de Cachet" (4) del régimen monárquico; cuando la Prensa libre es suprimida; cuando el Parlamento está domesticado y cuando los diputados fieles al pueblo, arrancados de su curul, son arrojados a la cárcel?

Al igual que durante la pasada guerra, Blum afirma a los trabajadores engañados que esta vez es verdaderamente la "última". Les promete un "mundo nuevo" donde reinará la "justicia social". Los proletarios no pueden dejarse atrapar por estas burdas mentiras que ni siquiera tienen ya el mérito de la originalidad. Si la clase obrera no acaba esta guerra a su manera, expulsando del poder a la reacción y sus Blums, subsistirá la amenaza de otras futuras guerras "últimas".

En fin, donde Blum se rebasa a sí mismo en canalladas, es cuando ataca a la Unión Soviética, al Partido Bolchevique, a Stalin, ese gigante del pensamiento y de la acción revolucionarios. En su rabioso delirio bélico, Blum revela el contenido de la política antisoviética de la burguesía francesa. Leyendo a Blum, recorriendo las columnas de su hoja despreciable, cada trabajador puede comprender que el enemigo contra el cual la burguesía francesa quisiera concentrar la fuerza de los imperialismos rivales, es la Unión Soviética, es el País del Socialismo.

Blum evidencia la rabia y el despecho de los provocadores de guerra que no han logrado arrastrar a la Unión Soviética a un conflicto sangriento, del cual ella sola hubiese soportado todo el peso. La inacción completa de Francia e Inglaterra, a pesar de sus promesas a Polonia, demuestra que sus dirigentes reaccionarios habían esperado que la guerra sería sobre todo una guerra antisoviética, a la cual ellos habrían asistido desde lejos frotándose las manos, o aún hasta suministrando una discreta ayuda a Alemania.

Este pérfido cálculo ha fracasado. La Unión Soviética practica de manera independiente y resuelta su política de paz, pero Blum, cada vez más excitado, predica abiertamente la cruzada antisoviética. Escribe: "**Durante**

(4) Ordenes arbitrarias de los reyes, extendidas por carta, por medio de las cuales se internaba en la Bastilla, por tiempo indeterminado, a los enemigos del régimen.

un cierto número de años el peligro hitleriano ha ocultado a Europa el peligro ruso". Se estremece con un maligno goce cuando el Gobierno reaccionario de Finlandia, sobornado por los imperialistas francoingleses, responde con provocaciones a las proposiciones de buena vecindad y de regulación fronteriza que le son hechas por el Gobierno soviético. El Ejército Rojo se ve bligado a entrar en campaña al lado del nuevo Ejército Popular finlandés. Entonces, el hombre de la "no intervención" exige con premura que sean enviados a los Mannerheim y a los Tanner "aviones, artillería, municiones de toda clase". (*Le Populaire*, diciembre 24 de 1939.) ¡Qué pueden pensar de este canalla las masas obreras que, durante 30 meses, acogieron su nombre detestado con gritos mil veces repetidos: "Aviones, cañones para España"!

Blum, el mentiroso profesional, esparce la leyenda de una "Finlandia democrática y socialista". Presenta los bandidos que aterrorizan al pueblo finlandés y han asesinado a 18.000 obreros, según testimonio de Branting, como "una élite por la cultura y la dignidad moral". Blum se regocija cuando la Sociedad de las Naciones, convertida de nuevo en una simple agencia de los imperialismos inglés y francés, toma medidas tendentes a la guerra antisoviética. Pero está impaciente. "Es preciso actuar rápidamente, es necesario coordinar esta acción". Apremia a Suecia y a Noruega para que entren en guerra contra la Unión Soviética, para que suministren soldados a la causa execrable de la reacción internacional.

Blum desprecia la última recomendación de Guesde moribundo: "Es necesario montar guardia alrededor de la Revolución Rusa". Afortunadamente los trabajadores de Francia no están decididos a hacer la guerra contra la Unión Soviética. Podrían imitar, si el caso llegase, el ejemplo glorioso de André Marty y de los marinos del Mar Negro.

La historia del movimiento obrero internacional es rica en figuras magníficas de luchadores revolucionarios, de combatientes valerosos y firmes de la gran causa del Socialismo. Pero conoce también los traidores despreciados e infamados por todos los trabajadores. Los Millerands, los Pilsudskys, los Mussolinis, los Noskes, los Trotskys, fueron en otro tiempo arrojados por el movimiento obrero. Ahora bien; hay en Blum la aversión de Millerand contra el Socialismo; la crueldad de Pilsudsky; la ferocidad de Mussolini; la cobardía que hace a los hombres sanguinarios, como Noske; y el odio de Trotsky hacia la Unión Soviética.

La clase obrera no puede menos que colocar en la picota a este monstruo moral y político. No puede dejar de condenar y rechazar con horror y asco a Blum, el burgués, Blum, el hombre de la "no intervención", Blum hombre de la "pausa", Blum el asesino de Clichy, Blum el policía, Blum el hombre de la guerra. Es esta una condición para la lucha victoriosa por la paz, por el Socialismo.

El anarquismo en el movimiento revolucionario español

Por Antonio MIJE

El anarquismo como teoría y cuerpo de doctrina en el seno del proletariado ha ido desapareciendo en el curso de los años de las filas del movimiento revolucionario de la clase obrera. Su base de masas ha quedado reducida a casi nada. Su ideología ha sido mantenida por grupos aislados que, a modo de élite, han pretendido actuar en la dirección de las luchas de las grandes masas proletarias, pero, en realidad, carentes, en absoluto, de toda solvencia revolucionaria.

Los grandes maestros del marxismo pusieron al desnudo, con claridad meridiana, que el anarquismo nunca fué una ideología revolucionaria.

Lenin dice en *El extremismo, enfermedad infantil...*:

“El anarquismo ha sido a menudo una especie de expiación de los pecados oportunistas del movimiento obrero. Estas dos aberraciones se completan mutuamente. Y si el anarquismo no ejerció en Rusia en las dos revoluciones de 1905 y 1917 y durante su preparación, a pesar de que la población pequeñoburguesa era aquí más numerosa que en los países occidentales, sino una influencia relativamente insignificante, se debe, en parte, al bolchevismo, que fué siempre el enemigo más despiadado e irreconciliable del oportunismo. Y digo “en parte” porque lo que más contribuyó a debilitar al anarquismo fué la posibilidad que tuvo en el pasado (en los años 70 del siglo XIX) de adquirir un desarrollo extraordinario y de revelar hasta el fondo su incapacidad de servir como teoría directora de la clase revolucionaria.”

España ha sido en este último período el reducto más fuerte que conservaban como base para sus experiencias y donde, a través de los Sindicatos, lograban influenciar de forma perniciosa a núcleos obreros de alguna importancia. En una parte del movimiento obrero español lograron tener alguna ascendencia imponiéndose en los Sindicatos, unas veces por medio del terrorismo, acción propiciada con favor en las actividades de los an-

arquistas, y otras apoyándose en las capas atrasadas de la clase obrera y los campesinos, a las que lograban influenciar con su demagogia y su verbalismo seudorrevolucionario. Desde luego, el anarquismo, por su ideología, por sus métodos y su propia organización era el campo abonado para todo género de especulación de los provocadores de la burguesía y del aparato policial de ésta. Los anarquistas han desempeñado una función de agentes de la burguesía en el movimiento obrero por su ideología y sus tácticas antirrevolucionarias. Han constituido un elemento de provocación con sus acciones putschistas, con su labor criminal de fraccionamiento del movimiento obrero.

Ellos han sido enemigos irreconciliables de la unidad sindical del proletariado español. Desde sus primeros pasos en el movimiento obrero toda su labor fué puramente escisionista, pero durante la guerra acentuaron su política de división hasta el extremo de crear frente a cada Sindicato de la U. G. T. otro de la C. N. T. En la situación en que la unidad de la clase obrera era más indispensable que nunca como base para realizar la hegemonía y la dirección en el Frente Popular, como la única garantía de que la lucha contra la reacción sublevada se llevara firme y enérgica de forma consecuente hasta la victoria del pueblo, los anarquistas dividían cada vez más a la clase obrera y en esta división introducían su cuña todos los elementos fascistas y reaccionarios que habían logrado introducirse en los Sindicatos de la C. N. T., como la trinchera desde donde hostilizar los afanes revolucionarios del pueblo español, tanto en el ejército como en la producción, la economía, la agricultura, etc.

Y si en algunos lugares se llegó a la unidad de acción entre las fuerzas sindicales fué por la voluntad de las masas de los Sindicatos, por la presión constante de ésta, porque los trabajadores de las fábricas y del campo, por encima de la obstinada resistencia y sabotaje de los líderes anarquistas, que en esto rivalizaban con los socialistas-trotskistas de la U. G. T.; la clase obrera y los campesinos querían llegar a unificar sus esfuerzos en la lucha gigantesca que tenían emplazada. Además, porque el ambiente para la unidad era cada día más denso y ello obligaba a que ésta se realizara aunque fuera de forma insuficiente.

LOS ANARQUISTAS Y LA GUERRA DE ESPAÑA

La guerra de España ha venido a pulverizar ante las capas más atrasadas del proletariado y los campesinos, la ideología anarquista, mostrando evidentemente su contenido contrarrevolucionario y antiproletario. Quedó plenamente demostrado, por la fuerza de los acontecimientos, que el anarquismo carecía de una estrategia y una táctica revolucionarias cuando, sin analizar el carácter de las fuerzas que se sublevaban, los factores po-

líticos de toda índole, especialmente la situación internacional, desencadenaban lo que ellos llamaban "la revolución social"—que en el fondo ayudaba a las fuerzas más negras de la reacción que se habían sublevado—, practicando la expropiación de la pequeña propiedad urbana e industrial, arrebatando sus tierras a los campesinos e imponerles una colectivización forzosa, atacar a los bienes y propiedades de compañías extranjeras; en una palabra, a dar un pretexto de cierto rango a la propaganda enemiga que presentaban el gesto viril de nuestro pueblo como una acción, realizada por bandas de desalmados sin bases ni principios.

Los anarquistas fueron dando tumbos de un lado para otro, sometidos al fuego implacable de los acontecimientos que les hacían estar en perpetua rectificación, moviéndose en las más acusadas contradicciones políticas.

Tiene su explicación fundamental esta situación de los anarquistas en presencia de hechos nuevos de tipo revolucionario, que exigían orientar a las masas obreras y campesinas adecuada y justamente. Los anarquistas carecían de una teoría y un sentido real de la dialéctica que interpretara los acontecimientos y adaptase su táctica a los cambios que se producían en la situación que se creaba con la sublevación militar fascista. Y cuando había que agrupar a todas las masas del pueblo, a la clase obrera, los campesinos, la pequeña burguesía y hasta la misma burguesía nacionalista de Cataluña y Euzkadi, ellos actuaban como verdaderos provocadores contrarrevolucionarios al lesionar y atacar los intereses de estas capas que en aquellos momentos eran aliados del proletariado en la lucha contra los grandes terratenientes y capitalistas, la nobleza, la aristocracia, el alto clero y los generales traidores que constituían la esencia de los intereses que levantaban como bandera los sublevados fascistas. Y con su política criminal echaban estas capas en brazos de los que defendían la causa de Franco y de los invasores.

Utilizaban en su actuación una propaganda sedicente revolucionaria sobre la "revolución social" y "el comunismo libertario" para luchar contra el Frente Popular y por este medio quebrar la unidad del pueblo y aislar al proletariado de sus aliados naturales en la guerra nacional revolucionaria. En este problema había una coincidencia lógica entre la propaganda de los franquistas y las prácticas de los anarquistas. Los franquistas dirigían sus esfuerzos a romper el Frente Popular y a separar de la clase obrera y de su partido—el Partido Comunista—las fuerzas campesinas y los republicanos pequeñoburgueses. Su insistente propaganda tenía por objeto esta finalidad. Los anarquistas con sus prácticas contrarrevolucionarias, al establecer el robo y el saqueo en el campo, al imponer una "colectivización" y una "socialización" forzosa, principalmente en Cataluña, contribuían a separar del bloque de las fuerzas antifascistas núcleos importantes del pueblo, que, junto con nosotros, debían contribuir a de-

rrotar a Franco y arrojar de nuestro suelo a los invasores. Y si esto no pudieron conseguirlo plenamente débese a la línea clara de unión de todo el pueblo contra los invasores y traidores que preconizó y ejecutó el Partido Comunista de España que interpretaba realmente el verdadero estado de ánimo de las masas y su voluntad de vencer a los facciosos y a los invasores extranjeros.

Durante muchos años el anarquismo en España había enarbolado como bandera programática de principios, a través de toda su trayectoria en la historia de las luchas de las masas, una serie de postulados que utilizaban a pleno derroche en sus propagandas demagógicas: **EL APOLITICISMO, LA LUCHA CONTRA TODO GOBIERNO Y CONTRA EL ESTADO.**

Al calor de la lucha revolucionaria de las masas contra los generales sublevados, las fuerzas reaccionarias que les seguían y los invasores italo-germanos, los principios anarquistas se fueron disolviendo por la propia acción y las experiencias de las masas que en pleno fragor de la gran batalla comenzada reconocían que los métodos y el programa preconizados insistentemente por los anarquistas eran inadecuados, inservibles y, por añadidura, un elemento que de hecho favorecía los planes del enemigo.

DEL APOLITICISMO A LA POLITIQUERIA CORROMPIDA

Y así se pudo ver que su APOLITICISMO vino estrepitosamente a tierra al encontrarse frente a una lucha revolucionaria de envergadura extraordinaria, en la cual la acción política de las masas crecía de forma gigantesca ya que la guerra abría las puertas a un proceso político de principal importancia en el que se ponían en juego los principales intereses vitales del pueblo trabajador. Su APOLITICISMO quedaba enterrado para siempre por la participación de las masas obreras y populares en toda la actividad política del país en todos los aspectos, desde el militar, el económico, el administrativo, el policial, etc., hasta los puestos principales de la gobernación del país. Y los que habían venido propagando durante años y años un apoliticismo absurdo, lleno de todas las lacras de la influencia de la burguesía, se transformaban, al participar en el Gobierno y en la administración pública del país, en unos politiqueros de baja estofa que lo primero que asimilaban fué la corrupción típica de todos los mandatarios de la burguesía, practicando una política de inmoralidad, tanto en la administración como en la dirección del país.

Su conducta fué la antítesis de la conducta que corresponde a dirigentes proletarios que desde los puestos de la administración y la dirección del país sólo tienen la misión fundamental de velar por los intereses de las masas trabajadoras y del pueblo, ayudar a éstas a resolver sus problemas, mejorar su situación y aniquilar el poderío dominante de las cas-

tas reaccionarias y liquidar toda su influencia hasta en las costumbres. Pero ellos, correspondiendo a la más vulgar politiquería, apoyaban a los enemigos del régimen en las cárceles y tribunales, como se pudo ver en el ministerio de Justicia; facilitaban todas las inmoralidades administrativas y fraudulentas desde el ministerio de Comercio a favor de los facinerosos que al frente de los organismos que habían creado como el "CLUEA" en Levante y otros, robaban al pueblo lo que era de éste y lo que éste ponía al servicio de la causa de ganar la guerra.

Su paso por el Gobierno puso de relieve el fondo pequeñoburgués que tienen hasta en su alma los anarquistas, pues su obra se puede caracterizar como la de unos trapisondistas llenos de vicios, inmorales, y de la corruptela de la burguesía.

La actitud de los anarquistas en el Gobierno se diferencia totalmente de la realizada por el Partido Comunista, especialmente en Agricultura, donde se realizó la obra gigantesca más grande conocida en el campo español durante siglos, al dar a los campesinos y obreros agrícolas millones de hectáreas de tierra que pertenecían a la grandeza y a los grandes terratenientes de España, millones y centenares de millones de pesetas y muchos millones en abonos, lo que constituía dar solución a un problema de envergadura nacional en España, y entre todos, el primer problema de las masas campesinas de nuestro país.

Eran ANTIESTATALES, pero pronto las masas se encargaron de evidenciar—porque la experiencia revolucionaria lo aconsejaba, y si elementos fundamentales de juicio históricos había que tener presente, era, para no olvidar el proceso de la revolución soviética en el 17, contra toda suerte de enemigos—que, frente al aparato de dominación de la burguesía y los terratenientes, que se hundía, y en la práctica había quedado deshecho por la sublevación, había que edificar un nuevo Estado de tipo popular, fuerte, arraigado en las amplias masas, que sirviera de base para la lucha organizada y disciplinada de las fuerzas trabajadoras y populares contra los enemigos que con las armas en la mano se habían sublevado, y en el interior de la República, contra los que ayudaban la obra criminal de Franco y los invasores. Un Estado que estableciera una disciplina férrea para la movilización de todas las fuerzas y recursos del pueblo y con ello organizar la resistencia popular, que permitiera poner en pie un ejército nuevo con centenares de millares de hijos del pueblo, que articulara todas las fuentes de riqueza del país para financiar el volumen imponente de gastos que llevaba aparejado la guerra. Un Estado fuerte y con decisión para cortar de raíz la obra criminal de todo género de saboteadores y capituladores que trabajaban sin descanso y aprovechaban todas las coyunturas que se les presentaban para debilitar nues-

tra capacidad de resistencia y favorecer el triunfo de Franco. Un Estado duro en la represión de la denominada "Quinta Columna", que acechaba el momento favorable para asestar a la República una nueva puñalada por la espalda.

La realidad imponía, en el momento revolucionario que se vivía en España, la substitución del Estado, contra el cual se habían alzado en armas todas las castas reaccionarias del país, por un Estado del pueblo, fuerte, bien organizado e implacable en la lucha contra todo género de enemigos.

Ya en 1873, decían Marx y Engels, en unos artículos polémicos contra los proudhonianos autonomistas:

"Si la lucha política de la clase obrera—decía Marx, ridiculizando a los anarquistas con su repudiación de la política—toma formas revolucionarias, si los obreros sustituyen la dictadura burguesa por su dictadura revolucionaria, cometerán un terrible crimen contra los principios, pues, para satisfacer sus miserables y groseras necesidades del momento, para quebrantar la resistencia de la burguesía, los obreros darán al Estado forma revolucionaria y transitoria, en vez de deponer las armas y abolir el Estado..."

Y en los mismos artículos, Engels decía:

"¿Es que dichos señores han visto alguna vez una revolución? Indudablemente, no hay nada más autoritario que una revolución. La revolución es un acto durante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra mediante los fusiles, las bayonetas, los cañones; esto es, mediante procedimientos extraordinariamente autoritarios..."

Lo mismo ocurría con la organización del Ejército y el establecimiento de un Mando único de operaciones militares. Ellos eran partidarios de las milicias sueltas, sin cohesión, sin disciplina. Dificultaron extraordinariamente la creación del Ejército regular popular, con mando único y una disciplina férrea. Y en el frente de Aragón, las fuerzas que ellos habían agrupado y que pudieron y debieron haber jugado un papel importante desde los primeros momentos, atacando nudos decisivos que se encontraban en poder de las fuerzas sublevadas, pusieron de manifiesto el daño que causaban a la lucha revolucionaria del pueblo español con aquellos grupos dislocados, en los cuales se sometían a discusión las órdenes del Mando militar y acordaban no atacar en las asambleas que celebraban. Semejante conducta constituye un monumento de acusación contra el anarquismo y de responsabilidad en la pérdida de la guerra.

Y, tras esfuerzos tenaces e intransigente al mismo tiempo del Partido Comunista de España y del Partido Socialista Unificado de Cataluña, se vieron obligados a aceptar que, sin un Ejército bien organizado y

férreamente disciplinado que respondiera sin titubeos a las órdenes del mando, no se podía luchar con posibilidades de éxito contra las formaciones disciplinadas del Ejército de Franco, armadas con material abundante y moderno y dirigidas técnicamente por instructores militares del Ejército italiano y alemán. Pero, ¿cómo interpretaban ellos esta necesidad indudable? Cuando se incorporaron al Ejército, no preconizaban la creación de un Ejército popular, disciplinado. Y lleno de savia revolucionaria, sino que cayeron en el extremo opuesto: se mostraban partidarios de un Ejército pretoriano, modelo antiguo régimen, con todos sus defectos antipopulares. Eran enemigos del trabajo político en el Ejército y daban armas a los enemigos incrustados en sus filas para luchar contra las fuerzas que tenían una consciencia clara de su deber y del carácter de la guerra por el estudio de la situación y la discusión que realizaban para comprender los objetivos fundamentales de la lucha que tenían por delante. No querían soldados conscientes, con una moral elevada frente al enemigo, provocada principalmente por la convicción profunda de la causa que defendían. Eran partidarios de los soldados autómatas, sin pensamiento político sobre la guerra y sus problemas; algo parecido a los soldados que quieren en sus ejércitos los capitalistas para la defensa de sus intereses de clase.

Y aunque se vieron forzados a reconocer como una necesidad ineludible la formación del Ejército regular popular, ellos creaban compartimentos estancos en las unidades militares, que, con todas sus características y sus mandos, eran más unidades anarquistas que unidades homogéneas del Ejército de la República.

LOS ENEMIGOS INCRUSTADOS EN LAS FILAS ANARQUISTAS

El anarquismo español se transformó en el punto de referencia, en el centro de reunión de elementos reaccionarios y fascistas, a través del cual actuaban como elementos de discordia, de disgregación y sabotaje, encubriendo su mercancía contrarrevolucionaria con una demagogia "ultraizquierdista" en orden al desarrollo y organización del movimiento revolucionario, en las relaciones con la pequeña burguesía, y, sobre todo, con los campesinos, a los cuales robaban, asesinaban, despojaban de todo su patrimonio, imponiéndoles una llamada colectivización, que no era otra cosa que una explotación inicua de parte de los Sindicatos, dirigidos en los pueblos por antiguos caciques, pues les hacían trabajar la tierra para después ellos administrar sus frutos en tanto los "colectivistas" cobraban sueldos irrisorios e insuficientes a todas luces para vivir. Con esto producían un malestar horrible en el campo y favorecían el clima propicio a favor de Franco, pues en los campesinos crecía la idea de terminar aquella situación como fuera y a cualquier precio.

La falta de una ideología clara, revolucionaria, hacía que en el seno del movimiento anarquista las contradicciones alcanzaran volumen extraordinario, pues mientras había núcleos partidarios de la resistencia contra los traidores y los invasores, había también gentes llenas de afanes contrarrevolucionarios que trabajaban activamente por llevar el agua a los molinos de Franco.

Y así se pudo ver que, cuando la República se encontraba en un trance militar difícil, como aconteció cuando la ofensiva facciosa por el Norte, ellos intentaron asestar una puñalada traicionera por la espalda. Buena prueba en el "putsch" del 5 de mayo de 1937 en Barcelona. Coaligados con las bandas de trotskistas, se lanzaron a una lucha armada en las calles de Barcelona, para lo cual retiraron fuerzas del frente de Aragón y pusieron en grave aprieto a la República, que recibía un golpe de consecuencias funestas en su situación interior y en su crédito exterior. No debe olvidarse que durante los días de la lucha armada en las calles de Barcelona, la prensa fascista y reaccionaria del mundo entero, pero sobre todo la de Franco, Hitler y Mussolini, presentaban este hecho como una descomposición de la zona republicana, donde se carecía de orden, organización y disciplina.

Esta conducta criminal era la continuación de toda su obra en Cataluña, en la que el despilfarro económico causó estragos inauditos con las incautaciones que realizaban, sin tener en cuenta más interés que las conveniencias de grupos y resistiendo por todos los medios a que la industria de Cataluña fuera articulada perfectamente, para que la producción de material de guerra quedase organizada en condiciones que las autoridades de la República no se vieran obligadas a invertir sumas crecidísimas en el extranjero para adquirir los medios más indispensables para el Ejército. Sin embargo, ellos se dedicaban a consumir energías, materias primas y cuantiosas riquezas en construir elementos para los grupos anarquistas, que utilizaban como aterrorizar a los campesinos para pasearlos por la retaguardia, hurtándolos al frente y saboteando con ello las posibilidades de defensa y ataque de los combatientes.

Imponían la "socialización" en algunas industrias; fijaban el salario único para todos los trabajadores de las fábricas, dándose el espectáculo de que al técnico, al ingeniero, pagaban igual que al simple peón. Esta "igualdad" creaba un estado de irritación extraordinario entre las capas calificadas de la técnica y de la clase obrera.

Pero, además, pretendían desprestigiar a los ojos de las masas las ideas del socialismo, cuando éstas veían que aquel "socialismo" preconizado y desarrollado por los anarquistas llevaba en sus entrañas una injusticia enorme, pues hacía tabla rasa con cuanto representaba la técnica y la calificación profesional.

La provocación trabajaba activamente en las filas del anarquismo

para romper la unidad de las fuerzas antifascistas, empujando a las masas que lograban engañar por el camino de la traición.

Fueron los anarquistas los principales agentes del imperialismo anglofrancés en su preparación, y después en la ejecución, del estrangulamiento de la resistencia en la zona Centro-Sur, para finar los esfuerzos de la República y sus mejores hijos. Ellos tienen la desfachatez de confesarlo públicamente. Junto con Casado, Besteiro, Miaja y los socialistas trotsquistas del tipo de Carrillo, tienen la responsabilidad tremenda de haber entregado en forma ignominiosa a Franco y sus jaurías de perros rabiosos, el magnífico Ejército del Centro, centenares de millares de revolucionarios, que en su inmensa mayoría han sido ejecutados, de haber entregado a Franco una población de ocho millones de ciudadanos, cuando tenían posibilidad de defenderse por algún tiempo, poniendo a salvo la vida comprometida y en peligro de los que hoy han sido asesinados de la peor manera.

Así lo confiesa cínicamente el miserable García Pradas en su inmundo libro, cuando declara:

“Nuestro Comité Regional de Defensa, del Centro, comprendió claramente que debía dedicar sus actividades, por una parte, a impedir que Negrín realizara sus propósitos, y, por otra, a establecer las condiciones políticas y militares que nos permitieran ser dueños de nuestra propia voluntad frente al enemigo. De aquí que, al mismo tiempo que entraba en relaciones con Casado para estudiar el método de una sublevación cada día más precisa e inevitable, se pusiera al habla con varios sectores antifascistas y pretendiese llevarlos a un terreno de dignidad en el que la presencia del valor cívico colectivo hiciese innecesaria la violencia de una fracción peligrosa siempre.”

En la traición de la zona Centro-Sur, por orden del imperialismo anglofrancés, los anarquistas no ocultan su papel contrarrevolucionario, sino que alardean de su fechoría poniendo de relieve el grado de descomposición moral a que ha llegado el anarquismo en la guerra española.

LOS AVENTUREROS INTERNACIONALES DEL ANARQUISMO

Pero la guerra española puso de relieve más aún: en orden a la putrefacción del anarquismo en el plano internacional. Ya durante los primeros tiempos arribaron a España anarquistas de distintos países, bandas de aventureros y provocadores que empujaban a los núcleos anarquistas, donde podían influenciar, a la realización del “Comunismo libertario”; “Comunismo libertario” que, en esencia, consistía en abolir la propiedad y el dinero, apoderándose, tanto de las riquezas, como del dinero.

Los aventureros internacionales del anarquismo criticaban fuertemente a los anarquistas españoles que no eran lo suficientemente “revo-

lucionaros". Esto provocó una lucha entre ellos que ponía de relieve la falta de base ideológica firme del anarquismo. Los anarquistas internacionales querían "aprovechar" el caso de España para hacer su "experiencia" socialista-libertaria en el mundo; por esta razón estos miserables, que deseaban utilizar nuestra guerra y la sangre de nuestro pueblo como conejillos de Indias para sus criminales experimentos, chocaban con algunos dirigentes anarquistas españoles que, basándose en una realidad tangible, se debatían en un cúmulo de contradicciones horribles y veían que las masas escapaban a su control y la dirección política y militar se les alejaba cada vez más por su falta de principios revolucionarios y la carencia absoluta de una estrategia y táctica adecuadas a semejante situación, como correspondía a una fuerza revolucionaria dirigente de la clase obrera.

A este respecto, es bien sintomático lo que Federica Montseny decía en su discurso en el Coliseum de Barcelona el 3 de enero de 1937:

"Permitidme que en este momento deje salir un poco de la amargura que hay en mí alma; permitidme que diga a los anarquistas del mundo entero que no nos han comprendido, que nos han perseguido, que han considerado que el anarquismo, en España, representaba lo que había sido la lucha de continuo durante más de un siglo. Era preciso vivir en España, predicar en España con la realidad, para opinar de una manera o de otra. Si en España estuvieran todos los compañeros de Europa, América y todos los países que no comprenden lo que hacemos con el anarquismo español, hubiéramos visto cómo actuaban y su reacción mental ante los acontecimientos que se habían producido, con realidades muy distintas a las que hemos soñado."

El anarquismo español, a pesar de su demagogia, fué siempre, durante la guerra, una fuerza al servicio de los intereses de los imperialistas anglofranceses. Si bien en su seno había gente que parecía luchar en la práctica contra esta tendencia, esto en lo fundamental, obedecía a un reparto de papeles. Los que con su política apoyaban abiertamente la obra de los imperialistas, como García Pradas, Val, Montseny, García Oliver y otros más "extremistas" totalmente ligados a los fascistas, que daban armas a la reacción conservadora inglesa y francesa y a los traidores de la socialdemocracia internacional, como Blum, Atlee, Spaak, con su política contrarrevolucionaria en la industria y en el campo. Esto sin contar los que estuvieron de acuerdo con el fascismo franquista y apoyaban su obra, como Melchor Rodríguez.

Además, actuaban como avanzada de choque, junto con los bandidos trotskistas, en la lucha anticomunista y antisoviética, y con ello romper la unidad de nuestro pueblo para facilitar los planes de los que esperaban el momento para echar el dogal al cuello a la resistencia republicana.

En su furor anticomunista y antisoviético, coincidían plenamente con

los franquistas y constituían un vertedero inmundo por donde pasaba la ideología fascista a la zona republicana y de propagación entre las masas que luchaban tenazmente con los cinco sentidos puestos en la derrota de Franco y la expulsión de los invasores.

Hoy, como ayer, siguen actuando a las órdenes del imperialismo anglofrancés en la matanza que ha comenzado en Europa. Se ofrecen a los peores perros de presa de la reacción francesa, como Jouhaux, ofreciendo sus servicios para los que de esta guerra, de los ríos de sangre de la clase obrera y los campesinos, esperan engordar más sus cajas de caudales: los capitalistas ingleses y franceses.

Esta conducta del anarquismo, su papel y su ideología contrarrevolucionaria, merece, tras las experiencias de nuestra guerra y las lecciones que estamos recibiendo de los acontecimientos que en el mundo se están desarrollando, una lucha ideológica implacable hasta extirpar de las masas obreras y campesinas de España el anarquismo como una corriente, como una tendencia en el movimiento obrero español.

Objetivamente, el anarquismo es una tendencia contrarrevolucionaria que nada tiene de común con los intereses del pueblo y de la revolución española. Si la trayectoria histórica, a lo largo de los años, no hubiera sido suficiente para algunos, la guerra española ha puesto de relieve, con caracteres imborrables, que el anarquismo es uno de los peores enemigos de la clase obrera y los campesinos, y que estas fuerzas motrices de la revolución española, en su camino liberador, tienen la misión de hacer que el anarquismo desaparezca del mapa político de España, por ser ideológicamente una corriente a través de la cual la burguesía y los terratenientes han venido operando en el movimiento obrero para dividirlo, desorganizarlo y entregarlo inerme a los pies de sus peores explotadores y verdugos: los capitalistas y terratenientes de España.

Para el triunfo victorioso de la clase obrera y los campesinos, es indispensable el aniquilamiento total de la ideología anarquista en el seno del movimiento obrero español.

Yo asistí al juicio de París

Por Philippe DEVAL

Primer relato llegado a América.—Philippe Deval describe cómo los 35 diputados comunistas se convirtieron de acusados en acusadores. "Mon Colonel" en papel de juez.

Todas las fuerzas de la ley y del orden parecían haberse congregado aquella mañana en el Palacio de Justicia, la mañana del 20 de marzo de 1940. Por el exterior, los gendarme pululan más numerosos que de costumbre. A pesar de sus ropas civiles, no es difícil descubrir a los agentes de policía secreta por sus sombreros, sus zapatos, su propia expresión. Forman pequeños grupos de dos o tres. Dentro del Palacio, todo un ejército compuesto de guardias con cascos negros, soldados y más policías de paisano.

Este formidable despliegue había sido dispuesto por las autoridades en previsión de posibles disturbios. Era el día señalado para la apertura de la vista de la causa que se seguía contra cuarenta y cuatro diputados comunistas. Treinta y cinco de ellos habían sido detenidos hacía seis meses, permaneciendo en la cárcel desde entonces.

En realidad todas las precauciones tomadas resultaban innecesarias. Aun cuando hubiera podido esperarse alguna manifestación popular, en las condiciones en que hoy vive Francia, era francamente improbable que tal cosa sucediera. El público presente estaba compuesto de amigos y parientes de los acusados y unos cuantos espectadores—como yo mismo—, deseosos de presenciar un juicio sin precedentes en la historia.

A las nueve de la mañana se abren las puertas y penetro junto con las esposas y familiares de los acusados. Varios hijitos de los diputados—de dos y tres años de edad y aún menos—vienen a ver a sus papás por primera vez desde que hace seis meses fueron detenidos. Pasamos por entre los guardias un tanto hostiles, ascendemos las escaleras de mármol y llegamos a la sala. Es la mayor del Palacio y fué conseguida gracias a la presión ejercida sobre las autoridades, que en un principio se habían propuesto utilizar la más pequeña del edificio.

ENORME CONCURRENCIA

Cuando entramos en la sala, ya casi está totalmente llena. En un extremo, a uno de los lados del Jurado, los miembros del Tribunal con su

uniforme militar. Poco después de nosotros entran los acusados, que pasan a ocupar el otro lado vacío. El estrado está repleto de abogados y cu-riales en togas negras. Fuertes grupos de soldados, paisanos y periodistas. Entre la masa de parientes y amigos y el Tribunal, una fila de soldados in-móviles, con bayonetas caladas. Hay una atmósfera de impaciencia y des-asosiego. El tumulto de voces y murmullos cesa al aparecer el Presidente. Al dirigirse a su sitio, los soldados elevan las bayonetas y saludan.

El coronel Gaffajoli ya ha rebasado la madurez, cara roja y redonda y anteojos. Su nombre resulta verdaderamente divertido. Salta a la vista que no sabe una sola palabra de procedimientos judiciales—circunstancia comentada incluso, por la prensa derechista de Francia—. Comienza le-yendo una advertencia a la defensa, en tono casi imperceptible, al objeto de que no se hagan “ciertas declaraciones” ni se mencionen “ciertas per-sonas”.

La defensa, sin embargo, no parece dispuesta a aceptar tales reco-mendaciones: Zevaes, el más viejo de los abogados defensores, pesado, barbudo y rubicundo, se pone en pie protestando vigorosamente:

“Tenemos quince, veinte, treinta años de experiencia y estamos bien versados en toda clase de leyes penales y militares. Sabemos cuáles son nuestros derechos. La defensa es lo fundamental en los debates y toca-remos todos los problemas y cuestiones que tengan relación con el caso de nuestros clientes y que consideremos adecuados.”

El coronel se somete al tono imperioso del viejo abogado. El auditorio recibe la impresión de que éste se saldrá con la suya. Seguidamente co-miencian a entrar los acusados. Los treinta y cinco diputados entran en fila, escoltados por casi otros tantos guardias uniformados, que toman asiento a su lado. Es realmente una impresionante formación de “crimi-nales”. Estos líderes de la clase obrera francesa hacen su entrada con la misma naturalidad que si fueran a ocupar sus escaños en la Cámara de Diputados, con una completa seguridad de sí mismos, con confianza, has-ta con alegría. Viéndolos, cuesta trabajo creer que los traigan directamen-te de las celdas y que hayan sufrido, durante varios meses, terribles con-diciones de semioscuridad, frío y hambre. Saludan y hacen gestos cari-ñosos a sus esposas y amigos que, al final de la sala, de puntillas, entre apreturas y empellones, se esfuerzan por poder ver a sus maridos, herma-nos, padres.

LOS REOS

Mientras trato de distinguirlos—Florimond Bonté, cabeza oscura y re-donda; Midol, secretario de la Unión de Ferroviarios; Prachay, diputado de Pontoise, con sus anteojos y barba de profesor; el alto Cristóbal y el pequeño Silloux, ambos de Marsella—, se comienza a dar lectura a la lista de testigos.

La mayor parte de los citados por la defensa—un número enorme que sobrepasa el centenar—están presentes. Entre ellos, figuras conocidísimas: el profesor Paul Langevin; Jean Richard Bloch; el cura Roubinet y el Padre Julerih, en ropa talar. Algunos testigos han justificado por escrito su ausencia; tales como Marcel Cachin, que se encuentra enfermo. Los señores Daladier y Bonnet envían cartas tratando de excusar su presencia con la ley del Parlamento de 1812, que exime a los ministros de comparecer en juicios públicos. En medio de una sonrisa significativa del auditorio, bien sabedor de que en este momento es extremadamente dudoso que Daladier pueda gozar de tal inmunidad como ministro, por cuanto su Gobierno ha dejado de existir en las primeras horas de la mañana, Zevaes pregunta:

—¿Pero es que aún vivimos bajo el Imperio?

Willard abre el fuego de la defensa exigiendo la comparecencia de Daladier:

“El Presidente del Consejo, afirma, ha estigmatizado públicamente a nuestros cuarenta y cuatro clientes como traidores y agentes del enemigo. Así lo hizo por radio y en la Cámara. Nada está más lejos de la verdad. Le emplazamos a que comparezca y retire sus acusaciones.”

“A los acusados se les imputa haber recibido órdenes de la III Internacional, dice, pero ¿se ha hecho objeción alguna por su pertenencia a la III Internacional cuando formaban parte del Frente Popular desde 1935 a 1939? El señor Daladier, incluso, llegó a pedirles que participasen en el Gobierno del país. ¿Por qué de repente se vuelve contra ellos en septiembre de 1939? Willard cita a continuación el “Libro Amarillo” (página 170), en el que Georges Bonnet, en fecha de 1.º de julio de 1939, promete al embajador alemán que, en caso de guerra, “los comunistas aparecerán en el índice”. Que el señor Bonnet comparezca aquí y explique y justifique tal declaración, una declaración hecha mucho antes de que el Pacto germanosoviético se hubiera firmado.”

EXPEDIENTE O

El Tribunal se retira a discutir estas demandas. Una hora después reaparecen los uniformes y se anuncia que han sido rechazadas. Después de todo el tiempo gastado en esta cuestión, el auditorio se encuentra con una sorpresa inesperada: El procedimiento seguido había sido incorrecto. Era preciso rehacerlo totalmente de nuevo. Los acusados no habían expresado su opinión y debían haberlo hecho. El coronel Gaffajoli está enojado: “No han seguido ustedes el procedimiento regular”, dice quejoso a M. Zevaes, “no debían haber hecho estas demandas antes de que los acusados hubieran dado su identidad.”

—Perdóneme, mon colonel, pero es usted, y no yo, quien está presidiendo”, replica dulcemente M. Zevaes.

Al fin se decide comenzar de nuevo. Se interroga a los acusados acerca de sus nombres, domicilios y profesiones. Cuando llega el turno a Barel se produce una disputa fugaz y acalorada:

Juez.—¿Profesión?

Barel.—Diputado.

Juez.—Usted no es diputado.

Barel.—Bien; entonces, diputado sin escaño.

Juez.—Eso, no es una profesión.

Barel.—Pero es una condición.

Encolerizado, el juez pregunta al próximo, Berlioz, y obtiene la misma respuesta. Florimond Bonté responde con auténtico orgullo: “Diputado del glorioso barrio de Saint Antoine. ¡La Constitución ha sido violada al anular mi mandato! El juez, furioso al ver la insistencia de cada uno de ellos en su derecho al título, se ve obligado a ceder y les concede la categoría de “ex diputado”.

Se invita a los acusados a que expongan su criterio sobre las declaraciones de sus abogados, que son leídas en forma sumaria. Algunos de ellos se levantan a hablar. Producen la impresión de hombres duros como el acero, fuertes como el hierro, cuya decisión domina al Tribunal y aplastan a los acusadores con la fuerza y convicción de sus argumentos. Todos ellos hablan con el mismo tono vibrante que usaban en la Cámara de Diputados, o ante las multitudes de obreros de los enormes mítines al aire libre. Cada uno es un líder popular con verdaderas dotes oratorias, de convicciones profundamente arraigadas y acostumbrado a expresarlas públicamente. Cada uno está resuelto a no desperdiciar esta ocasión después de seis meses de forzado silencio. Exponen las razones en virtud de las cuales piden la comparecencia de Daladier.

Habla Bonté, en primer término. Daladier los ha calificado de traidores. No son ellos los traidores, sino los que, traicionando a Austria, Checoslovaquia, a la República española, alentaron la agresión hitleriana. ¡Que se presente aquí y que pruebe sus acusaciones!

Renaud Jean, con un humor muy personal, habla de los servicios que prestó a Francia en el pasado. También protesta de que se le llame traidor. “¡Si somos traidores, que venga a probarlo y que nos fusile!”

Otros—Barel, Demusois, Petit—les siguen en turno: “El inaudito trato recibido de Daladier, es indigno de un país “democrático”. En Inglaterra aún existe libertad de expresión. El órgano del Partido Comunista se vende en las calles. Un diputado comunista se sienta en la Cámara de los Comunes.”

Bonté hace a continuación un análisis de Daladier y su política: “Los comunistas siempre hemos luchado por la paz, aun cuando se intente acu-

sarnos de hacer una política de guerra en tiempo de paz y una política de paz en tiempo de guerra.”

Cuando Albert Petit desarrolla los mismos argumentos y enjuicia enérgicamente a los Gobiernos francés e inglés, el coronel Lorient se siente obligado a intervenir: “No puedo permitir que se diga ante este Tribunal que, tanto nuestro Gobierno como el Gobierno británico, no hayan hecho los mayores esfuerzos por conservar la paz.” El juez que preside no puede ocultar la satisfacción que le produce esta intervención y aprovecha la oportunidad para reiterar a los acusados la necesidad de que sean breves en sus discursos.

Zevaes hace observar, en medio de las delicias del auditorio, que “lo que distingue al hombre de los animales es la facultad de hablar.” Los acusados reanudan sus intervenciones. Lareppe, Cornavin, Martel y Fajon hablan seguidamente haciendo uso de idénticos poderosos argumentos.

Recién llegado del frente, aún de uniforme, Etienne Fajon, con las manos en los bolsillos, se defiende con el más puro acento provenzal contra la “infame acusación”. Declara que pertenece, en calidad de oficial, a un Regimiento de Caballería, estando encargado de la instrucción de setenta soldados. “¡Y acaban de leer en los periódicos que soy un traidor! ¿Qué pensarán de su instructor? Pero lo cierto es que ni los soldados, ni los oficiales, creen tal cosa, conociéndome como me conocen.”

LOS ACUSADORES, ACUSADOS

Continúan interviniendo los restantes con mayor brevedad, pero destruyendo punto por punto las acusaciones, hasta llegar a jugar el papel de acusadores ante el Tribunal. Es un ataque en toda la línea. Los coroneles y capitanes están totalmente aturridos y dominados. Se sienten metidos en un laberinto del que no saben cómo salir. Menos mal que la hora viene en su ayuda. A las 12,45 minutos están autorizados para cerrar la boca a los oradores hasta la sesión de la tarde. Después de un intervalo de dos horas se reanuda la audiencia. La concurrencia es aún mayor que durante la mañana. Solamente por casualidad, y con los más variados pretextos, le es posible a un extranjero penetrar en la sala y soportar el asfixiante calor de la habitación durante nueve horas.

El juez abre la sesión volviendo a poner a deliberación las demandas de la defensa. Por supuesto, son de nuevo rechazadas. El próximo punto del programa corre a cargo del coronel Lorient, que pide que la audiencia continúe celebrándose a puertas cerradas, a “huis clos”.

Se esperaba. La batalla para evitarlo es el acontecimiento mayor del día. M. Zevaes inicia el ataque declarando que sería totalmente ilegal y anticonstitucional celebrar el juicio en secreto. “No existe ningún precedente de juicios políticos celebrados a puertas cerradas.” Los juicios de

Danton, de Babeuf, de Blanqui, lo fueron en público. Asimismo los de Lafargue, Deville, Luisa Michel. Los jueces podrán decir: "Estamos en guerra", pero tampoco durante la última guerra se dió un solo caso de juicios a "huis clos". El caso Dreyfus, de fines de siglo, intentó celebrarse a puertas cerradas y determinó tal escándalo internacional que hubo de volver a realizarse públicamente.

LA PROTESTA CONTRA EL JUICIO SECRETO

Zevaes termina echando en cara al Tribunal el miedo que tiene al Partido Comunista, el miedo a que se diga la verdad, el miedo a su propia derrota. M. Willar, uno de los destacados abogados defensores, protesta ante el juez contra el juicio a "huis clos". Estos ciudadanos franceses han estado encarcelados seis meses por una acusación infundada. Han sido acusados públicamente y tienen derecho a defenderse públicamente. Lee un largo extracto tomado del periódico inglés "News Chronicle" (traducido al francés), en el que se describe el trato dado a los diputados comunistas en La Santé y en el que se hace un dolorido reproche a los intentos de celebrar un juicio secreto en la democrática Francia. "Sería preciso ir a la Alemania hitleriana para encontrar algo semejante, dice Willard, pero señala que aun el caso de Dimitrov, en Leipzig, se celebró en audiencia pública. ¿Es que Francia va a superar al régimen de Hitler en el mismo momento en que se afirma que la democracia lucha contra el Hitlerismo?"

"Si se decide continuar el juicio en secreto, los lectores de los periódicos de mañana, ciento cincuenta años después del asalto a la Bastilla, se preguntarán: ¿Aún vivimos en democracia?" A continuación intervienen los acusados, exigiendo el derecho a un juicio público, con tal fuerza de persuasión, que el auditorio llega a creer no dejará de ejercer influencia sobre el Tribunal. Sin embargo, también sabe todo el mundo que, en realidad, no es este Tribunal el responsable, sino autoridades mucho más altas que están fuera de la sala.

Florimond Bonté, autor de la carta enviada a Herriot pidiendo se celebrara un debate en la Cámara para discutir las proposiciones de paz del mes de septiembre, exige un juicio público. "Afirma que la carta se presenta ahora como pieza de acusación contra ellos, después de haber omitido importantes pasajes y haber alterado completamente el sentido de muchos otros." El juez protesta, pero varios diputados gritan, en apoyo de Bonté: "¡Es una falsificación!" Bonté continúa relatando cómo al constituirse el Grupo de Obreros y Campesinos, después de la disolución del Partido Comunista, se tomaron todas las precauciones precisas para garantizar la perfecta legalidad del Grupo Parlamentario. El procedimiento seguido fué absolutamente correcto. Se contaba con el asesoramiento de las más altas autoridades jurídicas.

El Dr. Georges Levy declara en alta voz: "Hemos sido acusados por una ley totalmente irregular, sin haber sido oídos." Afirma que el Gobierno, para llevar a cabo su guerra imperialista, ha hecho uso de poderes especiales para eliminar a los comunistas e impedir que éstos descubrieran al Gobierno y sus fines antipopulares.

Ambroise Croizat repudia el decreto de la Cámara y afirma que es completamente anticonstitucional: "¿Qué importa que 492 votos de la Cámara hayan anulado mi mandato si he sido elegido por 11.000 votos?" Exige ser oído por el pueblo de Francia.

Barel pide un juicio público para demostrar que no son los traidores que se pretende hacer creer. Hace veinticinco años, dice, fui herido en una pierna en el campo de batalla. "... y, sin embargo, se me califica de traidor a mi país!" Los verdaderos traidores, los que traicionan al pueblo de Francia, son nuestros acusadores. "Lo que queremos aquí es un juicio de clase!" Insiste en rechazar la petición de puertas cerradas. Relata cómo ha cumplido fielmente sus deberes como ciudadano particular y como administrador público. Siendo responsable de la defensa civil en su distrito—Alpes Marítimos—, preparó las ciudades y enseñó a los alcaldes a tomar toda clase de medidas de defensa. Asimismo protestó repetidas veces contra el envío de material de guerra de Francia a Italia, por entonces un enemigo en potencia. Mientras él hacía esto, Daladier y sus amigos, los acusadores, firmaban Pactos con Mussolini.

Cornavin se expresa con un fuego y un vigor tremendos. Defiende a la Unión Soviética y justifica el Pacto germanosoviético. Denuncia a los que se negaron a firmar el Acuerdo anglofrancosoviético y nos trajeron la guerra. Justifica la acción soviética en Finlandia y afirma que no corresponde a los que abandonaron a la España democrática hacerse pasar ahora por campeones de la democracia.

Termina pidiendo Cornavin un juicio público que le permita justificarse ante el pueblo de Francia. Declara que hay traidores, verdaderos traidores, que aún se sientan en la Cámara: los diputados que asistieron a la concentración de Nurenberg, que eran y siguen siendo abiertamente hitlerianos y aún son diputados.

Fajon habla de la supresión ilegal del Partido Comunista y de los Sindicatos militantes. Jouhaux ha tratado de reformar estos últimos, pero de los 800.000 miembros de la Confederación que representa, dice Fajon, sólo le siguen, en realidad, 5.000. Lanza todo su desdén sobre el Tribunal, "temeroso de la verdad", y termina con esta advertencia solemne: "¡Caballeros, cuidado con la cólera de los obreros!"

Billoux, Midal, Prachay y otros más, reclaman su derecho a un juicio público que les dé la posibilidad de explicarse ante el pueblo de Francia. Cada uno de ellos invoca la victoria inevitable del comunismo: "¡El capitalismo está condenado a ser arrastrado por la corriente!" Invocan, asi-

mismo, a los proletarios franceses como los únicos jueces a quienes reconocen: "Si no se permite que el pueblo francés nos oiga, nosotros sabemos, y el pueblo sabe también, que lo que se pretende es ocultarles la verdad."

En un principio, el juez trata de detener el torrente de argumentos: "Soyons prudents, messieurs, soyons prudents", e intenta refrenar las declaraciones políticas de los oradores pidiendo se ciñan a la cuestión del juicio secreto. A ello replican los acusados declarando que, en definitiva, la cuestión de un juicio público o secreto es una cuestión política.

La inquietud del Tribunal es manifiesta. El auditorio, incluyendo a soldados y gendarmes, escucha con la boca abierta, bebiéndose cada palabra de este lenguaje prohibido. Los acusados han conquistado una posición tal que la utilizan para llevar a cabo un ataque destructor contra sus acusadores. En realidad, cualquiera hubiera creído que el Ministerio Fiscal lo componían ellos. Siguen el ejemplo de Dimitrov, de "tomar y mantener la iniciativa", y convierten en realidad sus palabras de que "una defensa política y revolucionaria es la única y justa defensa". Sus discursos nos recuerdan a Dimitrov, ejemplo supremo de defensa política, y también a sus heroicos precursores franceses: Babeuf, que en 1797 declaró ante la Suprema Corte de Francia:

"Al pueblo dirijo mi defensa. Debo hablar como si el pueblo de Francia estuviera aquí presente. Es ante él ante quien debemos justificarnos. No es este el juicio de unos individuos, sino el juicio de la República. Nuestra acción (la acción de reconstituir un Comité secreto de que se acusaba a Babeuf) pertenece a la República, a la Revolución, a la historia. Y yo debo defenderla."

Nos recuerdan también a Blanqui: "No estoy ante jueces, sino ante enemigos. Es inútil que trate de defenderme. A los oprimidos el papel de acusadores es el único que les corresponde." Nos acordamos, en fin, de los comuneros de París en 1870. Estos hombres aparecen a nuestros ojos como dignos herederos de las grandes tradiciones de sus precursores. Aun cuando el juicio se celebre en secreto, su voz se oirá muy lejos del Palacio de Justicia y proporcionará fe y alientos nuevos a los que siguen creyendo en sus ideales en estos tiempos de represión casi universal.

E incluso aquellos que no participen de sus ideas, tendrán el sentimiento, después de oírles, de que han ganado una batalla que merecían ganar.

El juicio secreto es acordado a las ocho de la tarde por los acusados y agotados coroneles. Es una confesión de que no podían permitir que se dijera la verdad. Es una verdadera confesión de derrota.

(El informe que sigue ha sido recibido un día más tarde. En él se da cuenta de los primeros acontecimientos de la sesión secreta del juicio contra los diputados comunistas franceses. N. D. L. R.)

Por fin comienzan a declarar los testigos en el juicio secreto del Palacio de Justicia. Gran parte de ellos proceden de lejanos puntos del país y llevan diez días esperando para deponer en favor de los Diputados comunistas. Los testigos de cargo han hecho ya su declaración durante todo el día del jueves. Esta mañana, los abogados defensores han presentado unas "conclusiones" en las que se declara que los acontecimientos a que se refirieron los testigos de cargo habían tenido lugar en el Palacio de Bourbon (Cámara de Diputados). Y gozando en aquellos momentos, los diputados, completa inmunidad, tales testimonios debían considerarse carentes de ningún valor. El Tribunal se retira a considerar estas conclusiones, y, ¡profunda sorpresa!, han sido aceptadas. En consecuencia, las deposiciones contra los acusados no tienen validez.

MARCEL CACHIN

Los testigos de descargo comienzan a declarar. Varios de ellos son renombrados hombres de ciencia y de letras de Francia. Aun cuando hablan en la sala ya cerrada, pronto corren rumores por los pasillos exteriores. Se cuchichea que, cuando Marcel Cachin entró en la sala, se produjo una demostración espontánea por parte de los acusados, que silenciosamente se pusieron en pie. Cachin es, indudablemente, el líder veterano y popular del movimiento comunista francés. Ha sido senador y es universalmente conocido. A pesar de la grave enfermedad que padece, ha venido de Bretaña a declarar en favor de los acusados. Cuando terminada su declaración, que duró casi una hora, abandona la sala, las mujeres y los niños, con lágrimas en los ojos, se abalanzan a besarlo y abrazarlo.

El segundo testigo de la defensa es el profesor Langevin, amigo de Albert Einstein y de los esposos Curié; la personalidad científica francesa más eminente de nuestros días. Es seguido por Jean Richard Bloch, famoso escritor y crítico. A los jueces les resulta evidentemente imposible escuchar las declaraciones de estas personalidades, como no sea con gran atención y respeto.

Entre los testigos de esta tarde está incluido el Cura Roubinet, jefe de una de las mayores parroquias de París. Hablando con unos amigos declaró que las palabras más cristianas oídas en su vida habían sido pronunciadas por el diputado comunista Berlioz, en cuyo favor había declarado.

Entre los demás testigos están el Abate Heral, de la Iglesia de la Misión, conocido misionero de Kenya; el profesor Henry Wallon, profesor de psicoanálisis, y M. Renoult, alcalde de un Ayuntamiento de París, que, hallándose en un campo de concentración instalado para militantes sindicales en el Castillo de Bailly, llegó a la sala escoltado por dos guardias. Aún quedan muchos testigos por declarar, pero los jueces hacen mañana fiesta y el juicio se reanudará el domingo por la mañana.

La formación del Ejército Regular de la República Española

Por Santiago ALVAREZ

El antiguo Ejército español estaba mandado por generales reaccionarios y fascistas, representativos de las castas más reaccionarias de nuestro país, defensores de los grandes terratenientes, de la alta banca y de la gran burguesía. La República no lo había depurado, y a su frente seguían los enemigos del progreso y del pueblo. Estos generales se sublevaron el 18 de julio de 1936 contra el Poder al cual habían jurado fidelidad. La Historia de España está llena de estos hechos siempre dolorosos y amargos para el pueblo.

Pero la sublevación del 18 de julio no era una generalada más—con más o menos preparación—como algunos ilusos creían. Bajo la máscara del apoliticismo en el cual creían algunos “señores” republicanos, preparaban desde hacía tiempo los reaccionarios y fascistas dentro del Ejército la puñalada traperera para asesinar a la República Española.

Se trataba de una sublevación de acuerdo con toda la reacción y el fascismo español y con la colaboración política, militar y económica—y no sólo con la colaboración, sino bajo la dirección (como se comprobó a través de la guerra)—del fascismo italiano y alemán, y una ayuda abierta del Gobierno fascista portugués y de todo el gran capital internacional.

La sublevación de la inmensa mayoría de los jefes y oficiales del Ejército puso de relieve con caracteres trágicos la razón que asistía a nuestro Partido, una vez más, por boca de nuestro querido Secretario general, en un discurso pronunciado en Cartagena el día 5 de abril de 1936. Decía lo siguiente:

“Queremos limpiar el Ejército de reaccionarios, que nuestro Ejército no siga siendo el Ejército de Goded, de Franco y compañía, y el Gobierno debe realizar esto, pues está dentro del pacto: depurar el Ejército de todos los mandos reaccionarios y hacer que estos mandos estén en manos de republicanos, de socialistas y de comunistas, y que el Ejército español sea un verdadero Ejército del pueblo.”

Y aquella otra llamada al Gobierno hecha en un mítin en el Cinema Europa de Cuatro Caminos, de Madrid, y frente a la cual levanta Caballero, de una manera demagógica y absurda, su posición contrarrevolucionaria: "Dejarlos que se subleven ya los aplastaremos".

Las medidas que el Gobierno republicano podía haber tomado antes, aconsejadas centenares de veces por nuestro Partido, de depuración del Ejército; de encarcelamiento de los generales sospechosos, tradicionalmente enemigos del pueblo, y que podía haber evitado la sublevación, y que pudo tomar el 17 de julio, cuando ya se conocía la sublevación de Marruecos y Canarias, hubo que tomarlas después de una manera extremista y precipitada, privando así a la República de una parte de las unidades militares que, si hubieran sido depuradas de antemano de sus mandos reaccionarios, podían haber ayudado a defender la causa del pueblo. Esta responsabilidad histórica, que cae sobre la cabeza de los dirigentes republicanos y líderes socialistas, sobre el señor Azaña y sus amigos, es preciso tenerla en cuenta para que a nadie se le olvide quiénes han ayudado a la sublevación fascista y quiénes han tenido en sus manos el evitar la terrible tragedia que sufrió el pueblo español durante tres años de guerra y que sufre hoy bajo la dictadura sangrienta de Franco.

Por cobardía unos, por miedo a ir "demasiado" adelante otros, y por afinidades con los sublevados también algunos, la mayoría de los dirigentes republicanos y socialistas españoles se han cubierto de "gloria" permitiendo el levantamiento de la casta militar, aun después de la "Sanjurjada" de 1932, y de la represión sangrienta que llevó a cabo el Gobierno de Llerroux y Gil Robles en el año 1934.

Nuestro pueblo, que había pedido a gritos mano dura con los enemigos de la República, se encontró una vez más con que el Ejército estaba en la calle en la mayoría de las capitales españolas, y no al servicio del Estado español republicano, sino luchando contra él, reforzado por legiones de marroquíes en los primeros días, y más tarde por unidades italianas, alemanas y legiones de portugueses.

El Estado español se hizo añicos ante tal hecatombe. El Gobierno republicano, que no había sido capaz de meter en cintura a los que conspiraban contra la República, sin embargo tampoco quería armar al pueblo. Tenía miedo al "desbordamiento" de las masas. Sólo bajo la presión popular entregó las pocas armas que los facciosos no habían podido llevarse o inutilizar. Perdió el control de la dirección del país. El Poder, el Estado, el Gobierno, el Ejército, en los primeros días de la guerra, lo era el pueblo en armas.

El pueblo unido con ayuda de algunos de sus hijos recientemente ingresados en institutos armados como Asalto, y algunos, muy escasos, militares fieles al pueblo, con lo más abnegado de la clase obrera al frente, con los comunistas en vanguardia, asaltó el Cuartel de la Montaña en Ma-

drid, tomó Atarazanas en Barcelona, Simancas en Gijón y aplastó la sublevación en otra serie de capitales de provincia.

Las huelgas, las luchas en las calles de las ciudades y pueblos contra los falangistas y los policías, contra la Guardia civil y los "señoritos", habían templado para el combate a la clase obrera y a las capas populares deseosas de terminar con la reacción provocadora y criminal. Una vez más, la teoría socialdemócrata de que no se debe luchar por reivindicaciones "pequeñas", de que había que reservar las energías para la revolución, era prácticamente destruída y su falsedad puesta de relieve ante los ojos de todo el mundo. El heroísmo con que el pueblo español hizo frente a la sublevación fascista el 18 de julio, puso de manifiesto que la lucha frente a la monarquía y la dictadura de Primo de Rivera, y especialmente las luchas de los últimos años, le habían dado fuerza y vigor para oponerse a los que querían someterla a una mayor esclavitud. La disciplina revolucionaria observada por los trabajadores, adquirida a través de docenas de años en los Sindicatos, en los Partidos obreros, demostraban también que el proletariado español—salvo las excepciones de los grupos de anarquistas—tenía un sentido justo de su responsabilidad histórica y que las advertencias y consejos de los comunistas no habían caído en el vacío.

La experiencia de los combates gloriosos de Asturias en 1934, las llamadas consecuentes a la unidad, hechas a todo el pueblo por parte de nuestro Partido, las ansias de libertad y de progreso de las masas populares, sus deseos de liquidar la reacción, llevó a todas las organizaciones antifascistas a reforzar sus lazos de unidad para oponerse a los sublevados.

Las milicias antifascistas creadas por nuestro Partido, por la J. C. y por la J. S. antes de la guerra, y que nuestro Partido propuso mil veces crearlas de una manera amplia, participando en estas milicias todo lo más joven y vigoroso de los Partidos del Frente Popular, dieron ejemplos magníficos de lucha, de una manera organizada y eficaz. Aquellas milicias de las cuales Prieto y sus amigos se burlaban llamando "mascaradas" a sus desfiles por las calles de Madrid, se batían heroicamente en la capital y con muy pocas armas, pero con entusiasmo desbordante y deseos locos de conquistar la libertad, marchaban a la Sierra al frente de la juventud madrileña a pelear frente a la columna de Mola en el Alto del León y en Guadarrama. Su instrucción, adquirida robando horas al descanso, era ya, en la práctica, una magnífica ayuda a la causa de la República. Aquello sirvió para poner de manifiesto ante todo el pueblo la necesidad de organizar y de encuadrar bajo principios elementales de organización militar, de una forma más amplia, a los hombres que tan abnegadamente luchaban por sus ideales sagrados y por la causa de todo el pueblo. En la tarea de organizar estas Milicias, de disciplinarlas, de educarlas militarmente, de crear en ellas el espíritu de obediencia al responsable, al jefe, de reforzar y despertar aún más su conciencia política, de hacerle comprender el

carácter de nuestra contienda, estuvo a la cabeza en todos los lugares y muy en particular en Madrid, nuestro Partido formando el 5.º Regimiento.

La formación del 5.º Regimiento en los primeros días de nuestra guerra, la aplicación de una manera justa de la línea política del Frente Popular y de unidad querida y defendida por el pueblo, el sentido de la responsabilidad que allí encontraban todos los antifascistas, la preocupación que existía por los hombres, por sus necesidades, por el estado de sus familias y por todos sus problemas, por la situación general, por conseguir la victoria, puso de manifiesto a los ojos de todo el mundo que el Partido Comunista, en la organización de las Milicias, en la lucha en los frentes de batalla, como en todos los problemas de la guerra y de la revolución popular, marchaba en las avanzadas frente a los fascistas españoles y las tropas extranjeras, como había estado antes de la guerra en la lucha frente a la reacción. El 5.º Regimiento tuvo rápidamente el cariño de todos los buenos luchadores y el odio de todos los emboscados y capituladores.

La creación de Columnas, de Batallones de las Milicias Populares, fue un progreso en la organización del pueblo en armas para hacer frente a los planes del enemigo. En la Sierra, las Milicias Populares pararon el avance de los facciosos que creían poder entrar en Madrid en un paseo militar. Lucharon heroicamente en Maqueda y en otros lugares del frente de Toledo. Sin embargo, las Milicias no eran suficiente para parar al enemigo. Les sobraba heroísmo, los hombres peleaban por marchar a los frentes; para cada fusil había hasta diez o más milicianos que marchaban juntos esperando el turno de que uno cayese para sucederle otro y empuñar el fusil que dejaba el camarada caído. Pero a las Milicias les faltaba organización, disciplina, obediencia ciega al mando, faltaban también los mandos y, sobre todo, faltaba coordinación en el combate, dirección en los frentes. Se les enviaba al frente a las pocas horas de entregarles las armas, sin desengrasar los fusiles, sin conocer el manejo. Un batallón peleaba, mientras el otro se retiraba por su cuenta; no había mandos de sector, de frente; algunos jefes abandonaban su puesto sin contar con nadie; iban a "informar" a Madrid. Esto era lo general.

En contraste con eso, en el 5.º Regimiento había orden, disciplina, un plan para sus fuerzas, responsabilidad personal y castigo para los mandos que no cumplían con su deber; castigo también para el miliciano que volvía la espalda al enemigo; había una dirección militar y un trabajo político. Pero en la alta dirección del Gobierno, en el ministerio de la Guerra, no se tomaban medidas para evitar la catástrofe y menos para mejorar la situación general; no se dirigía o se dirigía al revés; no se castigaba a los que abandonaban el terreno sin combatir; al contrario, desde el ministerio de la Guerra se obstaculizaba la obra del 5.º Regimiento, se sabotaba la ayuda a los batallones o columnas que mejor se portaban en el campo de batalla.

Largo Caballero, que no comprendía una palabra del significado de nuestra guerra; que tenía un odio feroz a los comunistas—expresado más claro recientemente por él—, que era incapaz, llevaba listas enormes de las alpargatas que se mandaban a los frentes para los milicianos, de las pistolas que se repartían y no se preocupaba de las operaciones militares y de la dirección general de la guerra.

Asensio, jefe del Estado Mayor Central, hacía todo lo posible para que las fuerzas del 5.º Regimiento fuesen aniquiladas por el enemigo; sabotaba la organización de las Milicias; organizaba desde el propio Ministerio la victoria para los facciosos.

Casado, jefe de operaciones con Asensio y Largo Caballero, demostraba, ya entonces, lo que iba a dar más tarde al pueblo español.

Nuestro Partido, que había estado a la cabeza del pueblo pidiendo la depuración del antiguo Ejército, que estuvo en la vanguardia de la lucha el 18 de julio en la creación de las Milicias Populares, en el combate y en la producción, planteaba el 18 de septiembre de 1936, en la contestación que nuestro José Díaz daba en una encuesta de **Mundo Obrero**, lo siguiente:

“Además de las Milicias, necesitamos rápidamente la creación de un Ejército Regular del Pueblo, bien disciplinado y organizado, en condiciones de hacer frente con éxito rápido en las batallas más duras a las fuerzas enemigas. Con mando único que debe ser obedecido sin vacilaciones por todas las fuerzas que que luchan, cualesquiera que sean sus tendencias.”

La política criminal de la “No Intervención” establecida por Blum y el Gobierno inglés, nos privaba de armas que podíamos adquirir con nuestro dinero, creaba gravísimos inconvenientes para nuestra lucha, pero era preciso que las armas que teníamos nosotros y que la Unión Soviética nos enviaba, fuesen empuñadas por soldados disciplinados y expertos, que no las dejaran en manos del enemigo, que supiesen manejarlas con éxito y éstos, dirigidos por jefes capaces, fieles y valientes frente al enemigo.

Había que crear un Ejército Regular, disciplinado, consciente, que comprendiese por qué luchaba. La creación de este Ejército era tan necesaria como el aire para respirar. Sin Ejército, marchábamos a la derrota a pasos acelerados. Pero se necesitaba un Ejército que comprendiese los problemas de la guerra y de la revolución popular; había que explicar a los milicianos la necesidad de esta disciplina y esta organización, y nuestro Partido, fiel intérprete de los intereses del pueblo, enviaba a los frentes a sus mejores cuadros.

“Hace días hemos mandado cientos de Comisarios políticos al frente. En Madrid quedarán solamente los camaradas imprescindibles para dirigir el trabajo. Los demás comunistas marcharán al frente a cumplir con su deber.”

Así decía José Díaz en el Monumental Cinema de Madrid el 20 de octubre de 1936.

¿Quiénes se oponían a la formación del Ejército Regular?

Caballero, desde el ministerio de la Guerra, con su grupo eran los enemigos más encarnizados de la creación del Ejército Regular. Ellos, que no tenían fe en la victoria, en las fuerzas del pueblo, que querían capitular en los primeros meses de nuestra guerra—como recientemente lo ha declarado Araquistain—, decían que las Milicias eran suficiente para vencer.

Con aquella posición contraria a los intereses populares, querían encubrir sus deseos de ponerse de acuerdo con el enemigo, de entregar al pueblo español a sus verdugos. No querían que se organizase la resistencia y por eso no estaban de acuerdo con la creación del Ejército. Junto a Caballero y su grupo en esta posición contrarrevolucionaria, favoreciendo al enemigo, estaban los dirigentes anarquistas con su consigna de “organicemos la indisciplina”, “crear un Ejército es atentar contra la revolución”, etcétera. Los provocadores anarquistas pregonaban a los cuatro vientos su programa “revolucionario”: nada de militarismo, “socialización”, Gobierno sindical, etc.

Junto a los anarquistas y al grupo de Caballero, tomando la iniciativa en algunos casos, mezclados en las organizaciones y Sindicatos, provocando discordias, luchando con todas sus fuerzas contra la organización del Ejército, contra la unidad del pueblo, contra el orden republicano y contra la República, estaban los trotskistas, agentes directos de Franco y del fascismo internacional dentro de las organizaciones obreras y populares del campo leal. Pero no eran solos estos grupos y hombres los enemigos de la creación del Ejército Popular. Había grupos y dirigentes de partidos del Frente Popular que si no se oponían abiertamente a la organización del Ejército, por miedo a las masas, querían sin embargo un Ejército políticamente amorfo, fácil de conducir por caminos distintos y contrarios a los intereses populares; querían así frenar el desarrollo revolucionario, mientras por otra parte no tomaban medidas para establecer un orden republicano en la retaguardia y terminar con los desmanes criminales de los trotskistas y anarquistas.

Largo Caballero, que obstinadamente se había opuesto a la formación del Ejército, porque era “atentar contra la revolución”—que no comprendía la diferencia que existe entre un Ejército del pueblo con jefes leales y salidos del propio pueblo, con la misión sagrada de defender la República democrática y las conquistas de la clase obrera y las capas populares, defender la independencia del país invadido, y un Ejército al servicio de las castas más reaccionarias del país—, bajo la presión popular encabezada por nuestro Partido, tuvo que encargar al jefe del 5.º Regimiento, camarada Lister, la formación de la primera Brigada mixta, y en los primeros días del mes de octubre de 1936 se formaba aquella unidad, que organizada militarmente e integrada por fuerzas del 5.º Regimiento, iba a demostrar rápidamente en la práctica, en los combates de Seseña y Valdemoro y en

la defensa de Madrid y la conquista del Cerro Rojo, la razón que nos asistía a los que pedíamos la formación rápida de un Ejército Regular, nuevo, como jamás lo había tenido España.

“El Ejército nuevo tiene que ser un Ejército político y no a la antigua, lo que no quiere decir que se haga una política partidista, cosa que ningún partido debe consentir. En la situación en que nos encontramos, sería peligroso la teoría de que el Ejército debe ser apolítico, y más peligrosa aún la teoría de que sus componentes no pueden pertenecer a partidos políticos. Mucho cuidado con esto. Nuestro Ejército Popular tiene que tener una conciencia por la misma participación de sus componentes en los partidos.” “Nosotros queremos que el Ejército del pueblo sepa por qué y para qué lucha, que comprenda la necesidad de obedecer al Mando único, a sus mandos más próximos, que sepa que en esta lucha que estamos librando contra el fascismo nacional e internacional, no luchamos por los privilegios de los grandes capitalistas, de los grandes terratenientes y de los banqueros, que eran quienes tenían el Ejército anterior.”

Decía nuestro Partido cuando se luchaba para crear el Ejército, y más adelante:

“Conviene dejar sentado, ante todo, que no existe ningún Ejército apolítico. Todo Ejército sirve una política. El Ejército que tenía la República antes del 19 de julio, era político también. Desgraciadamente, hizo una política favorable a la reacción y al fascismo. Por eso se sublevó en su inmensa mayoría contra la República. El Ejército fué utilizado para la política fascista. ¿Es que puede ser apolítico un Ejército que se ha formado voluntariamente para luchar contra el fascismo, expresión de la política más detestable y brutal que conoce la historia? Nuestro Ejército es un Ejército político al servicio de la política del Frente Popular, al servicio del pueblo. Es el defensor, con las armas en la mano, de la política del Frente Popular que triunfó en las urnas el 16 de febrero, triunfo que consolidó la República democrática, que los políticos reaccionarios y fascistas han querido destruir con la ayuda del fascismo internacional.”

Prieto y algunos otros en el campo republicano, encabezaban el grupo de los políticos y viejos militares que frente a la teoría caballerista-anarquista-trotskista, de “nada de Ejército”, tenían la de un Ejército apolítico, como se vió más claro en el transcurso de la guerra, teoría que defendieron después los anarquistas y el propio Caballero, cuando—ante la presión de las masas aleccionadas por la experiencia del frente y exigido por los milicianos de todas las ideologías—le era imposible oponerse abiertamente a la creación del Ejército. Frente a toda esa amalgama de grupos

y de personas, estaba la línea clara y justa de nuestro Partido, comprendida por todo el pueblo, aceptada y defendida en el frente y en la retaguardia por los combatientes y los trabajadores.

El 5.º Regimiento de Milicias Populares fué disuelto para refundirse en el Ejército, mejor dicho, para ser la primera piedra donde se iba a cimentar el Ejército que se batió heroicamente en tantas batallas gloriosas. En el acto de disolución, celebrado el 27 de enero de 1937, en el Teatro Goya de Madrid, la camarada Pasionaria dijo: "El Ejército de casta feudal ha muerto, y por eso el Partido Comunista creó el 5.º Regimiento para defender la democracia y el progreso, cuando los que tenían la obligación de crearlo no vieron su necesidad, fuimos nosotros, Lister, otros compañeros y la que os dirige la palabra, los que creamos en la Sierra los primeros grupos de diez hombres con un Responsable." "Es preciso aunar nuestras fuerzas para ganar la guerra. El 5.º Regimiento va a llevar su abnegación al Ejército Popular, que se está forjando a través de sacrificios cruentos."

Y José Díaz, el 22 de octubre de 1936 decía:

"La misión de los comunistas, en tiempo de guerra, es hacer de cada comunista, de cada dirigente político, bien del Comité Central o de los cuadros medios o de las células, un dirigente militar, que se adentre en ellos los problemas militares, que viva la guerra, porque si nosotros nos paramos en otras cuestiones, considerando que somos hombres políticos por encima de todo, y no ayudamos a las necesidades de la guerra, es tiempo que aprovecha el enemigo y nosotros debemos estar militarizados porque este es nuestro deber, y al que no comprenda eso debemos plantearle: camarada, haz esto o no podrás estar dentro del Partido Comunista."

Junto al Partido Comunista, por la creación del Ejército Popular Regular, estaba todo el pueblo trabajador, estaba la Juventud española, con la gloriosa J. S. U. a la cabeza; estaban todos los hombres de distintas tendencias que en el frente se batían con el enemigo. Por eso le fué imposible a los enemigos del Ejército de una y otra tendencia el oponerse a la creación del Ejército, aunque después su táctica fuese, como se puso de relieve a través de la lucha, el sabotear su formación y desarrollo.

Y al escribir o hablar sobre esto, sobre los esfuerzos que hizo nuestro Partido al frente del pueblo, para dotar a la República de su arma de combate; al analizar quiénes han sido los enemigos más consecuentes de la creación y fortalecimiento del brazo armado del pueblo, hay que destacar el papel importantísimo, la ayuda eficaz, que unida a la aportación magnífica en la gloriosa defensa de Madrid y en otras batallas de nuestra guerra, jugaron las Brigadas Internacionales. Ellas llevaron a nuestra Patria la ayuda generosa de todos los pueblos de la tierra; llegaron a Madrid en los días difíciles de su defensa. Frente y retaguardia, el pueblo entero, los recibió con alegría inmensa, muy pronto las rodeó de cariño entraña-

ble porque su heroísmo lo merecía, porque se batían como leones frente al enemigo, porque defendían el suelo de España con su sangre y con su vida. Pero las Brigadas Internacionales le dieron más que esto a nuestra lucha. Su organización militar, su disciplina, la obediencia de los soldados a sus jefes, la responsabilidad de éstos, el trabajo de sus Comisarios políticos, fueron un ejemplo maravilloso para todo el mundo. A la experiencia magnífica de lo que habían ya dado en el combate los primeras Unidades Regulares Españolas, se juntó el de las gloriosas Brigadas Internacionales, y esto sirvió eficazmente a la tarea grandiosa y difícil que estaba planteada: ampliar la creación y el desarrollo del Ejército Regular, bajo una dirección única, disciplinado y capaz, como ya entonces empezaba a crearse. La acción del Cerro Rojo, de Villaverde, del Puente de San Fernando y Cuesta de las Perdices, las batallas de la Marañosa y del Jarama, donde participaron las primeras Unidades organizadas militarmente, pusieron de relieve, de una manera contundente, cómo era posible detener al enemigo, aun con inferioridad de armas, cuando frente a él se oponía una fuerza organizada, disciplinada y consciente de su lucha, con jefes leales y capaces, con Comisarios políticos que alentaban a los soldados en todas las situaciones, que los educaban para la pelea y que morían al frente de ellos si era preciso.

La creación del Ejército Popular Regular, aun con inconvenientes y dificultades, estaba en marcha, pero no todo estaba resuelto solo con esto, es decir, con encuadrar militarmente a los voluntarios que antes integraban las Columnas o Batallones de Milicias; había que forjar un verdadero Ejército, con reservas suficientes para no dejar desguarnecidos los frentes y dar descanso a las tropas que llevaban mucho tiempo en el combate.

Nuestro Partido, que en los días difíciles y heroicos de noviembre, llamó a todo el pueblo a aprender el manejo de las armas, consciente de la situación, consecuente con las necesidades de la guerra, planteaba el 17 de enero de 1937 por boca de nuestra camarada Dolores lo siguiente:

“Lo mismo que hasta ahora hemos luchado por que la consigna del Ejército Popular sea una realidad, hoy estimamos imprescindible la necesidad del servicio militar obligatorio para terminar con algunos señoritos de la retaguardia que con lindos trajes se sientan en los cafés y plantean hoy la rebaja de la horas de trabajo y el aumento de los salarios, y para constituir las reservas necesarias a nuestro Ejército.”

La misma oposición que se había encontrado para el encuadramiento del voluntariado en Unidades Regulares, para la formación del Ejército Popular, en las altas esferas del Gobierno, en Caballero y en los anarquistas y demás compinches (salvo pequeñas variantes), se encontraba para el establecimiento del servicio militar obligatorio. Sin embargo, la autoridad de nuestro Partido, la justeza de su posición, apoyada entusiástica-

mente por la Juventud Socialista Unificada—organización de la juventud española que dió millares de sus afiliados para el combate, que con Santiago Carrillo a la cabeza peleó en la defensa de Madrid—, que organizó escuelas premilitares para los jóvenes de corta edad, que creó dos Divisiones de voluntarios en marzo del 38 y que encargaba a sus afiliados ser los mejores en la lucha, y del seno de la cual salieron los primeros antitanquistas, que rememoraron los marinos del Cronstadt, de la Revolución rusa, con el apoyo también de los líderes más conscientes de la U. G. T. de España, que comprendían que esto era un deseo de todo el pueblo, pudo llevarse a efecto. Sin embargo, la lentitud en esta tarea, la ausencia de medidas por parte del Gobierno para acelerar el reclutamiento, perjudicó enormemente a la causa que defendía nuestro pueblo con su propia vida.

La batalla de Guadalajara, donde se derrotó a las tropas italianas, se hubiera transformado en una catástrofe tremenda para Franco y sus amigos, si hubiéramos tenido reservas para perseguir al enemigo. Las tropas que habíamos pasado más de dos meses en las trincheras del Jarama después de detener el avance del enemigo, tuvimos que marchar a Guadalajara sin haber descansado. Nuestros soldados no podían marchar adelante, con los pies hinchados se hundían en el campo cubierto de nieve, se agarraban a los tanques llorando, por no poder seguir persiguiendo al enemigo; y para relevar a nuestros soldados, no habían fuerzas de reserva que podían haber conquistado Sigüenza o llevar al enemigo hasta las puertas de Zaragoza.

Entonces aún estaba Caballero en el Poder, más tarde salió y Prieto fué ministro de Defensa. Este último tampoco afrontó seriamente el problema de crear reservas para ayudar eficazmente a la victoria.

La experiencia de Guadalajara, la de más tarde en Brunete, en Belchite, dijeron muy poco al señor Prieto para cambiar su línea política con la creación de reservas en gran escala. Se perdió Asturias, hacía falta prepararse para el golpe fuerte que daría el adversario. Nuestro Partido llamó la atención para crear reservas y el 16 de noviembre de 1936 nuestro Secretario general decía en su informe al Pleno del Comité Central del Partido refiriéndose al Ejército:

“Hay que dotarlo de una enorme cantidad de reservas. Nuestro pueblo es una inmensa cantera de combatientes antifascistas. Miles y miles de hombres jóvenes y aptos para las armas quieren ir a combatir a los frentes contra el fascismo, quieren defender en las trincheras la independencia nacional. A pesar de su juventud, han conocido los horrores de la época reaccionaria; saben lo que ocurre en la zona facciosa; son hijos de obreros y campesinos, de antifascistas; muchos de ellos han luchado contra el fascismo antes de la guerra, o se han incorporado a la lucha después de julio.

Estos jóvenes, lo mismo que los adultos aptos para las armas, tienen un alto espíritu combativo, desean repetir la gesta de sus abuelos que han luchado por la independencia nacional y expulsaron de España al invasor. Con ellos hay que formar muchos batallones, muchas Brigadas que sean las reservas inagotables de nuestro Ejército; que impidan que en una nueva oportunidad, nuestras tropas no puedan continuar victoriosamente la acción por falta de tropas de reemplazo.”

Era necesario atacar nosotros, adelantarnos a los ataques del enemigo y destruir sus planes. Después de más de un mes de discusiones para convencer a Prieto de esta necesidad, se realizó la operación de Teruel. Esta se llevó a cabo con éxito; salvo las vacilaciones de Sarabia, jefe del Ejército de Levante, y de Menéndez, jefe del XX Cuerpo, que directamente mandaba las fuerzas que debían ocupar la plaza, y la negativa a pelear por parte de los anarquistas de la 25 División, los objetivos señalados a las demás Unidades con pequeñas variantes se cumplieron en el tiempo señalado, y algunas, como la 11 División, lo rebasaron. Pero el área de acción de la batalla de Teruel era muy reducida; no había reservas para ir más lejos, para establecer un frente más extenso y para relevar a los soldados que se helaban de frío enterrados hasta las rodillas en la nieve. Y el enemigo aprovechó todas estas debilidades y todos los errores de la dirección máxima de nuestra guerra, las incomprensiones que en torno a estos problemas tenían algunos dirigentes del Frente Popular, para favorecer grandemente sus objetivos.

Al lado de un fuerte armamento enviado por Hitler y Mussolini y de las columnas italianas que recibía Franco, favoreciéndolo en sus planes estaba la oposición absurda y en muchos casos criminal de elementos dirigentes en el campo leal con respecto a la política de guerra. Después de caer en nuestro poder la ciudad de Teruel, José Díaz planteaba en un artículo el 24 de diciembre lo siguiente:

“¡Atención! Hemos logrado una gran victoria y estamos orgullosos de ella. La hemos logrado porque supimos organizar un fuerte Ejército, fortalecer nuestra retaguardia y luchar con éxito por la unidad. Necesitamos hoy un Ejército todavía más potente, una retaguardia más libre de enemigos y ante todo y sobre todo una unidad más fuerte, más amplia, más sólida que nunca.” “Habiendo superado nuestras fuerzas, el enemigo va a preparar sus próximos golpes y organizar su resistencia con mucha atención y tenacidad. Va a intentar concentrar las cantidades de tropas y material bélico y si queremos rechazarlo y aplastarlo, necesitamos nosotros también de fuerzas muy grandes, de una mayor tensión de nuestros nervios para el combate.”

No es necesario insistir mucho para ver clara la razón de lo que Pepe

planteaba en su artículo; el contraataque a Teruel, por parte del enemigo, se realizó tan pronto como éste movió sus fuerzas y elementos bélicos del frente de Guadalajara, y en su contraofensiva reconquistaba de nuevo Teruel y amenazaba al frente de Levante en pocos días, sin que nuestro Ejército tuviese fuerzas nuevas que pudieran relevar a las que llevaban combatiendo meses enteros y estaban mermadas de soldados y cuadros de mando.

EL PROSELITISMO DEL PARTIDO COMUNISTA

¿Bajo qué manto se cubrían los deseos de entrega de Prieto, Martínez Barrio, Azaña y compañía? Hablaban de proselitismo del Partido Comunista, de que el Partido Comunista quería implantar una Dictadura, que quería adueñarse del Poder. Es bueno citar aquí un párrafo del libro del general Rojo, el cual no tiene nada de comunista, que dice:

“Las actividades de los partidos tenían manifestaciones diversas; el más viejo de éstos y el más numeroso en elementos representativos era el Partido Socialista, intervenía desde los puestos directivos en las principales actividades: Gobierno, Policía, S. I. M., Frontera, Industrias, Abastecimiento; el más joven y dinámico, el Comunista, velaba más por la cuestión militar y ejercía una efectiva influencia sobre el mayor número de Unidades y jefes, trabajaba más por los problemas de la guerra y manejaba la juventud!”

Veamos cuál era efectivamente nuestro proselitismo. Nuestro proselitismo consistía en ser los primeros en el frente de combate, en el trabajo y en el sacrificio; en que el Comité Provincial de Madrid y los miembros del Buró Político del Partido marchaban a la cabeza de todo el pueblo a parar al enemigo en Carabanchel el 7 de noviembre, mientras que otros dirigentes políticos y sindicales huían diciendo que no se podía defender Madrid. El Comité Central de nuestro Partido y el Buró Político orientaba al pueblo, luchaba en su cabeza. Los jefes y comisarios más destacados del 5.º Regimiento marchaban a la cabeza de los milicianos al encuentro del enemigo, como marcharon después integrando ya el Ejército Regular, en Jarama y en Guadalajara, donde cayeron millares de comunistas en el combate. El proselitismo era que de 5.000 bajas que tuvo la 11 División, en la batalla de Brunete, 3.000 fueron comunistas, entre ellos jefes tan queridos como Palanco y Pando y el cubano Alberto Sánchez. Los 2.000 restantes integraban todos el resto de partidos del Frente Popular y una gran masa sin partido. En Quijorna la División 46 se batía con fiereza hasta conquistar la plaza. Y allí también caían millares de comunistas. Nuestro proselitismo era que en la pérdida de Asturias los dirigentes de nuestro Partido se retiraban los últimos, y muchos de ellos caían en poder del enemigo. En la batalla de Quinto y Belchite, los sol-

dados se morían de sed y seguían adelante, animados por el ejemplo maravilloso de los comunistas, como el del comisario Ortiz de Zárate, que murió frente a Fuentes de Ebro. El ser aplastado por los tanques y no retroceder como frente a Concué, en Teruel; el morir helados de frío y el no abandonar sus posiciones; el levantarse los heridos recordando la película de "Los marinos de Cronstadt" para pelear de nuevo, cuando no había reservas para ocupar los puestos de los camaradas caídos para siempre. El cruzar el Ebro a nado para atacar al enemigo y salvar Valencia; el resistir en la Sierra de Pandols, donde entre millares de camaradas nuestros cayó nuestro gran camarada Barcia. El proselitismo de los comunistas consistía en participar en todos los combates más duros y más difíciles, en que los jefes y comisarios del Partido eran los más abnegados y capaces, porque estudiaban, y porque querían cumplir con el mandato sagrado del Partido de darlo todo por la causa de España y por la revolución; en que Modesto, Lister, Tagüena, Merino, Cartón, Campesino, Vega y otros muchos dirigiesen o participasen en las batallas más difíciles y gloriosas de nuestra contienda. Nuestro proselitismo estribaba en reforzar cada día más la unidad del Ejército, su capacidad técnica, su conciencia política, el fortificar más los frentes, en luchar en primer término, y en todos los órdenes, contra los fascistas, con la libertad y la independencia de nuestra Patria. En que soldados como Celestino García Moreno derribara él solo cinco tanques italianos en la batalla de Cataluña, cumpliendo así el mandato del Partido de que no había que retroceder, aunque esto costase la vida. El ser fieles al Gobierno y al pueblo y luchar contra Franco hasta la muerte, como lo hizo Barceló, asesinado por la Junta de Casado en Madrid.

Eso era el proselitismo del Partido Comunista de España, y eso era lo que veía el pueblo que quería nuestro partido y que todo lo mejor y más selecto de él ingresaba en sus filas.

Bajo la máscara de la lucha contra el proselitismo, Prieto quería castrar al Ejército de su contenido revolucionario, de su carácter popular, transformarlo en un Ejército sin conciencia política. Así empezó a destituir a los jefes populares, queridos por los soldados; se oponía a su ascenso; llevaba a nuevos puestos de dirección del Ejército y de la guerra, a antiguos militares fascistas y semifascistas, que al lado de Muedra y Garijo, con altos cargos en el Estado Mayor del Ejército del Centro, y más tarde en el Grupo de Ejércitos, ponían en conocimiento del enemigo todos nuestros planes. Todos los indiferentes y capituladores tenían en Prieto el mejor defensor desde su puesto de Ministro de Defensa.

Quería destruir también el Comisariado, bajo el pretexto de luchar contra el proselitismo; pero otra era la realidad. El Comisariado había jugado un papel importantísimo durante toda nuestra guerra, en la creación, en el desarrollo y en el fortalecimiento del Ejército popular. Desde

los Comisarios que fueron nombrados por nuestro Partido para las columnas de milicianos con la misión de explicar a éstos la necesidad de hacer frente al enemigo, de resistir, de ser disciplinado, de obedecer al superior, de aceptar el Mando único, de aprender el manejo de las armas, de organizarse en ejército, de que a los milicianos no les faltase la comida, el agua, la ropa, las municiones, de explicarle cada día el carácter de nuestra guerra y de ponerse a su frente en las situaciones más difíciles, hasta cuando existía ya un Ejército regular y que venían a él legiones de nuevos combatientes de reemplazo, a quienes había que explicar qué clase de guerra era la nuestra, y que, junto a las tareas anteriores, había que añadir un trabajo político más intenso y profundo, una vigilancia política más estrecha también para destrozarse los planes de conspiración fascista en su seno y un estudio militar también necesario para ayudar al Mando, el Comisariado había significado mucho, jugado un papel decisivo en la creación de nuestro Ejército y en nuestra resistencia frente a los invasores. Por eso el Comisariado estaba ya enraizado dentro del Ejército y del pueblo. Los Comisarios eran queridos por los soldados, por los jefes, y como su destrucción completa era muy difícil, Prieto tomó en sus manos la tarea de cambiar el contenido del Comisariado, de machacarlo destituyendo a los mejores Comisarios, echándolos de los puestos que habían adquirido jugándose mil veces la vida, conquistando sus galones en el frente de batalla, surgidos de los propios combatientes, y nombraba en su lugar a gentes que no habían visto nunca el frente, Comisarios señoritos incapaces de hacer nada bueno por la victoria del pueblo español.

¿Por qué Prieto quería destruir el Comisariado? Porque era éste el que mantenía en el Ejército el espíritu vivo de la lucha intransigente contra Franco y los invasores, el odio hacia el enemigo, la conciencia del deber de luchar, el concepto del significado de nuestra guerra santa de liberación nacional y de nuestra revolución popular.

Ya antes, con Caballero, hubo que librar una batalla para que fuera creado oficialmente el Cuerpo de Comisarios. Pusieron todos los obstáculos para evitarlo, y después Prieto y la dirección del Partido Socialista querían destruirlo, porque con Comisarios conscientes de su responsabilidad y fieles al pueblo hasta la muerte, no era posible la capitulación, habría que fusilarlos primero, como hizo el bandido Casado con el joven Comisario Conesa, en Madrid.

Pero el pueblo español dió a Prieto su merecido echándolo del Ministerio de Defensa en marzo del 38, cuando todo el frente del Este se había venido abajo y él creyó que la hora definitiva de la capitulación había llegado. El pueblo supo echarlo por la borda y organizar la resistencia con nuestro Partido a la cabeza.

En la creación del Ejército regular, en su desarrollo, como en toda la lucha y el trabajo por la conquista para nuestra Patria de libertad e in-

dependencia, nuestro Partido marchó a la cabeza como en todos los órdenes del trabajo y del sacrificio para ganar la guerra. Y el Ejército que se batió en Jarama y en Guadalajara, en Brunete y en Teruel, en Pozoblanco, en Belchite y en el Ebro, que infligió derrotas enormes a las tropas invasoras, sólo fué posible organizarlo por la tenacidad y la constancia de nuestro Partido, con el apoyo entusiasta de todo el pueblo. Y aunque ningún Gobierno (tampoco el de Negrín) supo organizar las suficientes reservas, llegar a la unificación de las fuerzas militares y crear un sólo Ejército para afrontar con éxito las situaciones militares (había Ejército de Tierra, Mar, Aire, Asalto, Carabineros, Seguridad); nuestro pueblo tuvo en el Ejército regular el brazo poderoso con el cual hizo frente cerca de tres años a Franco y los invasores, y que sólo fué derrotado cuando lo asesinó por la espalda la banda de traidores Casado, Miaja, Besteiro, Mera, Carrillo.

Millares de hombres pertenecientes a este Ejército, querido entrañablemente por el pueblo, porque era el pueblo mismo, son hoy, en España, bajo el terror sangriento y en la ilegalidad más espantosa, los luchadores más abnegados contra la Dictadura criminal de Franco y la Falange. Millares se pudren en los campos de concentración franceses, o, forzados, se encuentran en la Legión Extranjera, fortificando las fronteras del imperialismo francés; miles están regados también por los países de América, pero unos y otros se mantienen fieles a la causa de su pueblo. Soldados de un Ejército popular revolucionario, aprendieron en su vida militar a ser fieles a la causa de su pueblo, hasta la muerte.

EUZKADI EN LA SITUACION ACTUAL

Por Luis ZAPIRAIN

El agravamiento de la situación que para el país vasco, como para todo el pueblo español, traen los actuales acontecimientos internacionales, aumenta la necesidad de un serio análisis de la lucha mantenida por el pueblo vasco en contra del franquismo y de los invasores italogermanos y de cuál es la perspectiva actual.

POR QUE EL PUEBLO VASCO SE ENFRENTO UNANIMEMENTE CON LA SUBLEVACION Y LOS INVASORES

El 18 de julio de 1936 el pueblo vasco, con admirable unanimidad, se lanzó a la lucha contra las fuerzas que se sublevaron intentando detener el proceso revolucionario que vivía España. Con heroísmo y abnegación sin límites, las masas vascas acudieron desde el primer momento a la defensa de sus conquistas y libertades.

Se asaltaron, sin armas y a pecho descubierto, los focos de la sublevación. Se organizaron inmediatamente las milicias populares, que en condiciones de enorme inferioridad con el enemigo, defendieron no obstante, palmo a palmo, la tierra vasca y española, escribiendo con su sangre páginas gloriosas de la guerra de España.

Es que el pueblo vasco comprendía lo que se ventilaba en aquella lucha. Sabía que todas sus mejoras económicas y políticas, su libertad, conquistadas en largos años de sacrificios y de lucha, serían reducidas a nada de triunfar el enemigo. La victoria de las fuerzas sublevadas, los terratenientes, los grandes capitalistas, las castas militares, significaba el retroceso a un régimen mucho más duro que el de los peores tiempos de la reacción. La intervención italoalemana suponía, en tal caso, el sometimiento de España a su imperialismo; es decir, el agravamiento de su situación económica, naturalmente que a costa de las masas y el peligro para nuestro país de las aventuras guerreras.

Significaba tal victoria, además, para Euzkadi, como para Cataluña, la pérdida de la libertad nacional, obtenida en cierta medida en el régimen republicano. Sobre el primero, no había la menor duda respecto a la

actitud de las fuerzas sociales que representaba el régimen de Franco. Como lo habían realizado en todo tiempo, particularmente en el de la Dictadura de Primo de Rivera, manifestaban con toda brutalidad estar dispuestos a liquidar, no solamente las libertades, sino la más mínima manifestación del sentimiento, de la lengua o de las costumbres nacionales. Con el triunfo de Franco y de los invasores, esperaba a Euzkadi, como la bárbara realidad lo ha demostrado después, al lado de un sistema de represión, de explotación y de hambre, la más brutal opresión nacional.

Por eso el pueblo vasco se manifestó tan unánimemente, y con tanto coraje y decisión, en la lucha contra las fuerzas franquistas y los invasores.

¿Cómo fué encauzada y dirigida esta admirable energía y voluntad del pueblo vasco?

ACTITUD DEL GOBIERNO VASCO Y DE LOS GRUPOS POLITICOS

El Partido Nacionalista Vasco, representante de los intereses de la burguesía nacionalista vasca, pero con una cierta influencia entre algunos núcleos de trabajadores, luchó durante toda la guerra, y lo consiguió en una extraordinaria medida, por desviar la lucha del pueblo vasco del hondo contenido revolucionario que tenía toda la guerra española. Trató de impedir en todo momento el papel predominante en la lucha de las masas trabajadoras, principalmente del proletariado vasco. Y al negar toda satisfacción reivindicativa a las masas trabajadoras, al impedir el desarrollo de su enorme capacidad de iniciativa y de acción, en momento en que constituía la fuerza fundamental de la lucha de Euzkadi, disminuía criminalmente la potencia de ésta.

En toda la política desarrollada caciquilmente desde el Gobierno de Euzkadi, en la organización del Ejército, en el espíritu insuflado a éste, en el aprovechamiento de las grandes posibilidades y medios que el país ofrecía para la lucha, en la misma orientación de la guerra, los elementos nacionalistas acusaban una línea vacilante, llegando muchas veces a actitudes capituladoras.

La culminación de esta conducta del Gobierno Vasco y del Partido Nacionalista Vasco, fué la traición de Santoña, en que abiertamente se ahogó la lucha de los combatientes vascos y se entregó a miles de éstos, inermes, al enemigo.

De esta política nefasta para el país vasco, fueron también cómplices los dirigentes del Partido Socialista, otra de las fuerzas políticas más influyentes de Euzkadi, particularmente en el movimiento sindical. Llegando a un alto grado de degeneración pequeñoburguesa en el Poder, abandonaron los intereses de las masas trabajadoras que representaban y secundaron servilmente toda la política de la burguesía nacionalista vasca. Esta actitud de entrega contrasta con la anterior, pues habían mantenido

tradicionalmente, junto con los republicanos, una línea de conducta imperialista intransigente frente a las ansias nacionales de los vascos, permitiendo, así, que la burguesía nacionalista conquistase una importante base entre las masas trabajadoras, para después plegarse completamente a aquélla, abandonando los intereses de la clase obrera y de la lucha.

Y, sin embargo, existía en Euzkadi un fuerte proletariado, de una gran tradición de organización y de lucha. Y existía también un Partido Comunista de Euzkadi, fuerte, que tenía en sus filas viejos luchadores de la clase obrera y había arraigado rápidamente en las masas trabajadoras vascas por su justa posición ante el problema nacional y por su destacado papel en la organización y dirección de todas sus luchas.

El Partido Comunista de Euzkadi fué, desde el primer momento, el paladín más esforzado en la organización de la lucha contra la sublevación y los invasores, y en la creación de las milicias populares, propugnando en contra de la posición del Partido Nacionalista, por dar a éstas el carácter popular y político que exigía la lucha.

Pero el Partido Comunista de Euzkadi cometió también graves faltas oportunistas, llevado por el traidor Astigarrabía, consejero, en su nombre, en el seno del Gobierno vasco. Cuando éste, bajo la orientación del Partido Nacionalista y con la complicidad de socialistas y republicanos, llevaba a cabo medidas como la suspensión de toda la propaganda oral de las Organizaciones, impedía la creación de los Comisarios y todo trabajo político en las Milicias, sabotaba el paso de éstas a la organización del Ejército popular y tantas otras medidas de un carácter contrarrevolucionario, Astigarrabía, bajo un sentido capitulador de la unidad, hipotecaba la acción independiente del Partido, ocultando ante las masas toda la nefasta labor del Gobierno vasco. Actitud bien distinta a la del Partido Comunista de España, que aun participando en los Gobiernos durante la guerra, supo estar siempre en contacto con las masas y denunciar siempre a aquellos que se desviaban del camino de los intereses de la lucha, como en el caso de Largo Caballero y de Prieto.

Y así las masas trabajadoras de Euzkadi, y en primer lugar el proletariado vasco, pese a su esfuerzo heroico, no tuvieron la participación intensa ni el lugar preeminente que en la lucha les correspondía, ni el Partido Comunista de Euzkadi jugó el papel de dirección y de guía de las masas en la medida necesaria, como lo consiguieron jugar el Partido Comunista y la clase obrera de España, en Madrid y en todos los demás lugares principales de la lucha.

LA SITUACION DE EUZKADI ANTE LA GUERRA IMPERIALISTA

El estallido de la guerra imperialista europea ha servido para poner en evidencia aún con mayor claridad la criminal política del Partido Na-

cionalista Vasco y particularmente de su Jefe, el ex Presidente Aguirre y de sus cómplices en Euzkadi, los dirigentes socialistas y republicanos. Ellos que impidieron el dar a la lucha del pueblo vasco, junto con los demás pueblos de España, toda la potencia y el vigor que era posible dotarla, que buscaron en todo momento una fórmula para la capitulación, se sienten ahora guerreros... al servicio del imperialismo anglofrancés y pretenden embarcar al pueblo vasco.

Estos elementos, que después de la pérdida de la guerra no se preocuparon de encarar la acción del pueblo vasco hacia la reconquista de Euzkadi, al estallido del conflicto europeo entre los imperialismos anglofrancés y el alemán, hicieron llamamientos para que los vascos se ofreciesen como carne de cañón al servicio del primero de dichos imperialismos.

Pero estas gentes han llegado más lejos en su sometimiento al imperialismo anglofrancés. Se han puesto de acuerdo con éste para llevar la guerra al suelo vasco. Pretenden poner los hijos de nuestro pueblo y nuestra propia tierra, bajo la dominación de este imperialismo, arrancándola de la unión con los demás pueblos de España, para convertir el país vasco y toda la tierra española en un nuevo escenario de la carnicería imperialista europea.

En esto coinciden con los propósitos y preparativos de Franco, que trata de llevar a España a la guerra, aunque al servicio del bando opuesto.

El pueblo vasco, como todo el pueblo español, no tiene nada que hacer en la lucha de los imperialismos francoinglés e italoalemán.

El odio del pueblo vasco, amante de su libertad y de su independencia, se dirige, sí, contra el imperialismo italoalemán, verdugo y opresor de Euzkadi junto con el traidor Franco, pero también contra el imperialismo anglofrancés, cómplice en la invasión de Euzkadi, como de Cataluña y de toda España, opresor de decenas de pueblos y de razas en todo el mundo.

El pueblo vasco desarrolla su lucha y concentra sus energías contra el régimen franquista, que tiene el apoyo, no sólo del imperialismo italoalemán, sino de toda la reacción internacional.

Y frente a la posición de los nacionalistas vascos y de los jefes socialistas y republicanos de dependencia y subordinación al imperialismo anglofrancés, el Partido Comunista de Euzkadi señala el camino de la lucha contra la guerra imperialista, de la lucha contra el régimen franquista, verdugo de las libertades y conquistas del pueblo vasco y servidor del imperialismo italoalemán, y también de la lucha contra todos los agentes del imperialismo anglofrancés, que quieren convertir nuestro pueblo en instrumento de los intereses de éste.

Y en esta lucha por la liberación de Euzkadi del régimen de terror, de hambre y de opresión que padece y contra toda intervención en la guerra imperialista, el pueblo vasco quiere marchar unido a los demás

pueblos de España. El Partido Comunista de Euzkadi, que defendió siempre y apoyó la necesidad de dar plena satisfacción al sentimiento nacional de Euzkadi, denuncia con todo vigor la maniobra que intentan de separar del resto de España al País Vasco, para someterle al dominio del imperialismo anglofrancés como una nueva colonia.

El pueblo vasco sabe que en la lucha común con los demás pueblos de España contra el régimen franquista, y en la común victoria, está la garantía de su libertad y de la satisfacción a sus anhelos nacionales. Y todo lo que tienda a sembrar la confusión y a disgregar las fuerzas, es ayudar a sus verdugos.

LA UNIDAD DEL PUEBLO VASCO PARA LA LUCHA

En Euzkadi, el pueblo lucha unido contra el terror franquista, sabotea la producción y la economía del régimen, ayuda a los presos y a los perseguidos, de una forma emocionante; y manifiesta por todos los medios su aversión a los verdugos. El pueblo siente en sus carnes todo el horror del régimen de Franco y estrecha sus filas sin la menor vacilación para defenderse de sus acometidas y presentar con mayor fuerza su resistencia.

El pueblo vasco, que sufre en toda su brutalidad el régimen del franquismo y de sus invasores, anhela más que nunca las conquistas y libertades obtenidas y vislumbradas en la República, pero ha aprendido con dura experiencia, a dónde han conducido las vacilaciones y aun las traiciones pasadas y pone todo su coraje y firmeza en la lucha.

Bajo la bandera de la lucha contra el franquismo y contra la guerra imperialista, es necesario reforzar esta unidad del pueblo vasco. Y, en ella, el proletariado vasco, de tan rica tradición, forjado en tantas batallas, fuertemente unido, debe asegurar el papel dirigente de la lucha.

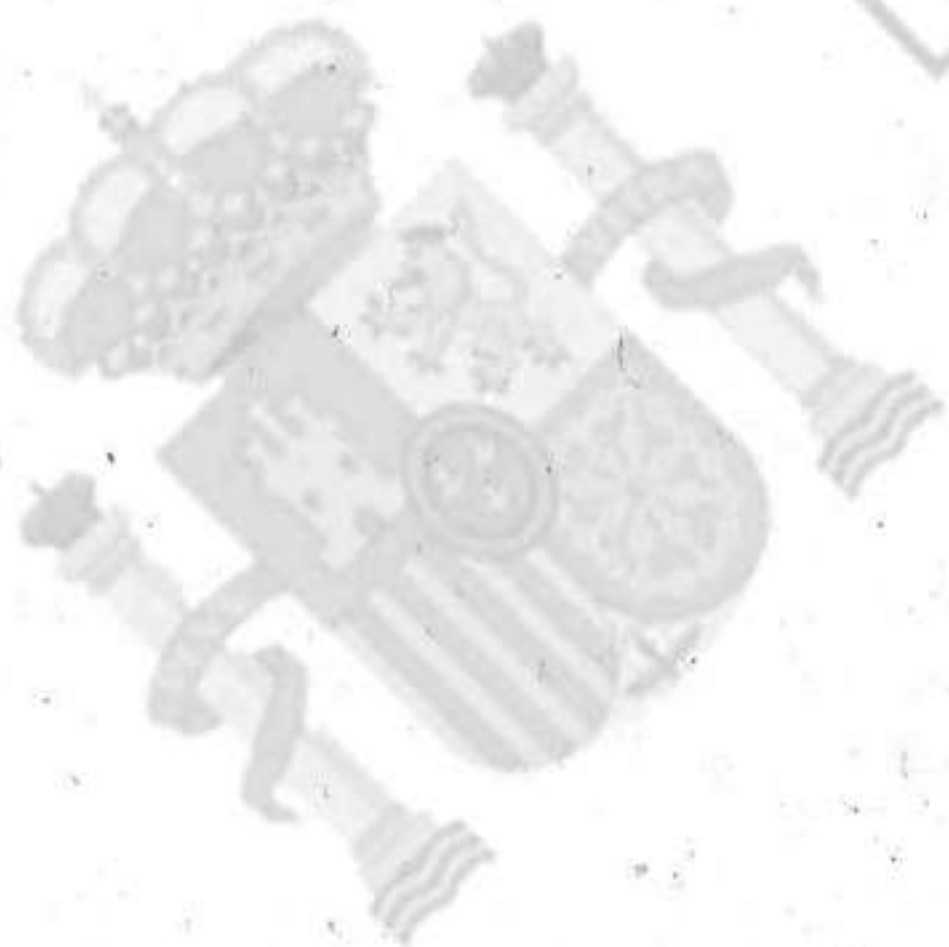
El Partido Comunista de Euzkadi, que en las duras condiciones de terror del régimen franquista trabaja heroicamente por organizar la lucha del pueblo vasco contra sus verdugos, es el guía de los obreros y de las masas vascas, y orienta su lucha contra el régimen franquista, que asesina y oprime al pueblo vasco y quiere arrastrarle, junto con todo el pueblo español, a la matanza imperialista en beneficio de Italia y Alemania y también contra los manejos del imperialismo adversario, que trata de utilizar a nuestro pueblo para sus fines, sirviéndose de agentes traidores a la causa de Euzkadi.

En los núcleos vascos de la emigración es necesario llevar también con toda energía esta labor de esclarecimiento de nuestros objetivos para la lucha. Combatir y deshacer todas estas posiciones intervencionistas en la actual contienda imperialista y de entrega al imperialismo anglofran-

orientaron la política en Euzkadi durante nuestra guerra, e incluso de nuestras propias faltas y debilidades.

Y bajo esta orientación de la lucha es necesario realizar una estrecha unidad de las masas trabajadoras vascas, y en primer lugar de la clase obrera, que debe ocupar el primer puesto en la lucha, como garantía de su orientación y de su firmeza.

Pero en esta unidad del pueblo vasco contra la guerra imperialista y por la liberación de Euzkadi, no caben aquellos traidores agentes de cualquier imperialismo que, siguiendo la nefasta política observada durante nuestra guerra, quieren desviar al pueblo vasco de sus verdaderos intereses y objetivos, para servir a nuestros eternos enemigos. Contra ellos la labor de desenmascaramiento debe ser implacable, y sólo así las masas trabajadoras vascas tendrán un camino claro en la actual situación, que recogerá sus enormes energías para el combate y en una estrecha y poderosa unidad podrá asestar el golpe mortal a los verdugos que la oprimen y junto a los demás pueblos de España establecer en Euzkadi un verdadero régimen de paz, de libertad y de bienestar.



De la Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U. R. S. S.

Tercera Conclusión; páginas 418 y 419 (Ed. Española)

La Historia del Partido nos enseña, además, que el triunfo de la revolución proletaria es imposible sin el aplastamiento de los partidos pequeño-burgueses que actúan dentro de las filas de la clase obrera y empujan a las capas rezagadas de ésta en los brazos de la burguesía, quebrantando con ello la unidad de la clase obrera.

La Historia del Partido es la historia de la lucha contra los partidos pequeño-burgueses y de su aplastamiento; contra los socialrevolucionarios, mencheviques, anarquistas y nacionalistas. Sin vencer a estos partidos y expulsarlos de las filas del proletariado, no hubiera sido posible conseguir la unidad de la clase obrera, y sin la unidad de la clase obrera, el triunfo de la revolución proletaria habría sido irrealizable.

Sin el aplastamiento de estos partidos, que al principio laboraban por el mantenimiento del capitalismo y, más tarde, después de la Revolución de Octubre, por su restauración, habría sido imposible mantener la dictadura del proletariado, derrotar a la intervención armada extranjera y edificar el Socialismo.

No tiene nada de casual el hecho de que todos los partidos pequeño-burgueses, que para engañar al Pueblo se bautizaban con el nombre de partidos "revolucionarios" y "socialistas"—los socialrevolucionarios, los mencheviques, los anarquistas, los nacionalistas—pasasen a ser partidos contrarrevolucionarios ya antes de la Revolución de Octubre, para convertirse más tarde en agentes de los servicios de espionaje extranjeros, en una banda de espías, saboteadores, agentes diversionistas, asesinos y traidores a la patria.

"En la época de la revolución social—dice Lenin—, la unidad del proletariado sólo puede realizarla el Partido revolucionario extremo del Marxismo; sólo puede realizarse por medio de una lucha implacable contra todos los demás partidos." (Lenin, t. XXVI, pág. 50, ed. rusa.)

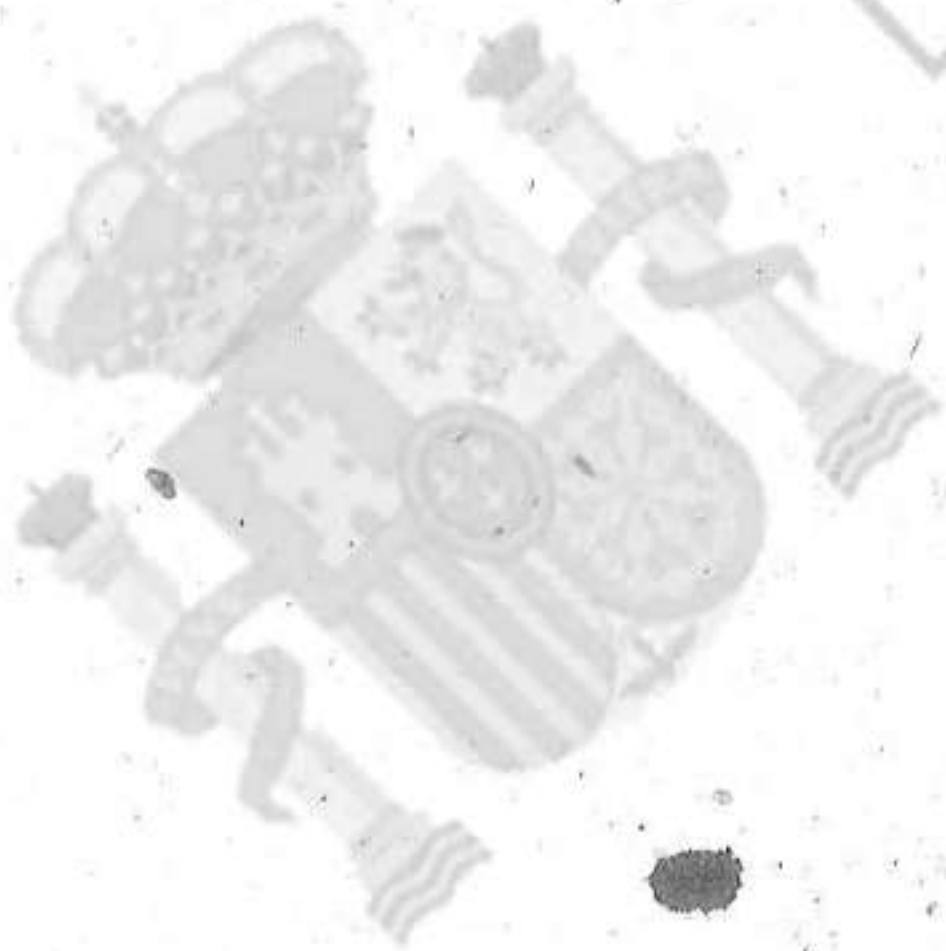
Leed y estudiad la Historia del Partido Comunista (b) de la U. R. S. S.

La gloriosa Revolución Rusa tiene su historia escrita, la historia del Partido que condujo a la clase obrera rusa a la victoria; la Historia del Partido Bolchevique, el Partido de Lenin y Stalin. Esta obra transcendental es para todo militante revolucionario algo más que un libro. Es la exposición de la lucha ininterrumpida del Partido Bolchevique contra el régimen de explotación, contra la guerra imperialista; es la victoria de Octubre; es la victoria contra la intervención extranjera; es la victoria sobre la ruina y la miseria; es la victoria del Socialismo. Es también la lucha contra las desviaciones, contra todas las formas del oportunismo. Es la lucha y el aniquilamiento de los traidores a sueldo y servicio de la reacción imperialista.

La Historia del Partido Bolchevique, magistral exposición, al mismo tiempo, de la teoría y de la práctica marxista-leninista, es el precioso manual que todo buen revolucionario debe estudiar y comprender. En estos momentos más que nunca, cuando las tareas son gigantescas, el estudio y la asimilación de las enseñanzas que comporta la Historia del Partido Bolchevique, ayudará eficazmente a resolver con éxito las tareas prácticas de la lucha revolucionaria.

NUESTRA BANDERA dedicará una atención preferente al estudio de los problemas que plantea esta obra inmortal. El enorme valor que tiene para la completa formación política de los militantes revolucionarios españoles, el estudio de la HISTORIA nos impele, además de lo que la revista tratará por propia iniciativa, a rogar a nuestros lectores que cuantas dudas o cuestiones deseen les sean aclaradas, nos lo comuniquen, y encontrarán satisfacción. Es decir, que cualquier dificultad que encuentren en el momento del estudio, o bien problemas que deseen profundizar para mayor comprensión de los temas, no vacilen en hacerlo llegar a la Revista. NUESTRA BANDERA se presta gustosa a ayudar a los camaradas que soliciten cuantas aclaraciones estimen necesarias.

MINISTERIO
DE CULTURA



INDUSTRIAL
G R A F I C
S. A.
□
BALDERAS, 130
ERIC. 18-46-43 - MEX. L-68-94
